
HARLEQUIN
Deseo™
NOTICIA DE ÚLTIMA HORA
NANCY WARREN

Noticia de última hora

Nancy Warren

2º Serie Standard

Noticia de última hora (27.8.2003)
Título Original: Hot off the press (2003)
Serie: 2º Standard
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1241
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Mik Grundel y Tess Elliot

Argumento:

Ella estaba loca por una noticia, él estaba loco por ella.

Tess Elliot se moría de ganas de demostrar que era una buena periodista. Lo único que necesitaba era una historia jugosa. Pero cuando encontró esa historia resultó que había otro periodista detrás de ella, y ese periodista era ni más ni menos que Mike Grundel, el chico malo de la ciudad. Tess estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de que no le arrebataran la noticia... incluyendo enamorarse del sexy reportero.

Las niñas ricas no eran el tipo de mujer que le gustaba a Mike Grundel, pero Tess no era la típica niña rica, ella era una rebelde y estaba claro que iba a resultarle difícil vencerla en el terreno profesional... y en el sentimental...

Capítulo Uno

Fragmento de «Notas de Cine», Tess Elliot, *The Pasqualie Standard*, 10 de febrero:

Este fin de semana se estrenaron dos nuevas películas: Una boda campestre y Boneblaster III. Una boda campestre es una película cálida, inteligente y con una impresionante puesta en escena, basada en la novela del siglo XIX. Les recomiendo este sensible retrato de una mujer atrapada entre las restricciones de un sistema de clases y los deseos de su corazón.

Si prefieren ver forzudos persiguiendo a jóvenes bonitas y tontas, todo silicona, mientras saltan por los aires un montón de cosas, entonces les encantará Boneblaster III.

Fragmento de «Las Películas Favoritas de Mike», por Mike Grundel, *The Pasqualie Star*, 10 de febrero:

Fans de Boneblaster, la película que llenamos tanto tiempo esperando llegó a los cines este fin de semana. ¡Boneblaster III es de momento la mejor de la saga! Hans Grosskopf aniquila a los comandos del espacio exterior con una artillería terrorífica, salvando al mundo y acostándose con nenas vestidas de cuero negro. Cuando se planta de pie sobre las humeantes ruinas de sus enemigos y dice: «¡Os lo avisé, escora!», uno siente que es una de esas frases para los anales de la historia del cine. Le doy un diez a Boneblasterlll.

También se ha estrenado este fin de semana Una boda campestre, un auténtico agasajo al tedio. Un grupo de ingleses pretenciosos se pasan tres días casándose. ¡Por favor. ¿Es que allí no han oído hablar de las bodas rápidas de Reno? Una boda somnífera se lleva el Tomate Podrido de esta semana. Hasta la semana que viene: «¡Os lo avisé, escoria!».

Mike Grundel entró despacio en la sala de cine y percibió un intenso olor a palomitas. Había comido una manzana y una chocolatina a la carrera mientras intentaba establecer con certeza una fuente de información en relación con la historia Cadman.

Delante de él vio a una chica estupenda con unos pantalones muy ceñidos. Intentó olvidarse del hambre que tenía mirando aquel trasero redondeado y aquellas piernas largas. Entonces se sonrió mientras se acercaba más a ella; reconocería aquel cuerpo en cualquier sitio.

Cuando estaba a pocos centímetros de su elegante espalda se deleitó contemplando las tonalidades de su cabello: trigueño, dorado y con un toque de platino; y aspiró el aroma cítrico de su champú. Nunca olía a perfume, con lo cual asumió que no lo usaba. Claro que a él le parecía estupendo; prefería el olor a mujer.

—Eh, nena —dijo—. ¿Vienes aquí a menudo?

Tess Elliot se dio la vuelta, y una expresión divertida asomó a sus ojos gris claro.

—¿No tienes otra entrada más original?

Él se encogió de hombros con actitud despreocupada.

—Normalmente no me hacen falta. Ella soltó una risotada ahogada.

—Me sorprende que puedas soportar el peso de un orgullo como el tuyo.

—Tú lo mantienes a raya —le dijo con más sinceridad de la que ella podría haber imaginado.

O tal vez hubiera leído en sus palabras más de lo que él había pretendido, puesto que lo miró con los ojos muy abiertos y la chispa de atracción que ambos se empeñaban en ignorar continuamente vibró entre ellos.

—No estaba segura de que fueras a estar aquí esta noche —dijo ella en tono bajo.

—Donde haya un estreno, allí estaré yo —contestó Mike, deseando que no fuera así.

Pasarse de la sección de noticias a la de crítica de cine había sido un duro golpe que se había dejado dar por varias razones. Aun

así estaba fastidiado.

Tess lo miró divertida.

—No sé por qué pero me parece que la película de esta noche no te va a gustar. No hay ni tiros ni explosiones.

Cuando se acercó un poco más, la expresión divertida de Tess se volvió de recelo. Así, tan de cerca, Mike pudo contemplar que la perfección de su piel nada tenía que ver con los cosméticos.

—Habrá explosiones de pasión —comentó, y se deleitó al ver que su comentario le había subido los colores.

Siempre que Tess y él estaba juntos, la atracción era muy fuerte. Mike jugaba con ello como jugaría un niño con una cometa, tirando de la cuerda, soltándola otro poco, pero nunca del todo. Él pensaba que eso estropearía el juego. M no?

¿Qué haría la hija del importante y acaudalado Walt Elliot si a un periodista recientemente bajado de categoría, de una familia normal, se le metiera en la cabeza dejarse llevar por sus impulsos y la besara?

Intrigante. Tanto, que Mike fijó la vista en sus labios carnosos. Se preguntó qué haría el padre si encontrara a un tipo que no era de su clase intentando ligarse a su hija. Mike se imaginó sus partes pudendas colgando del espejo retrovisor de uno de los deportivos de Walt y enseguida dejó de soñar despierto.

No. Lo que sentía cuando estaba con Tess era porque pasaban mucho tiempo juntos. En cuanto recuperara su antiguo puesto, se olvidaría de Tess, de sus grandes ojos grises, de esos labios que lo provocaban y de ese cuerpo pecaminoso.

—Siguiente —dijo la dependienta con impaciencia, sacándolo de su ensimismamiento.

Tess pestañeó y se volvió hacia el mostrador, y Mike suspiró sin darse cuenta. Lo que debía hacer era dejar de pensar en Tess Elliot, dejar de soñar con ella. En cuando cazara a Cadman volvería a la arena, y Tess se perdería en la insignificancia.

—Un agua tónica, por favor —dijo Tess con aquella voz clara y

aterciopelada.

Agua tónica, debería habérselo imaginado. Nada de palomitas grasientas ni refrescos azucarados para Tess Elliot.

—Mucha gente piensa que una película sin palomitas es como el sexo sin orgasmos —le dijo mientras recibía su bebida.

Ella se volvió y lo miró con las cejas levemente arqueadas, como una princesa a un vasallo.

—Más bien como intentar mantener una conversación inteligente contigo —dijo, y se dio la vuelta camino de la sala.

¿Cómo podía dejar de desearla? Era lista, preciosa, sexy y sus comentarios lo desafiaban constantemente.

—Una gigante de palomitas, con mucha mantequilla —le dijo a la jovencita que atendía—. Y una cola bien grande —añadió en tono lo bastante alto para que Tess pudiera oírlo.

No solo le habían bajado de categoría condenado a escribir crítica de cine, sino que el insulto había sido aún peor cuando se había enterado de que el crítico del periódico rival era una principiante que había conseguido el empleo gracias a las influencias de su papá.

No le hubiera importado tanto si hubiera sido una mujer fea, tal vez con sobrepeso y un bigote poblado. Pero lo que le fastidiaba tremendamente era que la periodista le recordara a Grace Kelly; y una de las cosas que nadie, pero nadie, sabía de Mike Grundel era que sentía verdadera pasión por Grace Kelly.

El sabía que entre ellos no iba a ocurrir nada, ¿pero qué tenía de malo imaginárselo?, pensó mientras entraba en la sala en penumbra. Avanzó unos metros y la vio sentada en el patio de butacas, junto al pasillo. En la mano tenía un bloc de notas preparado y un bolígrafo.

Estaba tan verde, pensó sonriendo. rQuién se llevaba un bloc a una película? En su escritorio tenía un conjunto de publicaciones con todos los nombres y fotografías de la película. ¡Como si fuera a utilizarlos! Incluso tenía un resumen de la trama por si se quedaba dormido.

El asiento que había frente al de Tess, al otro lado del pasillo, estaba vacío, y Mike se dejó caer sobre él. Enseguida se dio cuenta de que Tess se había percatado de su presencia.

Como en muchas ciudades, Pasqualie, en el estado de Washington, tenía dos diarios. El *Standard* era un periódico de formato grande. Con columnistas de renombre y análisis serios, el *Standard* se vanagloriaba de ser un diario riguroso. Incluso la crítica de cine de Tess contenía análisis y comentarios seudo intelectuales.

Pero donde él trabajaba, el *Star*, era un periódico popular, dirigido a las masas. Las historias del *Star* eran cortas, dramáticas y llenas de juegos de palabras. Así eran las críticas de Mike. En realidad podría haber escrito aquella misma sin molestarse en entrar en la sala, pero tenía orgullo profesional. Además, Tess estaba allí.

Tess seguía allí con el bloc y el bolígrafo en mano. ;Cómo se llamaba la peli de esa noche? Algo de París, pensaba mientras se imaginaba la trama.

—*Un día en París* es una deliciosa comedia romántica. La pobre Monique ha perdido el collar de Cartier de su caniche. Afortunadamente, Christian Dior luchará con el malvado Pierre Balmain para hacerse con el collar, ganándose de ese modo el corazón de Monique.

Tess lo miró un momento. Entonces, sin previo aviso, se inclinó hacia él, como si fuera a besarlo. Mike sintió que el corazón se le aceleraba y estuvo a punto de atragantarse con las palomitas.

—Esta peli, *Siempre nos queda París*, es basura y nada más. Te lo digo. rQué quieren hacer en París? No hay más que extranjeros allí. Ahórrate el dinero para otra cosa.

Sonrió con dulzura, se puso derecha y volvió a fijar la vista en la pantalla en blanco.

Tess quería que Mike la dejara en paz para poder olvidar tranquilamente aquel vergonzoso enamoramiento. Aunque, sinceramente, lo que más deseaba era que él la montara en su Harley y le hiciera todas esas cosas con las que siempre fantaseaba.

En secreto, Mike Grundel era su hombre ideal. Un muchacho rebelde e inteligente que montaba en moto y estaba sobrado de atractivo y sensualidad. Era tan distinto de la mayoría de los hombres que conocía... En su mundo, los hombres conducían limusinas y la mayoría no tenía cerebro.

Mientras lo observaba disimuladamente, Mike recostó la cabeza en el asiento, seguramente para echar un sueño mientras esperaba a que empezara la película.

Tess se volvió hacia la pantalla. Tal vez Mike Grundel fuera un bombón, y el tipo de periodista intrépido que ella tanto admiraba, pero la insultaba de la peor manera que nadie podría hacerlo. No la tomaba en serio. Coqueteaba y bromeaba con ella, pero quedaba claro que solo la veía como a una niña rica jugando con aquel empleo hasta que encontrara a algún estirado con apellido compuesto con el que casarse.

¿Pero cómo se atrevía a mirarla por encima del hombro? Sabía que Mike estaba sufriendo un revés profesional importante después de que una investigación periodística que había llevado a cabo resultara ser demasiado temeraria. Tras un virulento ataque a Ty Cadman, promotor inmobiliario y filántropo, la única fuente citada de Grundel aseguró haber sido mal interpretada, y el *Star*, conocido por no ofrecer nunca disculpas, se había visto obligado a justificarse en primera página.

En lugar de despedirlo, a Mike Grundel lo habían bajado de categoría. Al principio, Tess había leído sus críticas de cine con ganas, preguntándose en qué puntos coincidirían y en cuáles discreparían. No le llevó demasiado tiempo darse cuenta de que no coincidían en nada.

La película estaba a punto de empezar, de modo que Tess dejó de pensar en Mike para centrarse en la pantalla. Ni siquiera el cinismo aprendido en la escuela de periodismo o los seis meses que llevaba analizando cada película que llegaba a Pasqualie, habían conseguido estropear la historia de amor de Tess con la gran pantalla.

Tal vez por eso Mike Grundel le había gustado desde un principio. Le recordaba a Rhett Butler, con esos ojos azules llenos de picardía, una sonrisa que podría encantar hasta al más pesimista

y un empeño que, en ese caso, le había costado su reputación.

Sin embargo, su descenso de categoría en el periódico le había vuelto más detestable. Mike se deleitaba con sus críticas chovinistas. Y tenía que reconocer que ella había empezado a responder a sus ataques con un sello feminista particular. Se preguntó si buscaba sus críticas nada más tener en sus manos el ejemplar del *Standard* con la misma emoción que lo hacía ella cuando el *Star* llegaba a la redacción.

Claro que por nada del mundo reconocería que leía sus artículos.

Siempre nos queda París era una película de las que más le gustaban a ella; con sus actores elegantes, sus vestidos exquisitos y el encanto de una ciudad como París. Pasados unos momentos se olvidó de Mike Grundel y se metió de lleno en una historia de amantes dudosos, identidades falsas y un Rembrandt robado.

Estaba completamente ensimismada con la película, riéndose a ratos, cuando de pronto le llegó una risa vibrante y sonora del otro lado del pasillo. No podía ser. Una rápida mirada a su derecha le confirmó que Mike Grundel, el fan de *Boneblaster*, estaba disfrutando con una comedia romántica. Entonces Mike notó que Tess lo miraba y empezó a toser para disimular.

Cuando se levantó al término de la película, Mike lo hizo también. Le indicó que pasara delante por el pasillo enmoquetado y se unió a ella cuando llegaron al vestíbulo.

—¿Te ha gustado la película, princesa?

—Sí, me ha gustado. ¿Ya ti?

Él se encogió de hombros.

—Es una película de chicas.

—Seguramente esa tos tan mala que tienes te ha impedido escuchar los mejores diálogos. Deberías ir al médico.

Mike fue a responder, pero no se le ocurrió nada.

—¿Es usted Mike Grundel? —se oyó la voz de una adolescente emocionada a sus espaldas.

Pobre Mike. Le echó una mirada de desconsuelo a Tess, que continuó caminando mientras agitaba la mano con desenfado. Como su foto aparecía al pie de sus artículos, a él lo reconocían mucho más que a ella y, a pesar de sus críticas tremendamente machistas, desde luego gustaba mucho a las mujeres.

Tess intuía que su belleza morena y ese aire de riesgo de Mike Grundel atraían más a las féminas que sus opiniones de neandertal. Y sin duda se reiría de todo eso si no se tuviera a sí misma como una de las víctimas de su despreocupado encanto.

Cuando llegó a su coche dejó de pensar en la película, en los hombres o en el deseo no correspondido. A su BMW rojo le pasaba algo. Enseguida vio que tenía una rueda pinchada; y no solo eso, sino que estaba rodeada de trozos de cristales color ámbar.

Maldijo entre dientes. No le hacía mucha gracia tener que cambiar una rueda en un aparcamiento frío a mediados de febrero, pero si se daba prisa tal vez no se quedaría helada.

Su padre pensaba que una mujer con coche debía conocer algo de mecánica básica, de modo que cuando cumplió dieciséis años y le regalaron su primer coche, él mismo le había enseñado algo de mecánica básica.

Cuando Tess abrió el capó se llevó las manos a la cabeza. No tenía rueda de repuesto. El mecánico le había dicho que necesitaba una rueda nueva cuando se le había pinchado la última, y Tess había estado ahorrando de su deficiente salario para poder adquirir una nueva. Solo que aún estaba ahorrando.

Sacó el móvil y lo miró. ¿A quién iba a llamar a las nueve y media de la noche? ¿A su padre? Le echaría un sermón por no ir preparada y terminaría comprándole una rueda nueva. Seguramente las cuatro. Tess se estremeció. No, a su padre desde luego no.

En el garaje no habría ya nadie a esas horas de la noche. Tendría que tomar un taxi hasta casa y ocuparse del asunto por la mañana.

—Si quiere ir al cine alguna vez acompañado, ya sabe, para darle otra opinión o cualquier cosa, esto… llámeme.

Tess se volvió y vio a la adolescente dándole a Mike un pedazo

de papel.

—Yo no…

Pero la muchacha ya se alejaba dando saltos de alegría.

De no haber sido por la frustración de su propio percance, Tess se habría echado a reír al ver la expresión de fastidio de Mike.

—No pierdas ese número. Tiene la edad ideal para ti.

Mike arrugó el papel con expresión ceñuda y lo tiró en una papelera cercana.

—Espero no haberte hecho esperar —dijo en tono confuso.

—No me has hecho esperar.

Apretó un botón de su móvil. Si Mike Grundel quisiera montarse en su moto y largarse, ella continuaría con sus cosas. Pero Mike nunca hacía lo que ella quería.

—¿Llamando al chófer? —dijo mientras miraba el deportivo rojo.

Aunque había sido muy amable por parte de sus padres regalarle un coche tan caro cuando había terminado los estudios, deseaba que no lo hubieran hecho. Se sentía mal sobre todo porque la mayoría de los periodistas que conocía conducían coches más modestos. O, en el caso de Mike, una elegante motocicleta negra. ¿Pero cómo rechazar el regalo? Se habrían sentido tan ofendidos…

—Sí —dijo sin mentir; al fin y al cabo, un taxista era también un chófer—. Yes una llamada privada.

—Hasta la vista.

Tess suspiró aliviada al ver que Mike se daba la vuelta. Estaba a punto de rebasar su coche cuando un tintineo le hizo bajar la vista. Había dado una patada a uno de los trozos de cristal.

Con frustración, Tess lo observó cómo se daba la vuelta y mirar bien su coche.

—Siento tener que ser quien te diga esto, pero parece que has atropellado una botella de cerveza.

—El intrépido reportero descubre otro caso.

—¿Dónde tienes la de repuesto?

—Sé cómo cambiar una rueda, gracias.

—No querrás llenarte las perlas de grasa.

Mike sonrió y Tess pensó inmediatamente en Rhett Butler llevando en brazos a Escarlata escaleras arriba. Se estremeció al sentir una oleada de deseo, a pesar de reprenderse a sí misma por sus estúpidas fantasías románticas.

—Me las puedo arreglar.

—De acuerdo. Me quedaré a mirar. Será más divertido que la película.

La luz de una farola cercana proyectaba un juego de luces y sombras sobre sus facciones bien marcadas y destacaba el suave brillo del cuero negro de su cazadora, confiriéndole un aire amenazador y confiado al mismo tiempo; una extraña combinación que le atacaba los nervios.

—No te vas a marchar, ¿verdad?

Mike sacudió la cabeza.

—No.

—No tengo rueda de repuesto —confesó con exasperación—. Voy a llamar un taxi.

De nuevo esbozó aquella sonrisa de pirata de cabellos largos y actitud despreocupada.

—Cierra el coche. Te llevo.

—No, de verdad, yo...

Pero era inútil continuar oponiéndose, puesto que él ya había

echado a andar hacia su motocicleta. Unos minutos después estaba de vuelta a su lado, montado sobre la máquina temblorosa y rugiente.

Tess se estremeció de pánico solo de pensar en aplastarse contra el cuerpo de Mike sobre aquella moto. Se asemejaba demasiado a sus fantasías secretas. Y ella creía a pies juntillas que las fantasías no debían mezclarse con la realidad; era el mejor modo de estropearlas.

Siendo una mujer sensata, que lo era, debería haber rechazado su invitación; pero la mirada desafiante de Mike consiguió que de repente la sensatez se le antojara como algo extremadamente aburrido.

—De acuerdo —dijo en tono renuente, a pesar del escalofrío de emoción que estaba experimentando.

¿Sería tan sensual como se lo había imaginado? Se guardó el móvil y las llaves del coche en el bolso, que se colgó al cuello para no perderlo.

—Ven aquí —le dijo, y Tess vio que tenía un casco negro y brillante en la mano.

Cuando Mike le abrochó la pequeña correa bajo la barbilla, Tess se estremeció al sentir la fuerza de sus manos, la ligera aspereza de las puntas de los dedos. El, por su parte, apartó las manos demasiado apresuradamente, como si se hubiera quemado.

—Súbete aquí detrás y agárrate bien. Si te estás quieta, todo irá bien.

Se sentó lo más apartada posible de él, colocó los pies en los apoyapiés y ae agarró lo más impersonalmente que pudo a ambos lados de su cazadora de cuero.

A1 momento el ruido del motor se volvió ensordecedor y salieron del aparcamiento.

Pasados unos momentos Tess entendió que era imposible no resbalarse hacia delante. A pesar de sus esfuerzos, terminó pegada a la espalda de Mike. De modo que se encogió de hombros y cedió a la fantasía. En realidad era mucho más cómodo montar así. Mike

tenía la espalda musculosa y cálida; además resultaba mucho más agradable por detrás que por delante, con aquella bocaza que tenía.

Mientras percibía la forma y la esencia de su cuerpo, se sorprendió de lo mucho que esas sensaciones la conmovían. Además la máquina rugía entre sus muslos, consiguiendo que se sintiera atrevida y sensual. Las partes más vulnerables de su cuerpo se apretaron contra las nalgas de Mike, y Tess pensó que eran como dos amantes en la intimidad. Disfrutaría del momento. Al fin y al cabo, él no tenía por qué enterarse de que su deseo iba en aumento a medida que la motocicleta adquiría velocidad.

Cuando finalmente recuperó el sentido común, se dio cuenta que la carretera oscura por la que transitaban conducía no a algún refugio erótico donde Mike la llevaría y le haría toda clase de delicias, sino a casa de sus padres.

Tess le tocó el hombro para llamarle la atención.

—¿Adónde vas? —gritó para que la oyera. A tu casa —gritó también él.

—No vivo con mis padres.

Él no contestó, y Tess se preguntó si la habría oído. Pero cuando estaba a punto de volver a gritar, el ruido del motor disminuyó y Mike paró en el arcén de grava. Volvió la cabeza y la miró con impaciencia.

—¿Y dónde vives?

Había estado tan ensimismada que no se le había ocurrido siquiera darle su dirección. Y él no se la había pedido, asumienfo claramente que vivía con sus padres en una de las casas más elegantes de la ciudad y que todos en Pasqualie conocían.

Tess le dio rápidamente su dirección, y se perdieron en la noche mientras dejaban atrás sus pisoteadas fantasías.

Mike sintió su suavidad incluso a través de la cazadora de cuero. Sus pechos le presionaban la espalda, firmes pero suaves al mismo tiempo; sus muslos, cálidos y excitantes, rodeaban los suyos. Como iba conduciendo, solo se había permitido a sí mismo imaginársela

unos segundos en la misma postura; solo que desnuda, y delante de él.

La oleada de deseo que lo recorrió estuvo a punto de hacerle perder el control de la motocicleta. Con Tess allí agarrada a él, proporcionándole aquella sensación de bienestar, Mike sintió como si aquel fuera su sitio. Por ello sintió un gran alivio cuando detuvo la moto delante de un edificio de apartamentos.

Solo que era imposible que aquel sitio tan lúgubre fuera su casa.

—Gracias por traerme —le dijo, agarrándose a él para no caerse mientras se bajaba de la moto.

—¿Me tomas el pelo? —se volvió un momento a mirar el edificio y después a ella, que tenía las mejillas coloradas del frío de la noche y el cabello revuelto.

—¿Cómo dices?

—Vives aquí.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó con curiosidad.

—Es una basura.

Tess se puso tensa.

—Es todo lo que puedo permitirme con mi salario.

El volteó los ojos, recordándose que Tess era una chica rica que solo estaba corriendo una aventura. Ella no era parte de ese tipo de vida; nunca lo sería.

—Ya.

Tess se quitó el casco con mucho genio. Cuando se volvió hacia él, Mike pensó que le echaría la bronca. Pero ella ladeó la cabeza y dijo:

—¿Te gustaría subir a tomar café?

Capítulo Dos

¿Te has dado cuenta alguna vez de que las «películas de chicas» tratan de amor, de mujeres fuertes y de familias? Las «películas de hombres» tratan de guerra, derramamiento de sangre y grandes maquinarias. Piénsalo.

Mike entrecerró los ojos.

—¿Me estás invitando para que suba a ver tu colección de pintura?

—No. Quiero hablar contigo.

Tess no estaba segura de haber hecho lo correcto, pero sentía que ya era hora de que le explicara que ella era una colega, una adulta, y que le gustaría mucho que él la tratara como tal.

—¿Quieres darme tu chaqueta? —le preguntó tras cerrar la puerta de su apartamento.

—Pensé que estabas enfadada conmigo.

—En realidad lo estoy.

—¿Entonce por qué te muestras tan educada? ¿Quieres gritar? ¡Vamos, grita! Prometo no responderte.

—Yo nunca grito. Dame tu cazadora.

El se encogió de hombros y le pasó la chaqueta. El cuero suave le recordó el viaje en moto, la excitación de la intimidad aún latía en las partes más sensibles de su cuerpo que habían estado en contacto con el cuerpo de Mike.

Una vez colgado los abrigos en el ropero se volvió para invitarlo a pasar al salón. Pero él ya había pasado. Los modales, recordó, no eran su fuerte.

Bajó los tres escalones del vestíbulo que daban al salón comedor. No era mucho, pero lo había decorado como había podido. Había

pintando las paredes de un bonito tono arena para tapar las manchas de la pared, y los muebles los había adquirido en los rastrillos y los había arreglado después para que parecieran nuevos.

Mike Grundel tal vez le pusiera mala cara con el coche, pero tendría que reconocer que de la influencia de—su padre no había nada en aquel apartamento. Lo único que se había llevado consigo cuando se había mudado había sido el dormitorio, herencia de su bisabuela. Tal vez fuera un orgullo estúpido, como insistía su madre, pero Tess se había independizado porque le había parecido algo muy importante.

—¿Café? —le ofreció, sintiendo de repente la necesidad de hacer algo con las manos.

—No tomo café por la noche. Una cerveza me vendría mejor.

—Me he quedado sin cerveza. Pero sí que tengo un Chardo... Un poco de vino.

—Un poco de vino será estupendo.

Cuando volvió con dos copas de vino y un plato de queso y galletas saladas, Mike estaba examinando su colección de libros y biografías de las estrellas de cine.

—Por favor siéntate —hizo un gesto hacia el sofá que había cubierto con un tapiz—. Siento el desorden; no esperaba a nadie.

Al quitar de la mesa de centro los periódicos y revistas, la fotografía de Mike pareció sonreírle desde la sección de ocio del *Star*. Él le siguió la mirada y vio su fotografía.

—¿Qué te ha parecido mi crítica de *Boneblaster*?

—Me la esperaba más o menos así. Al igual que tu sensato e inteligente comentario sobre *Una boda campestre*.

Mike se echó a reír.

—Seguro que me has traído aquí para robarme las ideas sobre la peli de esta noche.

Tess se sentó en el sofá y dio un refrescante trago de vino.

—Te he invitado a subir porque quiero hablar de algo.

—Me preguntaba cuándo llegaríamos a la parte en la que te enfadas conmigo —se sentó a su lado, demasiado cerca para su gusto, dio un sorbo de vino y dejó la copa sobre la mesa—. Dispara.

Pero cuando la miró con atención y seriedad, a Tess le costó arrancar. Por un momento aguantó la respiración y sin darse cuenta se quedó mirándole la boca. Era la más sexy que había visto en su vida: ancha, arrogante y con el labio inferior grande y sensual. Notó que tenía una cicatriz muy fina que le partía el labio inferior y se perdía entre la pelusilla del mentón. Se preguntó cómo se la habría hecho y qué sentiría si se la besara.

De repente se le había pasado el enfado, con lo cual deseó fervientemente haberlo dejado en la calle cuando había tenido la oportunidad. No quería pensar en besarlo; ni recordarlo después allí sentado en su sofá, mirándola de aquel modo.

—Yo… esto, creo que deberías tomarme más en serio.

Él se adelantó y le acarició el cabello con suavidad, después la mejilla. Podría ser un gesto de amistad o de seducción. No estuvo segura de cómo lo sentía él. Ella se sintió seducida.

De pronto empezó a resultarle difícil concentrarse en su cara, a solo unos centímetros de la de ella. Se le hizo un nudo en la garganta y notó que le costaba respirar.

—No empezamos con buen pie —dijo en tono ronco rrüentras continuaba acariciándole el pelo.

—Deberíamos volver a empezar.

—¿Volver a empezar?

—Sí.

Entonces se acercó a ella, y Tess percibió el olor especiado y cálido del aliento de un hombre excitado. Sintió su calor mientras él continuaba acercándose a ella muy despacio.

Tenía oportunidad de sobra para retirarse, pero no lo hizo. El

corazón empezó a latirle con frenesí y se pasó la lengua por los labios con anticipación. Durante meses aquella atracción había sido como una constante entre ellos, jamás reconocida abiertamente, aunque jamás ignorada del todo. Tal vez había llegado el momento de ver adónde los conducía. Tess se deleitó con la emoción del beso por venir.

Solo que no llegó.

Mike se puso de pie tan bruscamente que se golpeó la rodilla en el viejo baúl que hacía las veces de mesa de centro, y a punto estuvo de tirar su copa de vino.

En pocos segundos se retiró de ella y se apoyó sobre el escritorio donde estaba el ordenador. Sus ojos la miraban sin expresión alguna, pero por el modo en que se agarraba al borde de la mesa Tess entendió que intentaba controlarse como podía.

—Si tienes algo que decir, dilo —le soltó con impaciencia—. Tengo que escribir un artículo.

—¿Por qué no te gusto?

¿Por qué había dicho eso? Tess se reprendió mentalmente por dejarse llevar por los nervios.

Mike se pasó la mano por la cara e hizo una mueca.

—¿Quién ha dicho que no me gustas?

Se habría quedado boquiabierta de no haber tomado lecciones de comportamiento en un colegio privado.

—Cuando estabas a punto de besarme has pegado un salto hasta el otro lado de la habitación.

Mike suspiró con fastidio.

—¿Sabes cuántos trabajos de periodismo puede conseguir uno en esta parte del país?

Tess frunció el ceño. ¿Pero eso que tenía que ver con lo otro?

—No muchos.

—Efectivamente. Y sin embargo tú, que no tienes experiencia, te quedas con un puesto de lo más jugoso cuando hay muchos periodistas con experiencia vendiendo coches y trabajando en la construcción para poder mantener a sus familias.

—Fui la primera de mi clase de periodismo. Yo...

—Clase de periodismo —dijo con desprecio—. No aprende uno de noticias sentado en un aula. Hay que pegar la nariz al suelo y empezar a olisquear. No reconocerías una noticia ni aunque la tuvieras delante.

Tess se sintió muy indignada.

—No puedo evitar que mi padre sea rico. Pero esta es *mi profesión* y no permitiré que un cerdo que cree que *Boneblaster III* es maravillosa me hable con esa condescendencia.

Quería hablarle de las otras ofertas de trabajo, pero eso implicaría explicarle por qué había vuelto a su ciudad natal, y no estaba segura de poder hacerlo.

Era como si tuviera que demostrarle a todo el mundo, sobre todo a sí misma, que podría convertirse en una buena periodista por sí misma. En otra ciudad no habría significado lo mismo; por alguna razón tenía que hacerlo allí, en Pasqualie.

Si pudiera convencer al talentoso aunque arrogante de Mike Grundel de que era una verdadera periodista, entonces tal vez alcanzaría el éxito.

—Esto es discriminación, ¿sabes? —le dijo—. Te has decidido sin darme una oportunidad. Y… —entrecerró los ojos y le miró la yugular— si eres un sabueso de noticias tan bueno, ¿qué haces en la sección de Ocio?

Mike frunció el ceño mientras se sonrojaba.

—Eso es distinto.

—Entiendo cómo te sientes. Quiero que sepas que comprendo lo que te pasó y que no pienso utilizarlo en contra tuya. Soy una persona de miras abiertas.

Mike se quedó pensativo un momento y entonces sonrió.

—De acuerdo, te concedo este round. Pero te aviso, estás en un negocio duro. Si no puedes soportarlo, abandona.

Conseguiría una historia tan de plena actualidad que Mike tendría que correr mucho para hacerse con ella antes.

—Te propongo una apuesta.

—¿Una apuesta? —se puso derecho y se inclinó hacia delante.

—Sí. Te apuesto a que conseguiré una historia de primera página impresa antes que tú.

—Yo siempre juego para ganar, princesa —respondió Mike con los ojos brillantes de emoción.

—Entonces no te importará aceptar mi apuesta.

Solo podrá ser una historia de noticias concretas, en primera página. Quienquiera que la consiga primero, gana.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Yo... No había pensado en eso.

Mike esbozó una sonrisa astuta.

—Ya sé. El que gane le prepara una cena al otro.

—¿El que gane cocina? No parece justo.

—Esa es la apuesta, cielo. La tomas o la dejas —dijo mientras se dirigía hacia la puerta, como si no le importara nada.

—De acuerdo, acepto —se levantó y vio que Mike ya se estaba poniendo la cazadora—. No te tengo miedo.

Puso la mano en el pomo de la puerta y de pronto se dio la vuelta.

—Tal vez deberías tenérmelo —le dijo mientras la estrechaba

entre sus brazos.

La sorpresa y la emoción se apoderaron de ella cuando Mike la besó con pasión.

El pánico y la sorpresa se evaporaron dando paso al deseo, y Tess sintió un repentino derroche de placer al sentirse en brazos de un hombre que sabía lo que quería. Y lo que ella necesitaba.

El suave zumbido se convirtió en un rugido que le latía en los oídos, igualándose al ritmo de su corazón. Tess se rindió a él, recibiendo la carga de emociones mientras él le hundía la lengua en la boca con más exigencia que elegancia.

La habían besado con gentileza muchas veces, pero jamás con aquel deseo tan primitivo al que, sin darse casi cuenta, ella empezó a responder del mismo modo. Primero le acarició los hombros, y después, sin poderlo remediar, le acarició los cabellos con las dos manos y le agarró la cabeza con fuerza.

Sin embargo, una parte de ella no dejaba de insistir en que aquello no era buena idea.

Mike debía de haber concluido algo parecido, puesto que se apartó de ella con mucha más delicadeza de la que había empleado para besarla, dándole unos segundos para calmar el deseo que la dominaba. No resultaba fácil echarse atrás cuando sentía que había ocurrido una especie de cataclismo.

Cuando finalmente se retiró, ella lo miró con la misma sorpresa con la que parecía mirarla él.

—Ay, Dios mío —dijo, llevándose la mano al corazón—. Esto podría complicar mucho las cosas.

Mike no respondió, sino que abrió la puerta y salió al pasillo.

—Cuenta con ello.

Capítulo Tres

¿Qué tendrán el francés y el sexo? Pasan tanto tiempo hablando de ello...

Mike se quedó pensativo con las llaves en la mano. Al pensar en el sexo pensó en Tess. Dejarla allí y marcharse a su casa había sido una de las cosas más duras que había hecho en su vida. Tess había estado caliente, dulce y dispuesta, y él la había deseado con una intensidad que lo había sorprendido. Ninguna mujer lo había afectado de ese modo. Seguramente nunca.

Maldijo entre dientes.

Conocía a las de su tipo. Tess era una mujer romántica, soñadora, que igualaba el sexo al amor, el amor al matrimonio, y el matrimonio a las partidas de golf.

Se estremeció solo de pensarlo. No. Definitivamente Tess Elliot no era su tipo. Era una princesa, tan bella como inalcanzable.

A él le gustaba hacer el amor apasionadamente, y que nadie le echara nada en cara cuando se levantaba y se marchaba. No le gustaban los compromisos.

Aunque desde luego ella tenía personalidad, y sin lugar a dudas era más dura de lo que él había pensado. Un poco de rivalidad amistosa a raíz de la apuesta no vendría mal para poner una muy necesitada distancia entre ellos. Una razón más para no tirarse a su aristocrático cuello. Ella le había planteado un desafío nada despreciable, y él estaba deseando cocinar para ella.

Se sonrió para sus adentros. Era un cocinero excelente, algo que casi nadie sabía. Había aprendido desde pequeño, viéndose en la necesidad de prepararse la comida cuando su padre se iba de juerga. Para entonces su madre se había largado hacía mucho tiempo. Mike a veces se preguntaba si habría sido buena cocinera y si él habría heredado eso de ella. Claro que resultaba difícil de saber, puesto que ella se había marchado mucho antes de él empezara a ü— al colegio.

Le prepararía a Tess una rica codorniz o una gallina en pepitoria para que Tess limpiara el plato.

Mike se puso de pie. Lo que tenía que hacer era intentar recuperar su empleo; y tal vez el reto que le había planteado la princesa era lo que necesitaba en ese momento para que eso ocurriera.

Dejó su crítica a medio escribir y fue al despacho de la editora jefe.

—Mel, tienes que darme un respiro de estas críticas de cine. No puedo soportarlas más.

Mel levantó la vista del ordenador y se pasó la mano por el cabello rubio platino.

—Precisamente el hombre que quería ver.

El corazón le dio un vuelco. Sí, Mel le enviaría de nuevo a la sección de Información.

—Échale un vistazo a esos datos —rebuscó entre los papeles de su escritorio y le pasó unas hojas—. Los últimos resultados de la encuesta de los lectores.

Mike tomó las hojas y les echó un vistazo.

—¿Y qué? A la mitad de las personas les gusta lo que escribo y la otra mitad lo odia —dejó las hojas de nuevo sobre el escritorio—. A los hombres les gusta, a las mujeres no.

—A las mujeres no solo no les gusta, cariño. Lo detestan —dijo con alegría.

—No puedes darle gusto a todo el mundo. Dale las críticas de cine a otro y yo volveré a las noticias.

—No lo entiendes, Mikey. Las mujeres leen tus críticas de cine cada semana para recordar que los hombres sois unos cerdos. Los hombres las leen y empiezan a darse golpes en el pecho. Seguramente provocas tantas discusiones en los hogares de Pasqualie corno el sexo y el dinero. Eso, cielo, es controversia. Yla controversia vende periódicos.

—Mira, Mel. Sé que metí la pata con la historia de Ty Cadman. Pensé que mi fuente daría la cara cuando me hizo falta.

Apretó los labios y dejó de sonreír.

—Y yo pensé que tenías otras fuentes. Nos dejaste a todos en ridículo —apretó los dientes—. Detesto tener que imprimir disculpas.

—Pero la historia del soborno era cierta.

—No había historia sin que nadie la corroborara, y tú lo sabes.

—De acuerdo, por eso agaché la cabeza y me puse a escribir sobre cine como un niño bueno.

—Y te salvaron. Hoy, en la reunión de la directiva, ha sido la primera vez que Joel no ha preguntado por qué no te habíamos despedido.

Si el director quería que lo despidieran, había estado en un apuro más serio del que había pensado. Se lo debía a Mel, pero seguía siendo el mejor reporte::) que tenía y estaba echándose a perder con la estúpida sección de películas.

—He pagado el precio. Vamos, necesito un respiro.

Ella se volvió hacia el ordenador.

—No me hagas rogarte.

Ella empezó a teclear a toda prisa.

—De acuerdo, te lo ruego, Mel.

Entonces se volvió hacia él.

—Bueno, ahora que sabemos que todo el mundo lee tus críticas, haz conmigo lo que quieras.

Rebuscó un poco más en su escritorio y sacó unos papeles, a los cuales iban unidas unas entradas.

Mike miró la carta y las entradas y seguidamente miró a Mel horrorizado. Pero ella no sonreía.

—¿Entradas para la ópera?

—Eso es. Esta noche irás al estreno de *La Traviata* que inaugura el nuevo teatro de la ópera.

—Pero ese es el teatro de Cadman.

—Exactamente. Un teatro construido por el insigne ciudadano Ty Cadman para los habitantes de Pasqualie. Hay tienes una historia, tigre. Ve a por ella.

—Pero nosotros no publicamos este tipo de historias —argumentó débilmente.

—Las hacemos cuando estamos haciendo las paces —dijo en tono áspero.

Mike salió del despacho de Mel antes de cometer alguna estupidez, como por ejemplo abandonar su empleo. Él no era un perdedor, nunca lo había sido. Y, además, tenía un asunto pendiente con Tyrone Cadman. Tal vez lo había publicado demasiado precipitadamente, pero la historia era cierta, se lo decía el corazón.

Mike no iba a marcharse de Pasqualie o del *Star* hasta que tuviera la historia. Entonces, cuando recuperara su buen nombre, saldría de aquel lodazal en un abrir y cerrar de ojos.

Pero antes tenía que pillar a Cadman.

El cavernoso vestíbulo de mármol bullía con las conversaciones y la risa contenida de los presentes. Las copas de champán tintineaban entre los grupos de invitados elegantemente vestidos. Tess se estremeció, tal vez por el vestido de noche palabra de honor, y Harrison Peabody le echó el brazo por los hombros.

—¿Quieres que te traiga tu chal?

—No te preocupes.

Pero Harrison ya se había ido a por él. Harrison era uno de sus amigos de toda la vida, y decir que era demasiado servicial era decir poco.

Mientras esperaba a Harrison, Tess se entretuvo escuchando el cuarteto de cuerda y observando las idas y venidas de la *crème de la crème* de la sociedad de Pasqualie.

Sus padres estaba al otro lado del vestíbulo, en un grupo donde también estaban los padres de Harrison. Tess quería y admiraba a sus padres, pero detestó pensar que ella pudiera estar así algún día. Con cierta resignación retiró una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasó a su lado mientras pensaba que tal vez no debería haber vuelto a Pasqualie. Cuando Tess se dio la vuelta se quedó sin aliento.

¿Mike Grundel con esmoquin?

Sus miradas se encontraron y Tess se preguntó si, después del apasionado beso que se habían dado noches atrás, ella misma lo haría aparecer cada vez que necesitaba recordarse que era una chica joven que tenía su propia vida.

Entonces se dirigió despacio hacia ella, con el casco negro en la mano, y Tess respiró aliviada al pensar que era de carne y hueso y no una alucinación. Bajo la formal elegancia del esmoquin, el verdadero Mike se dejaba ver. Se había dejado el pelo suelto, y las puntas rizadas le rozaban las solapas de seda. Sus ojos azules la miraron de arriba abajo, deteniéndose un momento en el escote antes de mirarla a la cara. La expresión de deseo en su mirada le confirmó que efectivamente el beso había conseguido que algo cambiara entre ellos

—Vaya —exclamó Mike—. Estás preciosa.

Si empezaba a mostrarse agradable con ella, Mike Grundel podría resultar peligroso.

—Gracias. Tú tampoco estás mal.

Con su elegancia de pantera y su belleza morena, resultaba exótico y excitante.

—Así que tú también has venido a cubrir el estreno —dijo—. Tal

vez puedas ayudarme con el francés.

—*La Traviata* es en italiano —respondió Tess automáticamente—. Pero no voy a cubrir el estreno de la ópera. Ya tenemos nuestro artículo preparado. Estoy aquí por razones sociales.

Él volteó los ojos.

—¿Eres una de las benefactoras?

—Esto..., bueno, mi amigo lo es.

En ese momento su amigo reapareció cruzando el vestíbulo, en la mano llevaba el chal de seda que hacía juego con el vestido. Y con él estaba Ty Cadman. Como el resto de los habitantes de la ciudad, Tess sabía que Mike había intentado hundir a Cadman y que había fallado. Sus alegaciones sobre una puja injusta y pagos secretos para la construcción de su propio edificio habían resultado una lectura fascinante. Y aún más interesante había resultado la disculpa que había publicado el *Star* después de que una de las fuentes de información citadas; un competidor contrariado, insistiera en que había sido citado incorrectamente. Según su padre, solo esa disculpa y la destitución de Mike habían salvado al *Star* de un proceso judicial.

Pero Tess conocía al señor Cadman de toda la vida, y no pensaba que hubiera sido su generosidad de espíritu o su educación lo que le habían convencido para no llevar ajuicio al *Star*. En un principio, Cadman había intentado que despidieran a Mike, pero el *Star*, a su modo, había apoyado a su mejor reportero, bajándolo de categoría en lugar despedirlo.

Mike se puso tenso al ver a Cadman, y a Tess se le encogió el estómago. De haber sido él, se habría escabullido para evitar una confrontación.

Pero Mike no era de lo que se arredraba. Avanzó hacia delante, Tess no supo si para fastidiar al señor Cadman o inconscientemente para protegerla. Pero su proximidad le produjo desde luego un efecto muy claro. Estaba tan cerca que sintió el calor de su cuerpo, el aroma de su piel.

Harrison y el señor Cadman se acercaron charlando tr,anquilamente. Cuando el último vio a Mike, una mueca de

fastidio asomó a su cara larga y estrecha. Se hizo un silencio incómodo. Harrison Peabody disimuló afanándose en ponerle a Tess el chal por los hombros.

Ty Cadman se detuvo a unos pasos de Mike, y la animosidad pareció restallar como el relámpago.

—¿Ha visto alguna buena película últimamente? —le dijo Cadman en tono de burla.

—He oído que Saul Feldman consiguió un chollo de trabajo en su oficina de Seattle —contestó Mike.

Saul Feldman era la fuente que después se había retractado y cambiado su historia.

—No crea todos los rumores que oye. Podrían meterlo en un lío —entonces se volvió y sonrió a Tess de manera paternal y amistosa —. Estás preciosa esta noche, Tess. Te estás convirtiendo en una belleza, como tu madre.

—Gracias, señor Cadman. El teatro de la ópera es precioso. Tengo entendido que hizo traer el mármol de Italia —dijo en tono demasiado efusivo.

—Sí, es mármol de Carrara. Me gusta siempre tener lo mejor. Bueno, que disfrutes de la representación —y dicho eso se volvió para ir a charlar con otro grupo de asistentes.

Cuando Tess presentó a Mike y a Harrison, la mirada de sorna en los ojos de Mike le dio a entender que Harrison le parecía el acompañante perfecto para ella. Aunque Tess habría querido decirle que no era su cita

—Es un edificio precioso, la verdad —comentó Harrison con jo —Yrialidad, visiblemente aliviado de que la desagradable confrontación hubiera pasado.

—Sí, ¿verdad? —comentó Tess.

Harrison bebió otro poco de champán con gesto nervioso antes de continuar.

—Me pregunto si irá a utilizar al mismo equipo de construcción

para su refugio en el campo.

—¿Refugio en el campo? —murmuró en tono cortés.

No tenía ni idea de a qué se refería Harrison. Ty Cadman era la persona más urbana que conocía; le encantaban las fiestas, la vida nocturna, el teatro, los restaurantes. Desde luego no le parecía muy amante de la vida campestre.

—Ha comprado mucho terreno junto al Río Pasqualie. Esta loco por tener un lugar privado.

¿El Río Pasqualie? Tess había hecho senderismo por esa zona; era un paraíso para los amantes del aire libre, para los ornitólogos, y para los que gustaban de meterse en el río hasta los muslos y pescar con caña. También estaba lleno de mosquitos en verano, y en invierno era húmedo y cenagoso. ¿Por qué un hombre que odiaba el campo se compraría un refugio allí?

Tess percibió un cosquilleo en la punta de la nariz; siempre le pasaba cuando tenía delante alguna historia. Tal vez no tuviera mucha experiencia en noticias de información, pero gracias a su instinto había sido la primera de su promoción.

Miró a Mike, que en ese momento estaba mirando al otro lado del vestíbulo, donde el señor Cadman charlaba con sus padres y con los de Harrison. Presumiblemente Mike no habría oído a Harrison, o, de haberlo oído, no conocía lo suficiente al señor Cadman para que ese comportamiento le pareciera extraño.

Una idea brillante la sorprendió. ¿Y si pudiera adelantarse al superreportero Mike Grundel? Tal vez mereciera la pena investigar aquello del refugio en el campo. Si el señor Cadman era un criminal, la hubiera visto o no en pañales, no dudaría en destapar la verdad.

Un revoloteo de mariposas le constriñó el pecho. Mientras se preguntaba qué clase de cena le prepararía a Mike, oyó que alguien la llamaba por su nombre.

Volvió a la tierra y vio que una de las mujeres más bellas de la Tierra, su mejor amiga, Caroline Kushner, y su esposo, Jonathon, el editor del *Standard*, se acercaban a ella.

Al principio, ciando había empezado a trabajar en el *Standard*, le había resultado extraño que el editor del diario fuera el marido su mejor amiga. Pero

Tess se había tranquilizado cuando se había enterado de que Jonathon no se metía en lo que se hacía en el departamento editorial ni se inmiscuía en los asuntos personales. Era un administrador genial y un negociante espabilado que conseguía que un periódico de éxito continuara siendo próspero.

Era dueño de una par de cadenas de televisión por cable, pero el *Standard* era su ojito derecho. Después de Caro.

Tess no estaba celosa de la belleza de su amiga o de su éxito profesional. Pero cuando Jonathon miraba a su esposa, sí que sentía un latigazo de envidia. Se preguntó qué sentiría si un hombre la mirara así, y esperó que pudiera averiguarlo algún día.

Caro había dejado el mundo de la moda profesional y en el presente se dedicaba a escribir para la sección de Moda del *Standard* para hacerle a Jon un favor, aparte de prestar su nombre y esfuerzo a distintos proyectos benéficos, lo cual hacía por verdadera afición.

Como Jon y Mike no paraban de charlar de deportes, y Harrison hacía lo que podía para seguirles la conversación, Tess le comentó en voz baja a su amiga:

—¿Mike y Jon son amigos?

Caro se echó a reír.

—También me sorprendió a mí. En realidad son amigos íntimos.

—¿Pero cómo... ? —Tess no sabía cómo formular la pregunta.

—¿Cómo un chico nacido entre algodones y otro cuyo padre era un alcohólico terminaron siendo amigos? A través del béisbol. Ambos jugaban en el equipo de la ciudad.

En ese momento sonó un timbre suave que les indicó que la función estaba punto de empezar, y el grupo se disolvió y se dirigió cada uno a su asiento correspondiente.

Tess veía a Mike perfectamente; tenía la cabeza apoyada en el

respaldo y los ojos cerrados. Podría haber estado concentrado en la música, pero Tess sospechó que se había quedado dormido.

Esa noche se había enterado de un par de cosas que la tenían hecha un manojo de nervios. Una de ellas, que el señor Cadman estaba montando algo; no sabía qué, pero estaba dispuesta a averiguarlo. La otra era que Mike Grundel estaba muy guapo de esmoquin. Tendría que pedirle que se lo pusiera cuando ella le preparara la cena.

Capítulo Cuatro

De vez en cuando aparece una película que nos trasporta a la Edad de Oro de los repartos geniales, cuando las mujeres eran elegantes y los hombres se daban cuenta de verdad...

Tess suspiró y su pensamiento empezó a volar, lejos de la crítica de cine. Había estado elegante en el inauguración del teatro de la ópera, y Mike Grundel se había dado cuenta.

Tal vez si no la hubiera besado aquella noche, podría olvidarse de él. Pero en ese momento le resultaba imposible.

Mmm. Sus besos eran un poco como sus críticas de cine: escandalosos aunque atrayentes al mismo tiempo. Le entraban escalofríos solo de pensar en las miradas que le había echado la noche de la inauguración, y de cómo el barniz de civilización del esmoquin solo conseguía enfatizar el hombre incivilizado que había debajo. Le bullía la sangre solo de pensar en toda esa energía liberada sobre ella. Aun así, necesitaba ganar la apuesta y establecer su carrera profesional más de lo que necesitaba una complicada aventura amorosa con un competidor.

Mientras tanto, tenía que adelantársele y robarle la historia.

Pensó en el comentario de Harrison mientras se acercaba al ayuntamiento poco después de que lo abrieran el lunes por la, mañana. De camino a casa, después de la ópera, había frito a Harrison a preguntas, pero aparentemente él solo había oído a alguien comentar que Ty Cadman había adquirido terreno en el Río Pasqualie para construirse un refugio. Como fuente, Harrison era bastante malo. Era una persona muy despistada, pero normalmente no se equivocaba, y Tess decidió que aquella información confusa bien merecía la pena ser investigada.

Se preguntó qué tendría que ver, si acaso tenía algo que ver, un refugio en el campo con un soborno de un proyecto de construcción municipal. Según la desacreditada historia de Mike, Cadman conocía de antemano las ofertas de los competidores para construir el teatro de la ópera. Había sido sencillo para él figurar como el postor más barato. Jamás se había mencionado el nombre del

alcalde en el artículo del *Star*, pero todo el mundo sabía que Cadman y el alcalde tenían una larga amistad. El padre de Tess no soportaba al alcalde y a Cadman apenas lo toleraba; y su padre era un hombre bastante inteligente.

Una suave neblina le acarició las mejillas mientras llegaba a la puerta del achaparrado edificio público. Si pudiera comprobar que Cadman había comprado terreno junto al río, tendría el dato más importante para reafirmar la historia de Harrison. De lo contrario, tal vez el cosquilleo en la nariz sería simplemente señal de que se había acatarrado.

El rugido del motor de una motocicleta rasgó el nebuloso silencio, y se volvió para ver una figura negra saliendo a toda velocidad del callejón de al lado.

El motorista miró hacia la izquierda antes de girar a la derecha y Tess le vio la cara. Era Mike.

El corazón le dio un vuelco, y se quedó allí preguntándose qué haría si él la invitara a montarse con él y se la llevara a... Pero él ni siquiera la vio. Mientras desaparecía en la niebla y los latidos de su corazón retomában su ritmo normal, Tess se preguntó qué habría ido a hacer por allí. Mientras avanzaba hacia el mostrador del registro continuó pensando en la presencia de Mike por allí.

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó la empleada que había sentada detrás del mostrador.

—Sí. Estoy interesada en una propiedad en el Río Pasqualie.

—¿Han encontrado oro allí? —la mujer la miró con interés—. Es la segunda persona que se ha interesado esta mañana por el terreno junto al río.

—¿De verdad?

Tess apretó los dientes. Así que Mike sí había pillado el comentario de Harrison de la otra noche. Qué fastidio.

—¿Puedo ver los archivos?

—Segundo piso.

La propiedad más extensa pertenecía a una empresa privada. ¿Sería la de Cadman? Pero muchos terrenos adyacentes habían cambiado de propietario recientemente. Y la nueva información la habían pasado a ordenador. El señor Cadman no aparecía como nuevo propietario, pero la madre de Harrison, Margaret Peabody sí. Unos cuantos otros nombres de nuevos propietarios le resultaron familiares; tres de ellos habían asistido a la inauguración del teatro de la ópera… Qué interesante.

Tess volvió muy pensativa al edificio del *Standard*. Una vez que estuvo sentada a su mesa, examinó la lista más cuidadosamente. Con mucho el propietario de la mayor parte del terreno era una organización llamada *Bald is Beautificl*. Su terreno lindaba con aquel cuyo dueño era la empresa privada. ¿Sería aquel el terreno de Cadman?

—Dame un sinónimo de «desconsolado» —dijo Anton desde la otra mesa.

—¿Afligido?

—Gracias —respondió con alivio.

—¿Qué querrá decir Bald isBeautiful? —se preguntó en voz alta.

—Un grupo de la universidad que tiene que ver con el medio ambiente —dijo Steve Ackerman.

—¿Un grupo medioambiental universitario? —miró a Steve, que medía al menos un metro noventa, pero del que se decía que carecía de cerebro.

—Su misión es proteger los hábitats del águila norteamericana de cabeza blanca y alas oscuras.

—¿Estás seguro?

Steve sonrió.

—Salí durante un tiempo con una chica que era miembro del grupo. Solía llevarme al bosque con unos prismáticos. Estoy seguro.

—Gracias, Steve. ¿Y, podrías ponerme en contacto con esta amiga tuya?

Él se volvió a poner las gafas que se había estado limpiando.

—Lo siento. No volví a verla. Ni siquiera me acuerdo de su apellido.

¿Serían todos los hombres de aquel mundo del periodismo como Mike?

—¿Recuerdas su nombre de pila?

—Claro. Se llamaba… Leonor… Lorraine… Empezaba por ele.

No estaba segura de que aquella última información fuera correcta, teniendo en cuenta que provenía de Steve. Sin embargo era la única pista que tenía; y había mencionado que el grupo operaba fuera de la universidad. Tal vez alguien del campus supiera algo de la organización. Se levantó de un salto y agarró el bolso.

—Si alguien pregunta por mí —le dijo a Anton—. Di que he salido temprano a almorzar.

Pasó delante del ascensor y bajó las escaleras de dos en dos. Nada de aquello tenía sentido. Ty Cadman no se implicaría en algo tan primitivo como la conservación de la fauna salvaje, y sin embargo Harrison Peabody decía que era propietario de un terreno júnto al río. Desde luego la madre de Harrison tenía terreno allí. Tess se frotó la punta de la nariz. ¿Por dónde empezar? ¿Por los Peabody o por la universidad?

Una vez en el coche tomó el rumbo de la Universidad de Pasqualie.

Una hora después sabía más de aquel tipo de águilas de lo que le interesaba y tenía veinticinco dólares menos en el bolsillo después de haber contribuido a salvar el empobrecido hábitat de las aves.

Afortunadamente el grupo tenía un despacho en el sótano del edificio del sindicato de estudiantes, y había podido charlar con el estudiante que estaba a la mesa.

—Se reproducen junto a los ríos, y el desarrollo urbanístico está destruyendo su hábitat —le dijo el ascético de pelo largo llamado

Jeremy Dennis—. Esa zona del Río Pasqualie es un lugar de desove para el salmón y está rodeada de cedros rojos, alisos y álamos de Virginia. A las águilas les encanta posarse en los álamos de Virginia en invierno, y les encanta atiborrarse de salmón en la época del desove.

—Debe de ser precioso.

El asintió.

—Originalmente, Bald is Beautiful se inició para apoyar el trabajo de Eugene Butterworth.

—¿El pintor? —preguntó Tess con sorpresa—. Es verdad, vivía por aquí.

Precisamente su padre tenía un Butterworth en su despacho. A ella siempre le había encantado aquel cuadro.

—Cuando Butterworth murió, dejó sus cuadros y sus trabajos a Bald is Beautiful. Ahora también operamos una inversión en terreno. Aportamos dinero para comprar terreno en la zona del Río Pasqualie. —se retiró un mechón de pelo rubio—. A veces tenemos suerte y los propietarios nos donan algún terreno.

—He visto que vuestros terrenos limitan con una sección junto al río propiedad de una empresa. ¿Sabe algo de eso?

Jererny le ofreció una sonrisa de disculpa.

—Sí, pero no me está permitido decir nada. Lo siento. Sé que ahora es miembro y todo eso, pero también es periodista. Ya sabe...

—Claro —Tess le sonrió con los dientes apretados—. Entiendo. Me encantaría escribir un artículo sobre vuestro grupo en alguna ocasión. Tal vez podamos animar a que la gente contribuya con este proyecto.

—Oh, sí. Eso sería maravilloso.

—¿Me puedes decir algo de ese terreno?

Él se puso a juguetear con el bolígrafo.

—Está bien. El terreno. Los dueños están de nues

tra parte.

A Tess estuvo a punto de darle un ataque. ¿Qué podrían tener en común la conservación de la fauna salvaje y Cadman? Aquello merecía la pena ser investigado.

—¿Conoce a Ty Cadman?

Jeremy la miró con gesto confuso.

—A veces he leído cosas sobre él en los periódicos. Claro.

—Me preguntaba si sería un benefactor de vuestra asociación.

Jeremy la miró como si estuviera ida.

—¿El constructor? ¿Cree que favorecería la conservación de un hábitat?

—Sé que es un gran filántropo —se encogió de hombros—. Si no está contribuyendo, podría hablar con él.

—Bueno, supongo que aceptamos el dinero de cualquiera. Miraré la lista de miembros —sacó un fajo de papeles amarillentos de un cajón—. Los ordenadores están abajo —le explicó a Tess mientras pasaba las hojas—. No —dijo pasados unos segundos—. Aquí no hay ningún Cadman —sacó un bolígrafo—. Será mejor que añada su nombre a la lista aprovechando que la tengo aquí.

Mientras él pasaba las hojas, Tess continuó leyendo los nombres al revés.

—¿Hace mucho que tenéis los ordenadores abajo?

—Solo tenemos uno.

Tess se extrañó de la cantidad de nombres escritos a bolígrafo y a lápiz.

—¿Habéis conseguido todos esos miembros nuevos en una semana?

Continuó pasando hojas.

—Nuestra secretaria es una estudiante que se ofrece voluntaria y solo viene una vez por semana cuando tiene un hueco entre clase y clase. Seguramente tendrá trabajo atrasado. Pero sí. Hemos conseguido muchos miembros nuevos en esta semana.

Estuvo a punto de preguntar si los Peabody estaban entre los miembros nuevos, pero tampoco quería pasarse. Además, como pensaba hacerle una visita a Margaret Peabody más tarde, ya se lo preguntaría.

Después de darle las gracias a Jeremy por su ayuda y de prometerle que escribiría un artículo en favor de la causa de la organización a la que se había unido, se marchó con el estómago encogido de emoción y la cabeza llena de preguntas.

Miró el reloj de pulsera y decidió hacerle una vista a la señora Peabody en su hora del almuerzo. Cuando levantó la vista, vio que una figura familiar avanzaba por la acera en dirección a ella, con el cabello negro suelto y sensual, como a ella le gustaba.

El estómago se le encogió. Una vez podría haber sido una coincidencia. rPero dos? ¡Maldición! Estaban detrás de la misma historia.

Mike Grundel la vio y se detuvo bruscamente; entonces entrecerró los ojos.

—¿Te vas a matricular en la universidad? —le dijo con dulzura, intentando ignorar los fuertes latidos de su corazón a la vista de tanta masculinidad.

—Estoy buscando chicas. ¿Y tú?

Ella hizo un gesto hacia la enorme biblioteca de piedra que estaba al otro lado del campus.

—He venido a buscar alguna novela divertida.

Su mirada se suavizó, pareció detenerse en sus labios. Si había ido a buscar chicas, no iba desencaminado.

Ella le sonrió, intentando ignorar el chisporroteo que su mirada

le había provocado. Tenía una misión y no podía olvidarla.

—Y tal vez me apunte en un curso de cocina. Para aprender a cocinar aves exóticas.

Un brillo de picardía asomó a sus ojos sensuales. Debía de haberse dado cuenta, al igual que ella, de que seguían el mismo rastro.

—El águila de cabeza blanca es una especie en peligro de extinción.

—Como estás a punto de descubrir, ha sido elevada a la categoría de amenazada. Además, estaba pensando en prepararte algo lo bastante básico para que te guste.

—Eres muy atrevida, eso no lo puedo negar —le acercó la mano a la mejilla y le retiró un mechón de cabello que el viento había despeinado—. Pero esta es mi historia.

Ella intentó ignorar el cosquilleo que le produjo el roce de sus dedos junto a la oreja.

—¿Y qué historia es esa? —dijo casi sin aliento.

—Que me aspen si lo sé —murmuró, tan confuso como ella empezaba a sentirse.

Era casi medianoche cuando sonó el telefonillo del apartamento de Tess. Se frotó los ojos, que le dolían después de pasar tanto rato delante del ordenador. Se había metido en Internet y había encontrado mucha información sobre las águilas de cabeza blanca, había notado que la página de la asociación necesitaba una puesta al día y descubierto que finalmente nada de aquello contribuía a su historia. Al menos no encontró nada que relacionara a Ty Cadman con aquel asunto.

En casa de los Peabody no había encontrado a nadie, de modo que de momento no podría sacar nada de allí.

El timbre del telefonillo sonó de nuevo y Tess se levantó.

—Tess, soy yo, Mike.

—¿Mike Grundel?

No conocía a muchos Mikes pero no imaginaba por qué su rival la llamaba a esas horas. A no ser que…

—Sí. ¿Puedo subir?

Tess se miró; estaba bastante decente con una sudadera pero no de humor para que recibir a un hombre tan sexy en su casa.

—¿Para qué?

—Tengo una proposición.

Ella se echó a reír, pero por dentro sintió un latigazo de emoción.

—Al menos eres sincero.

—No es de ese tipo —dijo por el telefonillo—. No puedo decirte nada desde aquí. Vamos, abre.

Era una idea muy mala. Mike Grundel era más sexy que Clark Gable y tan irresistible como el choco late suizo, pero Tess apretó el botón y lo dejó pasar.

Capítulo Cinco

Anoche vi una película donde un tipo vestido con un mono le pregunta a una mujer si le gusta el vino tan seco como su conversación. Espabila. ¿Qué fue de Eh, nena, hagamos travesuras?

Demasiado impaciente para esperar el viejo ascensor, Mike subió las escaleras y llamó con los nudiIlos a la puerta de Tess.

—Hagamos un trato —dijo, nada más abrir ella la puerta.

—Buenas noches también para ti.

Mike no tenía idea de cómo una mujer podía parecer tan elegante y sofisticada con un chándal de la Universidad de Washington, pero así estaba Tess. Nada podía disimular que provenía de un entorno culto y educado. En aquel viejo apartamento parecía una muñeca de porcelana en una tienda de todo a cien. También parecía cansada y frustrada, lo cual entendía perfectamente, y estaba tan preciosa que se metió las manos en los bolsillos del pantalón y pasó delante de ella para alejarse del peligro.

—Por favor, pasa —le dijo con sorna.

—Déjate de rollos. ¿Quieres hacer un trato o no?

Tras cerrar la puerta, Tess señaló el sofá y encendió otra lámpara, como si no quisiera estar a solas en la oscuridad con él.

—¿Qué clase de trato?

El ignoró la invitación a sentarse en el sofá; estaba demasiado nervioso. Le daba la horrible impresión de que estaba perdiendo objetividad. Observó disimuladamente a Tess yendo hacia la pequeña cocina y se distrajo con el movimiento de sus caderas bajo el suave y amoroso tejido de algodón.

Otra vez, tal y como le llevaba pasando toda la semana, recordó la sensación que le había producido el roce de su cuerpo subida en la moto. No tenía palabras para describir esas sensaciones. Yeso no

había sido nada comparado con lo que había sentido al abrazarla, al besarla. Sacudió la cabeza, intentando pensar a derechas.

Oyó el ruido de la puerta de la nevera al abrirse y después el tintineo de cristal momentos antes de que Tess apareciera con dos botellas de cerveza en la mano. Las llevaba a la altura del pecho. Después de pensar en lo rica que estaría la cerveza, se fijó en el suave balanceo de unos senos turgentes bajo la camiseta de algodón y le pareció que no llevaba nada debajo.

Después de darle las gracias por la cerveza, dio un buen trago con la intención de refrescarse bien por dentro.

—¿Qué trato es ese del que hablas? —le preguntó ella mientras se sentaba en el asiento del escritorio, donde había un pequeño flexo encendido sobre un cuaderno de notas y el ordenador zumbando, aunque la pantalla estuviera apagada.

—¿Qué estás, escribiendo alguna crítica? —le preguntó.

—No exactamente.

Mike tamborileó con los dedos sobre el cristal de la botella. Al cuerno con todo ello. La estupidez aún no había hecho mella en él.

—¿Conseguiste ver a los Peabody?

Ella le echó una mirada elegante, a lo Grace Kelly.

—¿De qué clase de trato estamos hablando? —dijo en tono sosegado.

La frustración lo llevó a hablar atropelladamente.

—Los Peabody no han querido hablar conmigo.

—No saben lo que se pierden. Todo ese encanto, esa genialidad tuya.

—Sí. Puse en práctica tanto encanto que Peabody llamó a Mel, mi editora jefe.

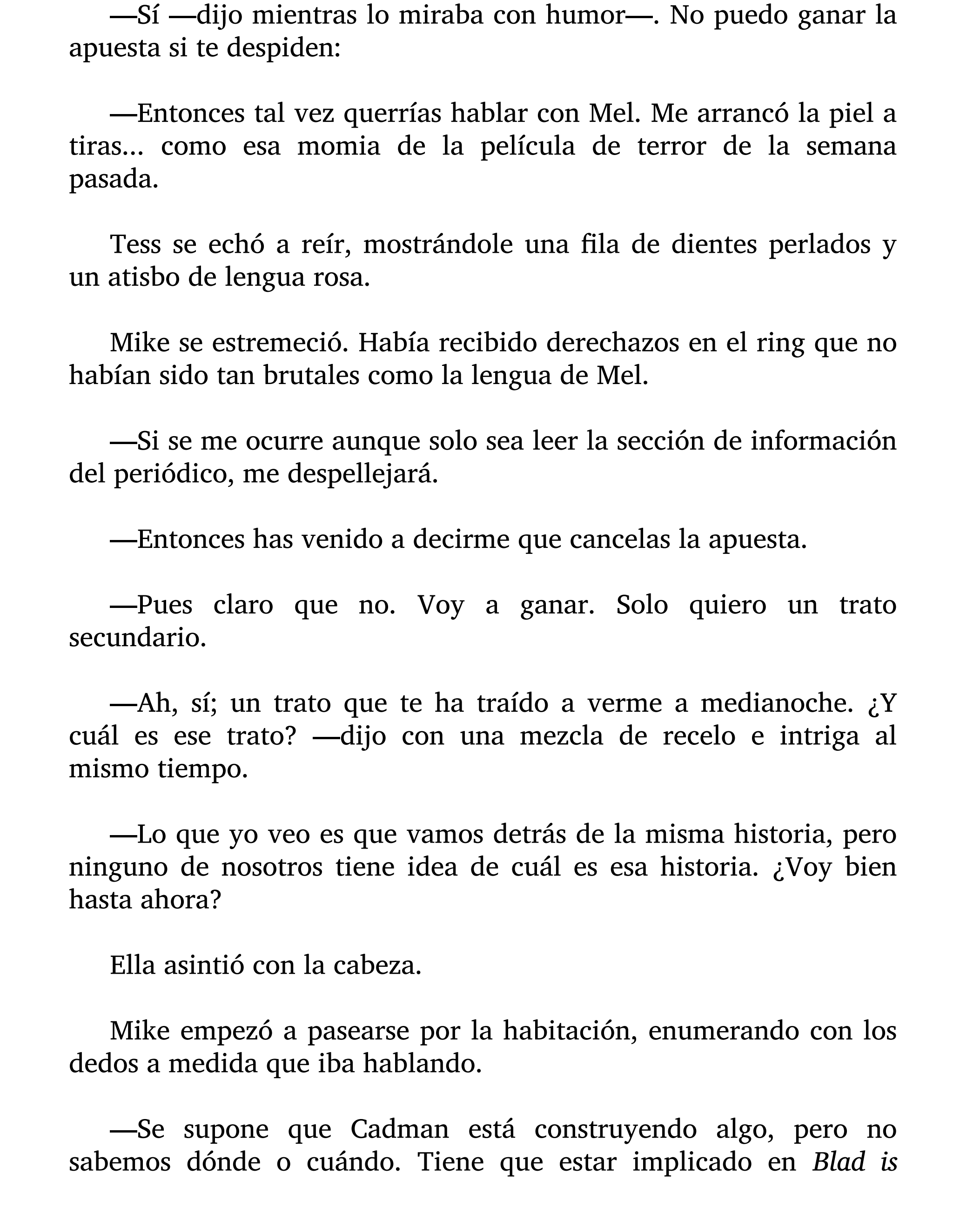
Ella se mordió el labio inferior y frunció el ceño. Incluso ella sabía que si los queridos amigos de Ty Cadman empezaban a

quejarse de él eso perjudicaría su carrera.

—¿Quieres que hable yo con ellos? Eso le llamó la atención.

—¿Lo harías?

Tess se encogió de hombros.



—Sí —dijo mientras lo miraba con humor—. No puedo ganar la apuesta si te despiden:

—Entonces tal vez querrías hablar con Mel. Me arrancó la piel a tiras... como esa momia de la película de terror de la semana pasada.

Tess se echó a reír, mostrándole una fila de dientes perlados y un atisbo de lengua rosa.

Mike se estremeció. Había recibido derechazos en el ring que no habían sido tan brutales como la lengua de Mel.

—Si se me ocurre aunque solo sea leer la sección de información del periódico, me despellejará.

—Entonces has venido a decirme que cancelas la apuesta.

—Pues claro que no. Voy a ganar. Solo quiero un trato secundario.

—Ah, sí; un trato que te ha traído a verme a medianoche. ¿Y cuál es ese trato? —dijo con una mezcla de recelo e intriga al mismo tiempo.

—Lo que yo veo es que vamos detrás de la misma historia, pero ninguno de nosotros tiene idea de cuál es esa historia. ¿Voy bien hasta ahora?

Ella asintió con la cabeza.

Mike empezó a pasearse por la habitación, enumerando con los dedos a medida que iba hablando.

—Se supone que Cadman está construyendo algo, pero no sabemos dónde o cuándo. Tiene que estar implicado en *Blad is*

Beautiful. También está involucrando a sus estirados amigos ricos. Me preguntó para qué. Esas personas no quieren hablar conmigo, pero lo harán contigo.

—Sí —sonrió con dulzura—. Hablarán conmigo.

Mike se paró y la miró.

—Pero yo tengo todos los datos de la investigación de Cadman. Entrevistas, fuentes del negocio de la construcción, rumores, y muchas cosas más que podrían ayudarnos a llegar al fondo de este asunto.

—¿Tal cómo?

Tal como este Nathan Macarthur que es dueño de esa empresa privada. ¿Quién es él? ¿Una pantalla para Cadman?

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Has averiguado quién es el propietario de esa empresa privada?

Oh, Dios mío, qué verde estaba.

—¿No te enseñaron a investigar una empresa privada en la escuela de periodismo?

—Pues claro —murmuró mientras jugueteaba con el cordón de la capucha de la sudadera—. Solo es que no me ha dado tiempo.

Mike ahogó una sonrisa de suficiencia y la miró a los ojos.

—¿Te dice algo el nombre?

—¿Nathan Macarthur? —sacudió la cabeza despacio—. No.

—¡Qué rabia! —exclamó, pues había esperado que ella lo supiera—. ¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Sé que Cadman tenía información secreta de la subasta para la concesión del proyecto del teatro de la ópera. Tengo tanta basura

sobre ese criminal que para mover mis archivos necesito una excavadora. Está intentando llevar a cabo otro chanchullo, pero esta vez voy a pillarlo. Mi propuesta es que compartamos información. Yo te daré acceso a todos mis archivos sobre Cadman. Tengo fuentes que me ha llevado años mejorar. Tú compartes todas tus anotaciones y transcripciones de las entrevistas, cualquier cosa que descubras relacionada con esta historia.

Tess se quedó pensativa un momento, y Mike sabía que estaba reflexionando sobre los pros y los contras, como él había hecho antes de presentarse ante su puerta.

O bien trabajaban juntos o abandonaban la historia. Era así de sencillo.

—¿Y nuestra apuesta?

—La apuesta sigue en pie. Solo se trata de compartir información.

—Quieres decir que...

—El primero que consiga una historia en primera página, gana.

—¿Pero y si la historia de Cadman es nuestra única oportunidad de escribir en primera plana? —dijo algo nerviosa.

—Acordamos no publicar nada hasta tener una historia bien fundamentada.

Tess asintió.

—Entonces depende de quién de nosotros sea el primero en venderle la historia a nuestros editores.

—¿Quieres decir que te me adelantarías? —le preguntó con expresión incrédula.

Él sonrió ante su ingenuidad.

—Adelántate o serás adelantada, cariño. Así es el juego.

Resopló fastidiaba y Mike pensó que había metido la pata hasta el fondo. Pero entonces Tess se enderezó con elegancia y lo miró.

—De acuerdo —dijo despacio mientras le llamaba la atención algo que había al otro lado de la habitación.

Mike siguió su mirada y vio una fotografía de su padre enmarcada en plata. Así que quería demostrarle a Su querido papá que valía, ¿verdad? Interesante. Una expresión mezcla de dulzura y de vulnerabilidad asomó tímidamente bajo la fachada de frialdad. Y solo por eso le entraron ganas de ir hasta ella y de estrecharla entre sus brazos. Pero sintió tanto miedo que dejó la botella de cerveza vacía sobre el baúl que hacía las veces de mesa. El era un pobre diablo y ella pertenecía a la aristocracia. No debía olvidarse de eso.

—Me marcho, princesa. Gracias por la cerveza.

—Espera —apartó la vista de la foto y se volvió a mirarlo—. ¿Cómo vamos a compartir la información? Parecería sospechoso si empezáramos a pasar ratos juntos, cuando todo el mundo sabe que...

—¿Qué sabe todo el mundo?

—Que... bueno, que no tenemos demasiado en común. Léete alguna vez una de mis críticas de cine.

—Tal vez los demás se equivoquen —avanzó un paso y, sin poder contenerse, le alzó la barbilla y le dio un beso breve en los labios—. Además, nos vemos en el cine continuamente —se apartó para percibir la expresión adormilada de sus ojos, sus labios carnosos y rosados entreabiertos.

Caramba, había metido la pata. El beso había sido un impulso irresistible, un modo de sellar el trato, pero una vez saboreada, no tuvo fuerzas para separarse.

Al momento siguiente la estrechó entre sus brazos. Le colocó una mano en la nuca para sujetarla, y sin dejar de mirarla a los ojos se inclinó hacia delante lentamente, rozándole los labios con suavidad mientras se le iban cerrando los ojos. Ella suspiró en sus labios y apoyó la cabeza sobre la mano que le sujetaba la nuca, como si le rogara que la besara ardientemente.

Y Mike no era de los que rechazaban esa clase de invitaciones. Pero aun así se tomó su tiempo, disfrutó de su suavidad y su

sorpresa, de cómo cerraba los ojos despacio mientras él también los cerraba al tiempo que le deslizaba la lengua deliberadamente alrededor de sus labios entreabiertos. Después le introdujo la lengua en la boca para saborearla y explorarla con un beso ardiente, mojado e intenso que le supo a cerveza fresca y a hembra caliente.

Su ordenador emitía un leve zumbido, en la calle alguien tocaba un claxon, pero él solo estaba atento a los leves suspiros y jadeos de la mujer que tenía entre sus brazos.

Parecía que estaban hechos el uno para el otro de la sensación de bienestar que experimentó mientras la abrazaba y besaba. Sus pechos se aplastaron contra el suyo y Mike supo que no se había equivocado. Lo único que los separaba era la sudadera y su ropa, y eso no era demasiado. Bajó las manos hasta la cintura y se las metió por debajo de la camiseta hasta tocar la piel suave y aterciopelada de sus costados, que se estremeció bajo sus caricias. Ella no protestó; en realidad lo agarró de los hombros, urgiéndolo en silencio a que continuara. De modo que Mike continuó avanzando con las manos hasta que se topó con la turgencia de sus senos.

Como todo lo que tenía Tess Elliot, sus pechos eran perfectos. Ni demasiado grandes, ni demasiado pequeños.

Fue él quien gimió en ese momento mientras se resarcía acariciándoselos y los pezones duros le rozaban las palmas de las manos. Sin dejar de besarla le pellizcó y amasó los pechos hasta que ella empezó a gemir y se agarró a él sin sentido. Entonces empezó a besarlo con una fogosidad que lo sorprendió, viniendo de alguien que siempre le había parecido tan tranquila y controlada. La había juzgado mal. La princesa de hielo era un volcán.

Abrió los ojos para dirigirse hacia la entrada de su dormitorio. Cuando fue a levantarla en brazos, ella murmuró:

—No. Tenemos que parar.

—Es una idea muy mala.

Ella se apartó de sus labios y apoyó la cabeza en su pecho.

—Mmm. Lo sé. Pero somos rivales.

—En este momento yo diría que estamos en el mismo equipo.

Ella se echó a reír suavemente, absolutamente bella con el pelo ligeramente despeinado, los labios suaves y haciendo un mohín y las mejillas sonrosadas.

—Te diré una cosa. Después de prepararte una cena, veremos qué pasa —levantó la vista y lo miró con esto.

—En primer lugar, seré yo quien te prepare la cena. En segundo lugar, no podrás resistirte a mí tanto tiempo.

Tess lo miró divertida.

—¿Qué es esto? ¿Otra apuesta?

Él también sonrió.

—No malgastes tu dinero. No tienes oportunidad alguna.

Y dicho eso, y fingiendo que no le importaba lo más mínimo, salió por la puerta.

—Échate para allá.

—¿Cómo dice?

Tess levantó la vista y allí estaba Mike, con un cartón lleno de palomitas en una mano, un vaso de refresco en la otra, y moviendo la cabeza para que ella se pasara al asiento de al lado.

—Siempre me siento junto al pasillo —protestó.

Estaba cansada, y al ver lo lozano que parecía él cuando ella llevaba unas noches apenas sin dormir, pensando en él, deseándolo, se puso de mal humor. Tal vez no tuviera demasiada experiencia con los hombres, pero estaba casi segura de que toda aquella pasión no provenía solo de ella misma.

—Tú siempre te sientas al otro lado del pasillo —le recordó ella.

—Si no nos sentamos juntos no podremos susurrarnos secretos —le dijo mientras la miraba con intensidad.

—¿Sabes algo? —dijo mientras se mudaba de asiento.

—Sé muchas cosas —dio en tono de suficiencia—. ¿Quieres palomitas?

—No, gracias.

—¿Hablaste con los Peabody? —le preguntó con la boca llena de palomitas.

¿Acaso pensaba que era tan ingenua?

—Primero cuéntame lo que sabes.

Bebió un poco de refresco mientras la miraba con aquellos ojos azules que le hacían imaginar cosas que no debía imaginar.

—Cadman jugó ayer al golf.

—Su médico se pondría contentísimo.

Mike esperó para obligarla a preguntar.

—De acuerdo. ¿Con quién jugó al golf?

—Con un funcionario de nuestra bella ciudad y otro tipo.

Solo podía haber un funcionario que consiguiera emocionar tanto a Mike.

—¿Te refieres al alcalde?

Él asintió.

—¿Quién era el tercero?

—No lo reconocí. No creo que sea de por aquí. Un tipo en forma, con entradas, aunque jugando al golf era penoso.

—Eso reduce la lista de posibles nombres.

Las luces de la sala empezaron a bajar y comenzó el primer anuncio. Tenía sed y, sin darse cuenta tomó un poco de su refresco

—¿Quieres que te traiga uno?

—¿Mmm? —soltó un gemido entrecortado al darse cuenta de lo que estaba haciendo—. Lo siento. No me había dado cuenta.

—No pasa nada —dijo Mike—. Compartir es bueno.

Tess volvió la cabeza hacia la pantalla.

—Tal vez le apeteciera jugar al golf —le dijo a Mike sin mirarlo.

Él movió el brazo hasta que le rozó el suyo, como si aquello fuera una cita de verdad.

—Cadman jamás hace nada solo por pasar el rato.

Las partidas de golf siempre se celebran por negocios. Salió de la ciudad un par de horas después de la partida.

De pronto Tess se volvió hacia él.

—¿Qué estabas haciendo tú en el campo de golf?

—Tengo un amigo que trabaja allí. Me avisa cuando Cadman va a jugar.

—¿Espías al señor Cadman?

—Solo hago mi trabajo.

Trabajo. Claro. Aquello sí que era trabajoso; el estar sentada al lado de Mike, en una sala de cine a oscuras, tan cerca el uno del otro que le costaba recordar que aquello era solo trabajo.

—¿Tomaste alguna fotografía? —le preguntó.

Él hizo una breve pausa.

—Tal vez.

—Déjamelas ver cuando las reveles. Es posible que reconozca al otro.

—Pasaré por tu casa después de recogerlas de la tienda.

—¿No pueden revelártelas en el departamento de fotografia del periódico?

—Podrían, pero a los diez minutos me pondrían en la calle.

—Ay, perdona, lo había olvidado. ¿Has podido averiguar quién es Nathan Macarthur?

—Vive en Spokane. Tiene dos niños y una hipoteca. Es propietario de la propiedad junto al Río Pasqualie desde hace al menos veinte años. No trabaja para Cadman; vende seguros. ¿Y tú? ¿Has conseguido ver a Margaret Peabody?

Tess sacudió la cabeza.

—También está fuera de la ciudad. Pero hoy me pasé por el club donde va mi madre y almorcé con ella.

—Bueno, menos mal. Yo he comido en diez minutos algo lleno de ketchup. ¿Y tú?

—Estuve dos horas con ella. Ni siquiera me dio tiempo a quedarme para el postre.

—Ay, qué pena me da. Voy a llorar.

—Pues llora. Entonces no me molestaré en contarte mi conversación con las señoras Brewster, Spencer, Ellis y Lowe.

—Las damas de Pasqualie almuerzan juntas. ¿Y de qué hablasteis? ¿De cómo abrillantar vuestros diamantes?

—Bueno, charlarnos de muchas cosas. Aunque en realidad todas han contribuido con *Bald is Beautiful*.

Lo miró a los ojos con intensidad hasta que él tuvo que dar su brazo a torcer.

—De acuerdo, tienes fuentes distintas a las mías.

Tess quería castigarlo de verdad.

—A esas mujeres se les acercaron un par de miembros nuevos

del club para vender suscripciones a *Bald is Beautiful* y así contribuir a salvar a las águilas. Eran mujeres más jóvenes. Reconocí a una de ellas por el nombre. Es una amiga de Jennifer Cadman.

De pronto Mike comenzó a prestarle atención.

—¿La hija de Cadman? ¡Qué coincidencia!

—No a no ser que coincida que ambos miembros trabajen para el señor Cadman.

—Sé que Jennifer recibe un sueldo de su padre. Supuestamente se dedica a las relaciones públicas o algo así.

Tess asintió.

—Se lo pregunté a mi madre. Las mujeres que venden las suscripciones también trabajan para él.

—¿Cuál es su juego?

—No lo sé. Pero lo vamos a averiguar.

Tess estaba picando lechuga para una ensalada la noche siguiente cuando sonó el telefonillo de su casa. Pensó seriamente en ignorarlo. Solo conocía a una persona que se presentara a esas horas sin previo aviso. Sonó de nuevo, como si le estuviera metiendo prisa.

Le resultaba casi imposible ignorar a Mike. Además, quería ver esas fotos del campo de golf.

—Hola, Tess —dijo casi sin aliento cuando le abrió la puerta.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que podría tener invitados? —le preguntó, a pesar del placer que sintió también al verlo.

Él volvió al hall de entrada, haciendo una mueca de horror.

—¿A quién, a tus amistades de la alta sociedad?

—¡No las tengo! Quiero decir… —suspiró y lo invitó a pasar—. Pasa. Da la casualidad de que no hay nadie aquí. Lo que estoy

intentando decir es que me gustaría que llamaras primero.

Bajó la voz y la miró con picardía.

—¿Tienes miedo de que te pille en flagrante delito?

Se puso colorada y abrió la boca, pero al momento siguiente decidió no hablarle de su vida privada. Solo habían compartido unos cuantos besos ardientes; no lo suficiente para darle derecho a husmear.

—Tal vez —respondió enigmáticamente.

Durante unos segundos la miró como si quisiera fulminarla con la mirada. Con mucho genio pasó delante de ella al salón, murmurando entre dientes.

—¿Cómo dices?

No sabía si el hecho de que no se le hubiera ocurrido que tal vez pudiera estar en compañía de otro hombre que no fuera él la divertía o la irritaba.

—Estoy diciendo que debemos establecer unas reglas si vamos a trabajar juntos. Nada de delito flagrante mientras estemos trabajando juntos.

—No sabía que el celibato fuera parte del trato —dijo en tono exasperado—. ¿Eso va por los dos?

El se volvió hacia ella con expresión ceñuda.

—Mi apartamento es peor que el tuyo; por eso el tuyo es la central de operaciones. Aquí guardamos todos los archivos, las notas, las fotografías. Si dejas a uno de tus niños bonitos de clase alta entrar aquí, tal vez vaya contándole algo al tío Tyrone —le echó una mirada y entonces sacó una foto de la bolsa de cuero que llevaba al hombro—. ¿Conoces a este hombre?

La instantánea en color mostraba a Ty Cadman charlando animadamente con el alcalde y un tercero. Estaba apoyados en los palos de golf, pero por la intensidad de sus expresiones no parecía como si estuvieran hablando del hoyo siguiente.

—Interesante.

—¿Lo conoces entonces?

Tess sacudió la cabeza.

—Nunca lo he visto, aunque… —se estrujó el cerebro pero no consiguió nada—. Su cara me suena de algo.

—Mi compañero dice que no suele ir al campo de golf. Cadman lo registró como invitado.

—¿Quién podrá ser?

Mike señaló la foto.

—No me pareció que estuvieran hablando de *birdies* o de *Logies*.

—¿Mmm? —alzó la cabeza y lo miró con confusión.

—¿Nunca has jugado al golf?

Tess se estremeció. Solo de pensar en los grupos de señoras que jugaban al golf y luego se tomaban un cóctel le había hecho no interesarse por el deporte.

—Es parte de la jerga del golf. Un *birdie* es cuando golpeas una bajo par, un *bogie* es cuando golpeas una de más y un *eagle* es cuando…

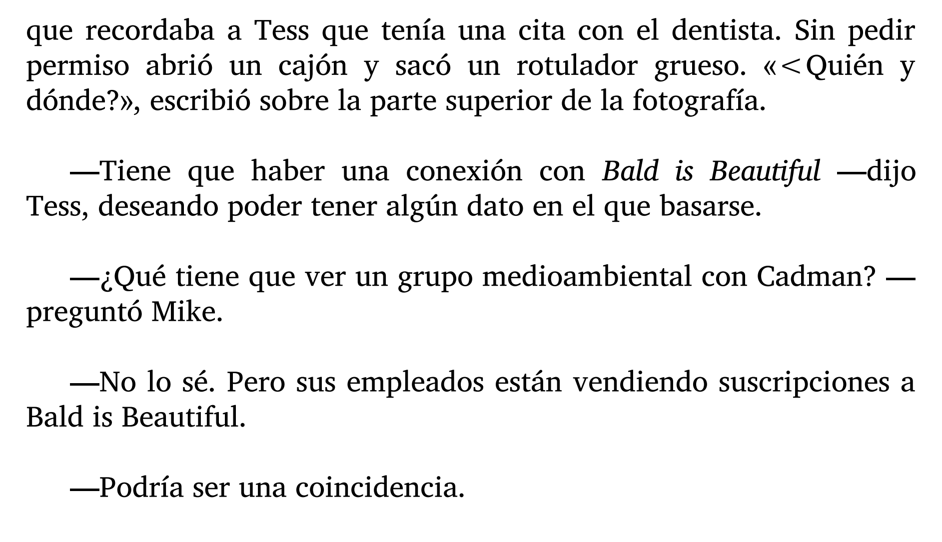
La leve exclamación entrecortada de Tess lo acalló.

—¿Qué?

—Aguilas —se frotó la punta de la nariz—. Por eso me sonaba su cara. Estoy casi segura de que estaba en la foto de grupo que tenían en la oficina de Bald is Beautiful. De algún modo ese hombre está implicado en la asociación.

—Vamos, sabes que Cadman se asaría y se comería un águila antes de salvarla.

Mike vio que tenía un tablón de corcho en la pared del escritorio. Quitó una chincheta y clavó la foto al lado de una nota



que recordaba a Tess que tenía una cita con el dentista. Sin pedir permiso abrió un cajón y sacó un rotulador grueso. «<Quién y dónde?», escribió sobre la parte superior de la fotografía.

—Tiene que haber una conexión con *Bald is Beautiful* —dijo Tess, deseando poder tener algún dato en el que basarse.

—¿Qué tiene que ver un grupo medioambiental con Cadman? —preguntó Mike.

—No lo sé. Pero sus empleados están vendiendo suscripciones a Bald is Beautiful.

—Podría ser una coincidencia.

Se quitó las zapatillas de deporte y los calcetines y empezó a pasearse descalzo sobre la alfombra.

—Pero creo que tienes razón. *Bald is Beautiful* es la clave.

—Necesitamos una copia de la lista de miembros —dijo Tess mientras le miraba los pies descalzos, que le parecieron muy sexys.

—¿Qué te parecería colarnos en la asociación?

Tess lo miró asustada.

—¿Qué quieres, que terminemos en la cárcel?

—Si es por una buena causa.

—Además, te despedirían —le recordó, sabiendo que eso lo asustaría más que la idea de la cárcel.

—Es cierto —Mike comenzó a pasearse de nuevo—. Tenemos que infiltrarnos en la asociación.

—Mike, somos periodistas, no del F.B.I.

Él continuó paseándose, como si no la hubiera escuchado.

—¿Te hiciste miembro de *Bald is Beautiful*?

—Sí, pero eso fue por…

—Yo también me apuntaré. Iremos a las reuniones, tal vez salgas elegida para. el consejo o algo. Incluso una panda de ornitólogos debe de tener una dirección. No, maldita sea. Eso llevará muchísimo tiempo —chasqueó los dedos—. Secretaria. Te presentarás voluntaria para ser su secretaria. Entonces podrás tener acceso a todos sus archivos.

—¿No te parece demasiado obvio? El se encogió de hombros.

—Tienes razón. Robar es mejor.

Tess resopló.

—Mientras tú planeas una vida de crimen, yo continuaré haciéndome la cena.

Eso le llamó la atención.

—Estupendo. ¿Qué vamos a cenar?

—Yo voy a cenar una ensalada.

La siguió a la pequeña cocina y se apoyó contra la única fila de armarios.

—Eso es mucha ensalada para una sola persona —dijo mientras se metía un guisante en la boca. Estaba muy guapo cuando se ponía así.

—Puedes quedarte si friegas los platos.

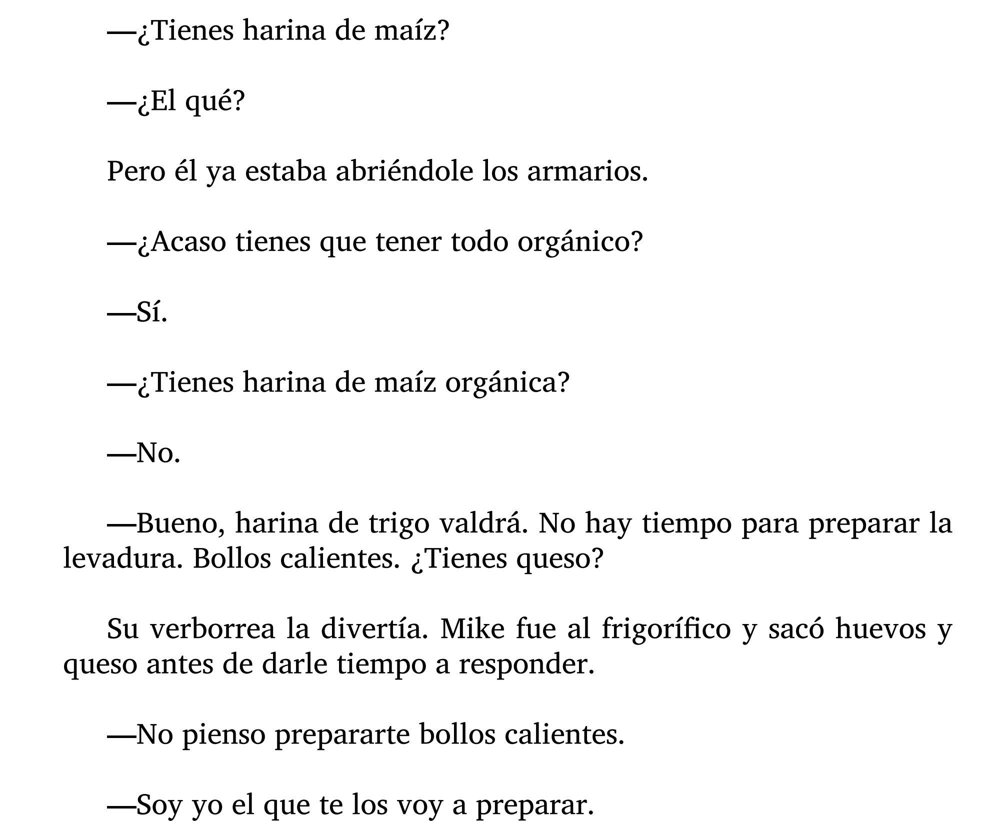
—Estupendo. No tienes un filete para acompañar a toda esa ensalada.

Ella arqueó las cejas, le echó una mirada de asombro y continuó picando la lechuga.

—No. De verdad. Necesitas comer más carne.

Tess suspiró.

—Tengo unas pechugas de pollo de corral.



—¿Tienes harina de maíz?

—¿El qué?

Pero él ya estaba abriéndole los armarios.

—¿Acaso tienes que tener todo orgánico?

—Sí.

—¿Tienes harina de maíz orgánica?

—No.

—Bueno, harina de trigo valdrá. No hay tiempo para preparar la levadura. Bollos calientes. ¿Tienes queso?

Su verborrea la divertía. Mike fue al frigorífico y sacó huevos y queso antes de darle tiempo a responder.

—No pienso prepararte bollos calientes.

—Soy yo el que te los voy a preparar.

Y, para sorpresa de Tess, empezó a hacerlo, mostrando una habilidad y una tranquilidad en la cocina que la sorprendieron.

Mientras ella continuaba con la ensalada, Mike se subió las mangas, se lavó las manos y se puso a trabajar.

—Mientras tú les haces la pelota a los de los pájaros, yo voy a darme una vuelta por Spokane.

Tess se volvió a mirarlo. Ella era una persona a la que le gustaba cumplir las normas, y eso de espiar a un hombre solamente porque hubiera jugado al golf con el señor Cadman era trasgredir las reglas.

—Mike, no irás a...

—Sí —la interrumpió—. Voy a hacerle una visita al señor Nathan Macarthur. Creo que contrataré algún seguro.

Mientras los bollos se cocían en el horno, asó las pechugas de pollo en la parte superior del horno. Después buscó en los armarios

y sacó el aceite de nueces que había comprado para alguna otra cosa.

—¿Tienes vinagre de vino?

—En el armario sobre el frigorífico.

Cuando se sentaron a cenar con un plato de bollos recién horneados y una fuente de pollo que parecía sacado de una revista de gourmet, Tess decidió olvidar su enojo. Cuando probó el primer bollo, lo perdonó instantáneamente.

—¿Cuándo has aprendido a cocinar?

—Cuando me di cuenta de que era el modo más rápido de llevarse a una mujer a la cama.

Ella se echó a reír.

—Pensé que con tu encanto te bastaría.

—Las mujeres sois mucho más duras de lo que piensas —le echó una mirada de provocación y a Tess se le encogió el estómago—. Mira el tiempo que hace que nos conocemos y aún no he podido llevarte a la cama.

Se produjo un breve silencio y la temperatura de la habitación pareció aumentar de pronto.

—No creas que unos cuantos bollos van a conseguirlo —dijo cuando fue capaz de hablar.

Él se echó a reír y se sirvió un poco más de ensalada, rompiendo el hielo del momento. Pero Tess se preguntó cuánto aguantaría si Mike se pusiera a seducirla. Para cambiar de tema y dejar de pensar en esas cosas, dijo:

—Margaret Peabody ha vuelto a la ciudad. Hemos quedado mañana.

—Estupendo —respondió con la boca llena de pollo—. Iré contigo.

—De eso nada. ¿Estás loco? Ya te denunció a tu jefe.

Él sacudió la cabeza.

—Esa no fue Margaret. Ese fue su media naranja. Mira, Tess, no te ofendas, pero tú no sabes hacer una entrevista. No tienes experiencia con este tipo de cosas. Debes leer el lenguaje corporal, ir más allá de lo obvio, hacer las preguntas más duras. Escuchar lo que no se dice.

—Gracias por la lección —dijo con fría cortesía—. Y de nuevo, no. No puedes venir.

—Esta también es mi historia. Estoy dispuesto a ir a la cárcel por ello. Puedes invitarme a tomar el té, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Hemos quedado en el Café Trieste a tomar café. Puedes sentarte en una mesa cercana y observar su lenguaje corporal.

El hizo una mueca.

—¿El Café Trieste? Ah, es ese grotesco sitio de pijos donde suele ir la gente de tu clase.

—Eso es.

—No pienso...

Ella alzó una mano.

—Es todo lo que te permito. Y si intentas hacer alguna tontería, rompemos el trato.

—De acuerdo —protestó—. Café Trieste, donde el café tiene cuarenta y siete nombres, cuesta nueve dólares y ninguno de ellos sabe a café.

—Entonces quédate en casa.

—¿A qué hora habéis quedado?

Capítulo Seis

Kick It me dio ganas de que la heroína, una investigadora privada, le diera al policía sexy pero poco inteligente una patada y lo echara de todas las escenas menos de las de cama.

Tess llegó a la cafetería diez minutos antes de lo previsto para asegurarse un buen asiento. Tuvo suerte de poder ocupar una de las mesas de la ventana, pues llegó justo cuando se marchaba una pareja.

Pidió un capuchino y se arrellanó en el asiento mientras pensaba en las preguntas que iba a hacerle a la amiga de su madre. Le encantaba aquel café. Olía a expreso y a chocolate, a leche caliente y a biscotes. El Café Trieste era propiedad de una familia italiana y los camareros gritaban los pedidos en italiano. No hacía falta tener mucha imaginación para volar con el pensamiento a las montañas toscanas.

Sonrió al pensar en estar allí. Si ahorraba dinero, tal vez pudiera hacer un viaje a Italia el próximo verano. Por supuesto, podría sacar dinero de lo que le había dejado su abuela, no habría nada que a la mujer le gustara más que fuera a Europa, pero para ella era casi una obsesión vivir su propia vida y mantenerse de su salario.

Se pasó la lengua por los labios. Tal vez fuera demasiado orgullosa, pero todo era más dulce cuando uno lo ganaba con el sudor de su frente. Además, así conseguía ahorrar un poco. Podría permitirse unas vacaciones en Europa. No en hoteles de cinco estrellas, pero si compraba un billete de Inter Rail, buscaba ofertas de billetes de avión y dormía en hostales, podría pasar un par de semanas en Italia.

Tess empezó a sentir emoción. Visitaría Roma y se pasearía por allí pensando que era Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma*. Por supuesto, ella no tendría a Gregory Peck. Se recostó en el asiento. En esa película, él había hecho el papel de periodista. Audrey había sido una... princesa.

Inmediatamente se imaginó a sí misma y a Mike en Roma. Pero no pensó en los monumentos de la Ciudad Eterna, Lo que se

imaginó fue una cómoda cama de matrimonio con sábanas de algodón en una sencilla habitación con las persianas bajadas. Y lo que se imaginó pasando en esa cama le hizo latir el corazón.

Como si su fantasía erótica hubiera conjurado la presencia de Mike, este entró por la puerta. Llevaba el cabello suelto, la cazadora de cuero abierta hasta la cintura y el casco en la mano. Miró a su alrededor, la vio y le guiñó un ojo. Sin decir nada, se acercó a la barra y pidió un expreso; entonces se sentó en un taburete y se volvió para quedar frente a la mesa donde estaba sentada.

Tess abrió el *Wall Street Jouynal* para hacer que hojeaba la sección de Finanzas. Sintió la presencia de Mike, su mirada recorriéndola, a pesar de sus esfuerzos por concentrarse en el diario.

—Aquí estoy, Tess. Espero no haber llegado tarde —Margaret Peabody no podría haber llegado en mejor momento.

—No has llegado tarde. Me alegro de verte.

Tess sonrió mientras doblaba el periódico y se levantaba para darle un beso a la amiga de su madre. Que ella recordara, Margaret Peabody siempre había utilizado Chanel nº 5; el jabón, la loción corporal y el perfume. Pero aquel día olía distinta; a algo especiado y exótico.

—Has cambiado de perfume —dijo sin poderlo remediar.

Margaret Peabody sonrió.

—Sí. Necesitaba un cambio.

Solo entonces Tess se retiró y notó que el perfume no era lo único distinto. La mujer se había teñido de rubia y llevaba un corte de pelo estiloso. Iba vestida con una blusa de cuello barco, una falda de cuero y botas por la rodilla.

—Estás estupenda —dijo Tess, preguntándose qué habría sido de la verdadera Margaret Peabody.

—¿Quieres un café?

—Solo una infusión; algo que lleve jenjibre, si puede ser.

—El cruasán de almendras es fantástico —sabía que la señora Peabody era golosa y buscaba hacerle un poco la pelota, francamente.

La rubia sacudió la cabeza.

—Estoy a dieta —le susurró.

Cuando Tess regresó a la mesa con otro capuchino para ella y la infusión para la señora Peabody, notó que Mike miraba a su invitada.

Dejó las tazas sobre la mesa redonda y decidió pasar directamente a la excusa que había elucubrado para justificar aquel encuentro.

—Estoy en un apuro. El cumpleaños de mamá es dentro de unas semanas y no tengo ni idea de qué regalarle. Esperaba que me dieras algunas ideas.

—Ay, Dios mío. No es tarea fácil, no —la señora Peabody dio un sorbo del té y dejó la taza sobre el platillo.

Como Tess ya tenía el regalo de su madre, un alfiler victoriano con granates y perlas que sabía que le encantaría, dejó que su invitada se explayara a sus anchas.

—A tu madre le encantan las alhajas victorianas. Tal vez podrías intentar buscarle algo en la tienda de antigüedades.

Tess levantó la vista, sintiendo la mirada de Mike quemándole la piel, distrayéndola.

—Sí... —se aflojó el cuello de la camisa, pues de pronto tenía calor—. ¡Qué buena idea! Gracias.

—O también es muy bonito hacer una donación por una causa benéfica en nombre de esa persona. Sobre todo de alguien que lo tiene todo.

Tess tuvo ganas de besar a la señora Peabody.

—Qué buena idea —dijo con naturalidad—. ¿Hay alguna causa en particular que te interese?

—Sí, claro.

¡Sí, sí, sí! Tess esperó a que mencionara las águilas y *Bald is Beautiful*.

—La asociación de mujeres a la que pertenezco recauda fondos para ayudar en la educación de las niñas en países del Tercer Mundo —sacudió la cabeza con tristeza—. Creo que tu madre ya ha hecho una importante donación este año.

—Es una causa maravillosa —concedió Tess, aunque no quisiera continuar hablando de ella en ese momento—. Recientemente me he unido a un grupo por la defensa del medio ambiente llamado *Bald is Beautiful*.

—¿De verdad? Me parece que también colaboramos con ese.

A Tess se le aceleró el pulso mientras intentaba mantener la expresión serena.

—¿De verdad? Qué coincidencia.

—Alguien nos lo recomendó, no recuerdo quién. Una de las jóvenes del club. Podría haber sido Jennifer Cadman.

La hija de Ty Cadman. Miró de nuevo a Mike, como buscando inspiración, pero se dio cuenta de que no estaba lo bastante cerca como para oírlas.

Charlaron un poco sobre sus amistades mutuas y sobre cómo Harrison estaba disfrutando mucho de su trabajo en el banco de su padre.

—Harrison me invitó a la inauguración del teatro de la ópera. Lo pasamos muy bien. El señor Ty Cadman se paró a charlar un rato con nosotros.

Tess observó a la señora Peabody por encima del borde de la taza. ¿Sería su imaginación, o le había parecido que la señora Peabody fruncía la boca levemente al oír el nombre de Cadman?

—¿Ah, sí? Los protagonistas me parecieron algo flojos, pero el vestuario estaba soberbio.

¡No, no! Tess no quería hablar de los cantantes o del vestuario. Quería sacarle los trapos sucios de Cadman. Lo intentó de nuevo.

—¿No te parece maravilloso el edificio?

—Oh, Dios mío, por supuesto. Es díficil que resulte de buen gusto con tanto mármol, pero Ty consiguió que le quedara precioso.

Tess cruzó los dedos debajo de la mesa.

—Me pregunto qué irá a hacer después.

—Siempre está ocupado. Creo que está montando un casino, o un hotel.

A Tess estuvieron a punto de salírsele los ojos de las órbitas ante la inesperada noticia.

—¿Un casino? ¿Cómo, aquí?

—Oh, no —Margaret Peabody se encogió de hombros—. Ty nos ayudó a comprar un terreno como inversión cerca de la ciudad. Dice que aumentará su valor por el proyecto del casino y del hotel. Siempre se le ha dado bien ese tipo de consejos. Por supuesto, de momento todo son rumores.

—Ah, naturalmente —sonrió—. Parece interesante. ¿Por qué cree que aumentará el valor de la tierra?

—¿Cómo dices? —Margaret Peabody frunció ligeramente el ceño.

Tess blandió el *Wall Street Journal*, encantada de habérselo llevado.

—Tengo que empezar a pensar en mi futuro financiero. Antes de que llegaras, he estado leyendo sobre la marcha de la economía —dijo, esperando que la señora Peabody no estuviera de repente interesada en la economía nacional—. ¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro?

—Tal vez deberías hablar con Ty. Sé que tiene bastante terreno. Está montando una agrupación para construir un complejo hotelero.

Estará junto al río, de modo que habrá pesca y actividades al aire libre.

—Y también habías mencionado un casino.

—Sí. A mí lo del juego me da lo mismo, pero a la gente parece gustarle mucho.

Tess no dejaba de darle vueltas a todo. ¿Sería posible que fuera a montar un casino en un parque natural? Dio un sorbo de café distraídamente y notó que se le había enfriado.

Entonces sonrió a la señora Peabody.

—Me has sido de mucha ayuda —dijo—. Creo que iré a alguna tienda de antigüedades esta tarde a buscarle algo para mamá.

—Ha sido un placer, Tess. Gracias por el té. Debo marcharme enseguida. Tengo una clase con mi entrenador personal.

Se pusieron de pie y se despidieron. Tess se quedó allí sentada mientras observaba el bamboleo de las caderas embutidas en cuero de una mujer que era más mayor que su madre; de una mujer que solía tener el aspecto de su abuela y que ahora podría pasar por su hermana. ¿Entrenador personal?

—No me dijiste que la amiga de tu madre estaba tan de buen ver —dijo una voz a sus espaldas.

—No estaba así la última vez que la vi —dijo Tess mientras se guardaba el periódico en el bolso y recogía sus cosas para marcharse.

Mike la esperó.

—Te acompaño.

—Qué educado.

Él se echó a reír.

—Suéltalo todo —abrió la puerta y la dejó pasar.

Tess decidió tomarle primero un poco el pelo.

—Bueno, se acerca el cumpleaños de mi madre. La señora Peabody me dio una excelentes sugeren…

—Maldita sea, allí esta Mel —de pronto Mike le tomó la mano.

Se quedó tan sorprendida que se volvió a mirarlo boquiabierta. Intentó arrastrala de nuevo al interior del café, pero un señor mayor italiano salía en ese momento.

—*Mi scusi* —dijo mientras los rodeaba, y entonces la editora jefe de Mike se plantó delante de ellos y se fijó en que iban dados de la mano.

—Hola, Mel —dijo Mike en tono alegre.

—¿Qué pasa aquí?

La mujer se quedó inmóvil y miró a uno y a otro con expresión de fastidio.

Tess había visto a Mel un par de veces, pero nunca habían sido presentadas. La mujer tenía fama de dirigir su sección del periódico echando mano del miedo. Al oír su tono de voz y ver cómo los miraba, Tess no lo dudó.

Intentó soltarse la mano, pero Mike se la agarraba con fuerza. Mike continuó con el mismo tono festivo.

—¿Mel, conoces a Tess Elliot?

Mel asintió con la cabeza brevemente.

—Conozco a su padre.

—Trabajo de periodista en el *Star* —contestó con frialdad.

¿Cuándo iban a empezar a conocerla como Tess Elliot, la periodista, y no como Tess Elliot, la hija de Walt Elliot?

—Claro que sí, cielo —contestó Mel—. Esas columnas de Sociedad no me dejan dormir.

Unos meses atrás Tess se habría asustado de tal grosería, pero

había aprendido lo suficiente para saber que Mel estaba pinchándola. En lugar de mostrar indignación, sonrió con dulzura.

—Hay que empezar en algún sitio.

Para sorpresa suya, la mujer se echó a reír.

—Tus críticas no son tan malas. Pero hay demasiadas palabras. Aunque aún tienes esperanza.

Tess se sintió halagada. Aquella terrorífica mujer leía sus artículos, y veía en ella una promesa. Demasiadas palabras, ¿no? Tess se dijo que revisaría a conciencia su próximo artículo antes de entregarlo.

—Sí, demasiadas palabras —intervino Mike—. Eso es exactamente lo que yo le digo. ¿Verdad, cielo?

—¿Cielo? —tanto Mel como Tess lo miraron, repitiendo al mismo tiempo el revulsivo vocablo.

Mike parecía desesperado. Le soltó la mano y le echó el brazo por los hombros.

—Sí. Somos pareja.

Le apretó el hombro para avisarla y Tess intentó no hacer una mueca del daño que le estaba haciendo.

Mel miró a Mike.

—Me dijiste que era una principiante sin talento y que era un castigo tener que escribir sobre las mismas películas que ella.

Tess sintió que se ponía colorada e intentó apartarse de él.

—¡Cómo te atre...!

—Eso era antes —dijo Mike en tono de pánico—. Ahora es distinto.

—Ah, no, tú...

Pero él la acalló pegándole sus labios a los suyos. A punto de

caerse, Tess se apoyó contra su pecho musculoso y, antes de darle tiempo a pensar en nada, Mike empezó a besarla y sintió que se le nublaba el cerebro.

Por un instante olvidó dónde estaba, con quién se estaba besando. Se recostó sobre aquel cuerpo sensual y se agarró a sus hombros musculosos para no caerse al suelo, puesto que las rodillas no parecían funcionarle.

Sabía a aventura, a riesgo, a frescura. Y también un poco a café. Le llegó el olor a cuero, el aroma de su piel y un ligero olor a cigarrillo.

Fue este último el que la devolvió a la realidad. Mel. De acuerdo, aquella era una charada en beneficio de Mel. Así, apartó los labios de los suyos pero tuvo que hacer un esfuerzo para apartarse de Mike. Lo miró a los ojos azul plomizo, cargados de deseo, y sintió lo mismo en sus entrañas.

—Bien —la voz ronca los devolvió a la realidad—. Pensé que os lo estabais inventando. Supongo que ciertamente los opuestos se atraen, pero jamás habría creído que vosotros dos fuerais amantes de no haberlo visto con mis propios ojos. Mike Grundel y Tess Elliot.

La idea pareció divertirla, puesto que pasó delante de ellos y entró en el café riéndose.

—Oh, Dios mío, ¿qué he hecho? —Mike frunció el ceño y dio un paso hacia ella—. Espera, Mel. No es lo que piensas, no somos... ¡Ay! —miró a Tess con rabia—. ¿Por qué me has dado una patada?

—Por ser tan idiota. Acabas de convencerla de que somos pareja. No vayas ahora a decir lo contrario.

—Pero se lo dirá a todos en el *Star*. Se partirán de la risa. Tengo que detenerla. ¡Ay! —pegó un salto y se agachó para frotarse la espinilla.

—Eres un cretino. Apártate de mí —dijo y echó a andar muy enfadada por la acera.

Él la alcanzó y la agarró del brazo.

—Prometiste contarme lo que te había dicho Margaret Peabody.

—Tú eres el experto en lenguaje corporal. Adivínalo tú solo —y dicho eso lo mandó a freír espárragos.

Cruzó al otro lado de la calle, y a los pocos segundos Mike volvió a plantarse junto a ella.

—No puedo creer que hayas hecho eso; ese gesto tan obsceno. rY si te ha visto Mel?

—Podría decirle a tus colegas lo que pienso de ti y no se morirían de risa pensando que estamos saliendo.

Esa vez, Mike la obligó a pararse.

—¿Eh, eso es lo que ha molestado tanto? —la miró un momento con intensidad—. Vamos. Si se empezara a hablar de nosotros, tú gente también te tomaría el pelo.

Ella abrió mucho los ojos al darse cuenta de que tenía razón.

—¿Entonces no es por mí?

—Pues claro que no. La mayoría de los hombres daría su brazo izquierdo por salir contigo.

Ella soltó una risotada.

—Claro. Están haciendo cola. ¿No los ves?

—Si no es así es porque tú los asustas. Eres tan... no lo sé. Fría e inalcanzable.

Fría e inalcanzable. Ya. Aun así, Tess decidió no seguir por aquel camino.

—Margaret Peabody me dijo que Ty Cadman los ayudó a comprar terreno para hacer una inversión. Aparentemente la propiedad va a aumentar su valor cuando la conviertan en un casino y en un complejo hotelero.

—¿Quiere montar una sala de juegos en el santuario de las águilas? Sabía que el muy canalla estaba tramando algo, pero nunca

pensé que fuera tan bueno. Esta vez lo pillaremos.

—No deberíamos precipitarnos —le aconsejó, a pesar de que se le hubiera hecho un nudo en el estómago—. El terreno del que la señora Peabody hablaba podría estar en cualquier sitio.

—Digamos que... —volvió la cabeza cuando un viandante le pidió perdón tras chocarse con él—. No podeos hablar aquí. Te veré en tu casa más tarde.

—¿Cuándo?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Esta noche.

—Mike. Es sábado. Tengo una gala benéfica. En realidad...

—Ya estoy viendo otra fascinante historia para la página de sociedad.

Entrecerró los ojos y lo miró con rabia.

—La próxima patada no será en la espinilla.

—Escucha. Como te gusta tanto pelear, pásate esta tarde por el club de boxeo y podrás ver cómo dejo hecho papilla a Jon, tu jefe. Podremos hablar allí.

Tess pensó que, llegado ese punto, haría cualquier cosa porque la quitaran de la página de Sociedad. Como por ejemplo pasar la tarde en un club de boxeo.

Tess arrugó la nariz al entrar en el Club Pugilístico Masculino de Pasqualie. A pesar del rebuscado nombre, tal y como ella se había temido, aquel lugar apestaba. Olía a medio siglo de sudor, calcetines sucios, cerveza derramada, polvo y otras cosas que prefería no mencionar.

¿Cómo podía Mike soportar aquello? Sin duda aquel lugar estaría lleno de cucarachas, o de algo peor. ¿Y cómo podía soportarlo Jonathon Kushner?

Se largaría de allí; le dejaría a Mike un mensaje para quedar al día siguiente. Pero justo cuando estaba a punto de salir, Mike emergió por una puerta que sin duda daba a algún vestuario. Llevaba unos shorts grises, una camiseta blanca, guantes rojos y un casco en la cabeza. Como no la vio, directamente saltó con agilidad al ring y empezó a hacer un baile alrededor, sin duda para calentarse un poco. Tess se olvidó del aire fresco del exterior y se dejó caer en el asiento más cercano.

Mike estaba muy bien hecho; bronceado, musculoso y con el estómago y las piernas fuertes.

Cuando se dio la vuelta, Tess descubrió que por detrás era tan interesante como por delante.

—De acuerdo, Jon. Derríbame. Sé lo que quieres —dijo Mike a una segunda figura que también se había subido al ring.

Se acercó un poco más, pero los dos hombres estaban demasiado absortos para notar su presencia.

—De acuerdo. Quiero una pelea limpia —se oyó la voz de un hombre mayor que estaba en el centro del ring.

Pasado un rato, el hombre miró hacia donde estaba ella y se acercó.

—Aquí no boxean las mujeres. Creo que le vendrá mejor el centro que hay un poco más abajo, en esta misma calle.

Tess se quedó momentáneamente confundida. ¿La estaría echando por ser mujer? ¡Como si ella hubiera elegido estar en aquel agujero que olía a sudor!

—A mí no me interesa el boxeo. Solo quiero ver el combate. Esos hombres son… amigos míos.

El viejo soltó una risotada y se rascó el mentón cubierto de una pelusilla gris.

—Esos dos llevan peleándose desde que eran niños —pestañeó con aquellos ojos legañosos—. Y aún continúan siendo dos insensatos.

Observó el resto del combate, o lo que fuera aquello, fascinada, mientras ellos se daban golpes como si fueran dos niños, disfrutando de poder volver a serlo durante esos momentos.

Pasado un rato, dejó de asustarse cada vez que se daban un golpe y se puso a observar con interés.

—Mike es bueno, ¿verdad? —le preguntó al viejo.

—Sí. Lleva viniendo aquí desde él mismo era un delincuente. Ahora entrena adolescentes. Después de unos cuantos golpes, no dan tantos problemas.

Continuó mirando hasta que el viejo anunció el final y los dos hombres se le acercaron. Solo entonces pareció Mike darse cuenta de la presencia de Tess.

—Hola, Tess —dijo con naturalidad.

—¿Qué hay, Mike? —intentó no sonreír, pero no fue capaz.

A pesar de estar empapado en sudor, sintió ganas de abrazarlo. Y no solo por entrenar a chicos con problemas, sino por ser tan buena persona y no haber dicho nada.

—Vaya, Tess, qué alegría verte —dijo Jonathon, que se unió al grupo.

—Hola, Jon.

Mike levantó los guantes hacia Tess.

—¿Me los desatas?

—Claro.

Tess consiguió hacerlo sin que le temblaran las manos. Para colmo, Mike no dejaba de mirarla todo el tiempo.

Tess sintió que Jon los miraba y deseó que Mike le diera algún tipo de explicación sobre su presencia, pero no lo hizo. El silencio empezó a resultar incómodo, y Jon, que era una persona discreta, se retiró al vestuario tras despedirse. Cuando consiguió quitarle los guantes, Jon ya no estaba.

—No debería haber venido aquí. No quiero que Jon piense que estamos los dos detrás de una noticia; lo mismo que te pasó a ti con Mel.

—No te preocupes. A Jon no le importa.

—Oh, bien. ¿Qué le has contado?

—Que estás loca por mí y que me sigues a todas partes con la lengua fuera.

Antes de poder decirle algo que lo fastidiara, Mike se volvió hacia ella.

—Dame cinco minutos para ducharme y cambiarme.

Tess fue a la cafetería del gimnasio y se sentó en el asiento que parecía menos sucio. Aunque decir «sucio» fuera decir poco.

Unos cinco minutos después, Mike apareció con el cabello todavía húmedo de la ducha, vestido con una camiseta blanca y unos vaqueros.

—Dime otra vez lo que te contó Margaret Peabody. Todo —le ordenó mientras se sentaba frente a ella y daba un trago de agua de una botella.

—Antes tengo algo que hacer.

—¿El qué?

—Matarte. ¿Cómo has podido decirle ajon que estoy enamorada de ti?

Arqueó las cejas y a sus ojos asomó una chispa de humor.

—Ahora ya sabes lo que he sentido esta mañana delante de Mel. Sé que es horrible, pero fingir que somos una pareja es la mejor manera de conseguir trabajar juntos sin levantar sospechas.

—Pues, para que lo sepas, pienso dejarte en cuanto tenga oportunidad.

El se echó a reír.

—Eso ya lo veremos. Vamos, cuéntame.

Así que Tess le contó lo que le había dicho la amiga de su madre mientras tomaba su infusión.

—Llevb todo el día pensando en ello —dijo—, pero lo único que saco en claro es que Cadman está planeando construir un complejo hotelero con casino en el santuario de las águilas. Yeso, aparte de ser una falta de respeto por el hábitat natural de muchas especies, está donde Cristo perdió el chaleco.

Mike se encogió de hombros.

—Le va a hacer falta muchísimo terreno, y si quiere que sea junto al río, bueno, no hay nada tan grande cerca de la ciudad. La empresa privada es propietaria de un buen pedazo junto al río. Y lo he comprobado. No hay ninguna designación oficial como lugar protegido para impedir que se construya allí. Si Cadman puede comprarle el terreno a este Macarthur, taparles la boca a los de Bald is Beautiful y conseguir que el alcalde apruebe el cambio de zonificación, entonces está hecho.

Tess, que había llegado a las mismas conclusiones, asintió.

—Tiene que superar algunos obstáculos bastante importantes. Pero tal vez estemos equivocados. Recuerda lo que dijo Harrison en la ópera; se refirió a ello como un refugio en el campo.

Mick soltó una risotada.

—Ese tipo se aleja quince kilómetros de la ciudad y se cree que está en el campo. Después se va de pesca y envía a su esposa al casino.

—Un casino en el campo. Interesante concepto —se inclinó hacia delante—. Mike, cuando hablaste con Jeremy, de *Bald is Beautiful*, ¿no te dio la impresión de que actúan como si fueran los propietarios de esa tierra? Aunque está claro que no es así. Jeremy implicó que el dueño era un amigo de *Bald is Beautiful*.

Mike se levantó.

—¿Te apetece un refresco de cola o algo?

—No, gracias.

Sacó una de la nevera, puso unas monedas en una lata vieja, abrió la lata y dio un buen trago antes de volver a sentarse frente a Tess.

—Si Macarthur es amigo de *Bald is Beautiful*, entonces Cadman lo tiene pillado por alguna razón. Y la está utilizando para conseguir el terreno.

—¿Estás seguro?

—No, solo intento descifrarlo —estiró las piernas y echó la cabeza hacia atrás para quedarse mirando al techo.

—La zonificación es el segundo problema de Cadman. Ese terreno no está protegido, pero tampoco está dividido en zonas con fines comerciales.

Mike asintió.

—Él ya ha allanado ese camino con anterioridad —hizo una mueca, y Tess supo que estaba pensando en la historia de la corrupción municipal—. Maldita sea, Tess, tenemos que pillarlo. Investigaré un poco más, reuniré todos mis archivos y empezaremos a relacionar todo lo que tenemos. Digamos mañana en tu casa para la Operación Atrapar a Cadman. Yo llevaré la cena.

Ella asintió.

—De acuerdo. Ahora tengo que irme. Tengo que cubrir la gala del Club Rotary esta noche. Es una gala de etiqueta —ella lo miró con toda la ingenuidad posible—. Como ahora somos pareja, tal vez deberías acompañarme.

El se atragantó y empezó a toser.

—Lo siento, princesa. Ya devolví el esmoquin.

—Otra vez será —dijo, sintiéndose por una vez como que había dicho la última palabra.

—Eh, princesa.

Ella se detuvo con una mano en el pomo de la puerta.

—Le dije a Jon que yo también estaba loco por ti.

Capítulo Siete

Desde que el primer cavernícola puso un filete de mastodonte en la parrilla, el hombre se ha llevado a la mujer a la cama por medio de la comida.

Tess rotó los hombros para intentar aliviar algo de la tensión que sentía allí.

—Me gustaría que te sentaras; estás manchando la alfombra de ketchup.

Mike se había presentado como habían quedado; y había llevado la cena también: hamburguesas y patatas fritas que había comprado antes de llegar.

Pero Mike no hizo caso de su queja y continuó paseando como si no la hubiera oído.

—Hoy fui a Spokane.

—Un poco lejos para ir un domingo.

Se volvió y continuó paseándose.

—Desde luego que está lejos.

—¿Contrataste algún seguro?

—No me hizo falta —le echó una sonrisa—. Reconocí al tipo inmediatamente —se acercó al tablón donde había colocado la foto y señaló el tercer hombre de la partida de golf.

—¿Nathan Macarthur era el tercer hombre que jugó con Cadman y el alcalde? Bien hecho, compañero.

Aquella era la primera prueba, a pesar de ser circunstancial, que relacionaba a Cadman con el Río Pasqualie. Mike asintió.

—Lo llaman Nate.

—¿Hablaste con él?

—No. Él y su familia salieron de casa poco después de llegar yo allí, todos con sus mejores galas de domingo. Lo reconocí por la foto. Su mujer lo llamó Nate. Tess giró la cabeza una vez más.

—Así que tenemos a Macarthur, que supuestamente es un aliado de Bald is Beautiful, que hace negocios con Cadman.

—¿Qué demonios está planeando Cadman? ¿Y por qué hay terrenos a nombre de Margaret Peabody y de otros miembros del club, pero no a nombre de Cadman? ¿Por qué, Tess, por qué?

Tess lo miró sorprendida. La había llamado por su nombre en lugar de llamarla «princesa». Una sonrisa de satisfacción asomó a sus labios. Al pasar por su lado, metió la mano en el cartucho de patatas fritas y se llevó una a la boca. ¡Qué asco! No solo las había sumergido en ketchup, sino que también les había añadido vinagre. Aquel hombre no sabía de discreción. ¿Haría el amor con el mismo resolución con la que hacía el resto de las cosas?

Tragó la patata con dificultad mientras el pensamiento se le pasaba por la cabeza. La intuición fue algo que sintió en sus entrañas.

—Sexo —dijo de pronto.

Mike dejó de pasearse y la miró.

—¿Ahora?

Tess sacudió la cabeza con impaciencia.

—No me refiero a ti y a mí. Sino a la historia. Tal vez esa sea la respuesta a tus preguntas. ¡Sexo!

Mike la miró como si se hubiera vuelto loca de remate.

—Es la historia más antigua del mundo —se puso de pie y empezó a pasearse mientras rumiaba la idea—. El señor Cadman tiene un lío, está pasando secretos a través de la almohada, está haciendo las inversiones a su nombre, está:..

—¿A mimbre de quién?

Ella lo miró. ¿Cómo podía llamarse periodista y ser tan denso?

—Alguien a quien últimamente se la ve extremada

mente joven y contenta consigo misma. Alguien que ha estado fuera de la ciudad a la vez que Cadman. Alguien que está en una posición perfecta para charlar con Harrison Peabody sobre cosas que se supone que son de alto secreto.

—No —se metió otra patata en la boca—. No puede ser Margaret Peabody.

—Sí. Margaret Peabody. Dijiste que estaba muy bien.

Él tragó la patata y continuó paseándose.

—¿Crees que Cadman y Margaret Peabody se están acostando juntos? rEn qué te basas para decir esto? ¿Qué datos tienes, qué fuentes?

Tess se volvió.

—¡Puaj! —gritó cuando pisó algo caliente y blando; levantó el pie y se quitó una patata frita que se le había quedado pegada—. ¡Intuición! —gritó mientras iba a la pata coja al baño a lavarse el ketchup.

—¿Por qué? —gritó él.

¿Cómo explicarle algo que solo había empezado a sospechar en las últimas horas?

Volvió a la habitación y se metió otra patata en la boca.

—Últimamente está comportándose de un modo muy extraño. Se ha arreglado los dientes y se ha teñido el pelo de negro. Sonríe más.

—Eso es porque se arregló los dientes. Quiere sacar partido a lo que se ha gastado en fundas.

—No es solo eso. Ambos nos hemos dado cuenta de que ha salido mucho de la ciudad... al igual que Margaret Peabody. Tal vez

no tenga nada que ver con negocios sino con amor.

Se detuvo y se miraron. ¿Ty Cadman enamorado?

—Pero...

—Sería interesante comprobar si sus vacaciones en el balneario coincidieron con alguna salida de Cadman. Tal vez ella y Cadman estén enamorados.

Resopló con suavidad, se terminó de comer las últimas patatas y tiró el cartucho a la papelera.

—¿Y qué? Aunque tuvieran un lío, ¿qué tiene eso que ver con Macarthur?

—Supongamos que ha puesto el terreno a nombre de Margaret para que ningún periodista adivine qué tiene entre manos. No puede ser una coincidencia que Margaret Peabody haya adquirido terreno por recomendación de Cadman al mismo tiempo que tú lo viste jugando al golf con Nate Macarthur.

—De acuerdo, Tess. Escríbelo.

—Pero...

—Lo sé, no tenemos pruebas. Pero escríbelo y mira a ver cómo te sientes. A ver si adivinamos lo que nos falta por saber, lo que nos falta por confirmar. Vale la pena intentarlo.

Una excitación repentina se apoderó de ella. —Jú crees?

Mike le acarició el cabello mientras la miraba con humor.

—Creo que tal vez un día te conviertas en una verdadera periodista.

Aquello la llenó de orgullo.

—¿Lo crees de verdad?

Él se encogió de hombros.

—Si pasas conmigo el tiempo suficiente, algo se te pegará.

Entonces empezó lo más divertido, que era componer la historia juntos lo mejor que podían.

—Pobre Margaret —se lamentó Tess—. ¿Tenemos que mencionar su nombre en este artículo?

—Si tu intuición no te falla, le enseñaremos la historia a Cadman y, si ama a Margaret, no dejará que vaya a la prensa. Nos contará todo.

—¿Vas a hacerle chantaje a Cadman?

Él se encogió de hombros.

—Todo vale en…

—¿Y si estoy equivocada?

—¿Has escrito necrológicas alguna vez? Ese podría ser nuestro próximo trabajo. En algún puesto remoto al norte de Alaska.

Mientras ella tecleaba en el ordenador, Mike se puso detrás de ella para ver lo que iba escribiendo. Pasado un rato, Tess hizo una pausa mientras contemplaba cuánto de todo aquello no era más que algo basado en su intuición.

—Esto se queda aquí, ¿de acuerdo? —echó la cabeza hacia atrás para mirar a Mike—. Lo que menos falta me hace es que una amiga de la familia me lleve ajuicio.

—Yo tampoco necesito nada de eso. Lo único que nos queda por hacer es demostrar que es cierto.

Tess continuó escribiendo.

—Hasta entonces no haremos nada. ¿De acuerdo?

—Sí, sí. Continúa escribiendo.

Tess continuó tecleando con la emoción atenazándole el estómago.

—Estás utilizando demasiados adjetivos. Deja las florituras y

cíñete a los hechos —le puso las manos en los hombros y Tess sintió su calor.

—No. No te refieras a Margaret Peabody como la «compañera» de Cadman; parece como si jugaran juntos al bridge o algo así.

—¿Qué sugieres?

—No lo sé. ¿«Querida»? ¿«Concubina»?

—«Concubina» suena algo anticuado.

Movió los dedos con suavidad sobre sus hombros y le rozó la piel desnuda junto al cuello.

—¿Qué te parece «cariño»? —le dijo en voz baja y sensual.

Tess dejó de teclear mientras el roce de sus dedos le quemaba la piel.

—«Cariño» me hacer pensar en las películas de los años cincuenta.

Él se inclinó hacia delante.

—Amante —le susurró al oído.

Ella tecleó la palabra, pero las letras le bailaron y tuvo que borrar y teclear de nuevo.

Amante.

El cursor parpadeaba en la pantalla. La habitación estaba en silencio excepto los latidos acelerados de su corazón y las suaves caricias de los dedos de Mike en su cuello. No había conseguido quitarse de la cabeza aquel enamoramiento que sentía hacia él. En realidad, había aumentado a medida que había ido conociéndolo; hasta que, al menos eso le pareció a ella, habían llegado a aquel momento inevitable. ¿Intimarían o se echarían atrás?

Apretó otro botón y apareció una interrogación.

¿*Amante*?

De pie a su lado, Mike le levantó el pelo y le dio un beso en la nuca.

—Sí, amante. Creo que es una buena palabra. ¿No te parece? —dijo con un tono de voz, que fue como una caricia íntima.

Se pasó la lengua por los labios resecos, mientras él continuaba besándola por el cuello. Cerró los ojos despacio, dándose cuenta de lo mucho que deseaba aquello.

—Sí —dijo por fin—. «Amante» es una palabra buena.

—Quiero...

—Sí... —susurró ella.

—que seas mi amante.

—Oh, sí...

Los labios que le mordisqueaban el cuello le enviaron mensajes eróticos por todo el cuerpo. Llevaba tanto tiempo negando la atracción que sentía por él con tanta determinación, pero de pronto todo se estaba yendo abajo. Derrumbándose bajo aquel torrente de deseo.

—Solo esta noche —dijo en tono suave.

—Mmm.

La noche era larga, muy larga. A Tess no le importaba si el mundo se terminaba al día siguiente mientras que él continuara llevándola donde claramente tenía intención.

Como si poseyeran voluntad propia, las manos de Tess fueron a hacer lo que habían deseado desde que lo viera por primera vez. Le acarició el pelo y se dio cuenta de que lo tenía sedoso, pero también fuerte y ondulado.

—Tienes un pelo tan sensual... —le dijo.

Mike la miró con ojos brillantes y ávidos.

—¿Has guardado ese archivo?

—¿Qué archivo? —dijo en tono pausado y soñador.

Mike sonrió y, sin apartarse de ella, alargó el brazo, presionó unos cuantos botones y apagó el ordenador.

Sus labios solo le habían rozado el cuello, sin embargo cada centímetro de su piel se estremecía con el placer de la expectación. Todas sus terminaciones nerviosas se centraron allí, con la promesa de la caricia aterciopelada de sus labios. Mike avanzó despacio hacia el lóbulo de su oreja y se la metió en la boca, pendiente de perla incluido.

—Tienes la piel tan templada… —dijo en tono de sorpresa.

¿Templada? Estaba tan caliente que pensó que sin duda estaba contribuyendo al calentamiento del planeta.

No se podía ni mover ni pensar. Aunque le bastaba con esperar. El mismo había dicho que aquello sería un hecho aislado, que solo sería una noche. De modo que no tenía que preocuparse por lo que un hombre como Mike Grundel pudiera hacer con su vida. Solo le daría una noche que le daba la impresión de que no olvidaría jamás.

Lenta, pausadamente, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, le paseó los labios por la garganta, por el mentón, hasta que finalmente se fue acercando a sus labios.

Los labios le latían de expectación. Aquella boca ingeniosa, a menudo cínica, la provocó con su proximidad. Su rostro quedaba en sombra, pero el brillo de sus ojos la cercenaba como los ojos de una fiera acechando a su víctima desde la espesura de la selva. Y como un cervatillo asustado, Tess se quedó petrificada con el fuego de aquellos ojos; incapaz de moverse.

Pero en su caso deseaba aquel ataque; lo anhelaba.

No sabría decir lo que Mike vio en su expresión, pero hizo una pausa y le acarició el mentón con suavidad.

—Tu última oportunidad para decir que no.

—¡No! —exclamó asustada—. Quiero decir, sí. No pares ahora.

Por favor.

Sus labios se acercaron un poco más.

—Solo una noche.

—Sí —murmuró Tess—. Solo una noche.

Empezó a besarla. Sus labios se movían con tanta lentitud que eran un dulce tormento. Le costó creer que fuera Mike, el descarado y desenvuelto de Mike, el que la besaba con aquella delicadeza.

Entonces Tess sonrió. Por supuesto que era Mike. Le sabían los labios a ketchup. Empezó a acariciarle el cabello, que le había parecido tan sorprendentemente sedoso. Él se inclinó y abrazó el respaldo de la silla, aprisionándola; ella echó la cabeza hacia atrás, invitándolo a que continuara.

Mike empezó a besarla con todo el ardor, con toda la pasión que ella deseaba. Sus labios aprisionaron los suyos y los moldearon con la facilidad con la que moldeaban las palabras.

El ansia que empezaba a bullir en los rincones más secretos y recónditos apenas le permitía respirar. Si aquello solo era un beso, tal vez muriera de placer antes de que saliera el sol.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Mike le deslizó la lengua húmeda y caliente en la boca, excitándola todavía más. Sin dejar de besarla y sin soltarla, se deslizó hasta el suelo, donde se abrazaron con toda la intimidad que les permitía la ropa. Rodaron bajo el haz de luz de la lámpara del escritorio.

Él fue a desabrocharle el primer botón de la blusa, pero ella le agarró la mano.

—Vamos al dormitorio —le susurró.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa —contestó Mike en tono de humor, transformando el odiado apodo en uno cariñoso.

Tess, que de pronto se sintió tímida y algo ridícula, lo condujo de la mano hacia su dormitorio, esperando que no se burlara de la habitación estilo Luis XIV, con sus delicados detalles en blanco y dorado. Después de pasar un día entero metida en la cama con un

resfriado y una copia de la revista Victoria, se había enamorado e inmediatamente encargado un edredón blanco con los almohadones a juego, almohadas en forma cilíndrica y cojines, además de varios juego de algodón egipcio en los que era una delicia dormir. Jamás se había arrepentido de la extravagancia hasta ese momento, en el que contempló su dormitorio a través de los ojos de Mike.

¿Pero qué diantres? Solo iba a ser una noche, y la alfombra del salón estaba sucia y resultaba muy basta. Se prestaba al sexo rápido y sucio, mientras que su dormitorio añadía respeto al acto. Incluso una noche de pasión adquiría elegancia cuando trascurría en un entorno de tan buen gusto.

Mientras que el entorno romántico le proporcionaba más placer, a su acompañante fue como si le hubiera echado un jarro de agua fría. Paseó la mirada con sobrecogimiento por el dormitorio.

—Me da la sensación de que un par de guardias armados vendrán a sacarme del palacio para cortarme la cabeza si me atrevo a rozar el dobladillo de tu camisón.

—Les he dado la noche libre. Creo que están nadando en el foso.

—¿Estás segura de todo esto? —le preguntó.

Si volvía a preguntárselo iba a decirle que no solo por fastidiar. Por supuesto que estaba segura; y desde luego harta de repetírselo. Había llegado el momento de tomar cartas en el asunto.

Sin decir ni palabra, se pegó a él y empezó a desabrocharle la camisa. Sin dejar de mirarlo a los ojos, tiró de ambos lados y fue recompensada con el explosivo salto de toda la fila de automáticos.

—Muy segura —susurró mientras le acariciaba el pecho musculoso.

Tenía la piel caliente, el vello rizado y suave entre sus dedos, y por su manera de respirar, más bien de jadear, entendió que él deseaba estar con ella tanto como ella con él. Su poder femenino le dio confianza, le retiró la camisa de los hombros mientras sonreía con sensualidad.

Dejó que se la quitara y la dejara sobre una silla cercana. Había visto muchas películas en las que los amantes impacientes tiraban la

ropa al suelo con descuido, pero ella era incapaz de ser tan desordenada.

Se le hizo la boca agua al ver lo bien hecho que estaba. Era tan bello... Tenía el torso firme y fuerte, con un poco de vello que se estrechaba estómago abajo como una tímida flecha señalando el bulto bajo los vaqueros. Pero Tess quiso esperar. Solo tenía una noche y quería saborear cada momento.

—¿Cómo te has hecho esto? —le preguntó sin aliento, rozándole un moretón debajo de las costillas.

—Boxeando —contestó en tono ronco y sensual. Con mano temblorosa Tess fue a desabrocharle el cinturón, pero él se lo impidió.

—Me toca a mí.

El seductor indolente estaba de vuelta. Le deslizó la punta de un dedo por la clavícula, para seguidamente continuar por el escote hasta rozar el fino encaje del sujetador.

Tess había experimentado dos relaciones serias en su vida, pero con ninguno de esos hombres recordaba haberse sentido tan excitada como en ese momento con Mike, completamente vestida, mientras le acariciaba la parte superior de sus pechos.

Cuando él le desabrochó el primer botón de la blusa el corazón le dio un vuelco. Ni siquiera las princesas virginales de los cuentos de hadas habían recibido trato tan reverente por parte de su príncipe azul, pensaba mientras Mike la desvestía con determinación exquisita.

Recordó que había supuesto que sería rápido y ávido en la cama. ¡Qué equivocada había estado! No la estaba tratando como si fuera un plato de comida rápida, sino como si fuera el manjar más suculento, digno para saborear y paladear.

Cuando finalmente le quitó la blusa, la echó al suelo; pero Tess apenas reparó en ello.

Pareció pensarse con cuidado con qué prenda proceder después; si con el sujetador o con los vaqueros. Sintió la tentación de empezar a quitarle el cinturón, pero entendió que estropearía el

juego, de modo que esperó a que él hiciera lo que le apeteciera. Ya tendría oportunidad después.

Finalmente, Mike echó mano a la cinturilla de sus pantalones. Primero desabrochó el botón, después la cremallera. Entonces se arrodilló delante de ella al tiempo que le bajaba los pantalones, dejándola tan solo con el conjunto de encaje verde agua de sujetador y braguita.

—Eres como todas las mujeres con las que sueña un tipo como yo pero a las que no me atrevo a acercarme.

—Qué pena. Tú eres el hombre con el que secretai—iiente deseo estar —le confesó—. El rebelde que sigue sus propias reglas.

Empezó a acariciarle los hombros y los brazos, deslizándole las manos por la espalda hasta que sintió que le desabrochaba el sujetador.

Cayó al suelo y Mike abrazó con sus manos sus pechos doloridos de placer, moldeándolos y acariciando los pezones ya duros. Se inclinó y se metió cada uno de ellos en la boca, lamiéndolos y succionándolos hasta hacerla gemir de placer.

Le agarró la hebilla del cinturón y en un abrir y cerrar de ojos se lo quitó y le desabrochó los pantalones. Le temblaban y le sudaban las manos de la emoción, que la hizo moverse con torpeza y nerviosismo.

Finalmente él la ayudó y se quitó los pantalones y el slip al mismo tiempo. Después, con suma habilidad, le quitó las braguitas.

Al verlo allí desnudo Tess se quedó sin aliento. Se deleitó con los contrastes de claridad y oscuridad. Su erección, pálida y orgullosa, nacía de una mata de vello oscuro y rizado. Mientras lo miraba, se dio cuenta de que él la estaba mirando con la misma lujuria que ella a él. Sintió el impulso de meterse debajo de la colcha y cubrir su desnudez; pero al mismo tiempo sintió otro impulso más fuerte: el de adelantarse y acariciarlo.

No lo dudó. Solo disfrutaría de él esa noche y quería experimentarlo todo con Mike, con naturalidad, sin tapujos. Sabía que él no la rechazaría por mostrarse demasiado descarada, porque tal vez sus pechos fueran algo pequeños, o por cualquier otra razón

que pudiera pasársele por la cabeza. No habría otra ocasión, y eso resultaba inmensamente liberador.

Con sonrisa placentera, estiró el brazo y le agarró el miembro con decisión.

En el fondo de su ser sintió un latido frenético y persistente. Lo quería dentro de ella como jamás había deseado ninguna otra cosa en la vida. En ese momento, ni siquiera el Premio Pulitzer podría competir con lo mucho que deseaba a aquel hombre.

Pasados unos momentos él le retiró la mano.

—Cariño —gimió—, esto no va a durar mucho si no dejas de tocarme así —y dicho eso la empujó con suavidad sobre la cama.

Tess retiró la colcha y las suaves sábanas de lino acariciaron su cuerpo desnudo; le dejó espacio para que se tumbara junto a ella, lo cual hizo sin demora para comenzar a besarla con pasión renovada. Tess sintió que ardía en deseo, que estaba a punto de explotar; sin embargo, Mike se comportaba como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Todos los sitios donde sus manos la habían acariciado fueron en ese momento esclavizados por sus labios. No solo le lamió los pechos, sino también las axilas, los costados, el ombligo, las caderas, los muslos y, finalmente, el sexo mismo.

Estaba perdida, esclavizada por su lengua. Mike fue poco a poco aumentando su deseo, provocándola hasta que perdió la noción de la realidad y alcanzó el éxtasis entre suspiros y gemidos de placer.

Se incorporó un poco, temblando toda ella, buscando más. Mientras se besaban como dos locos, intentó sentarse a horcajadas sobre él.

—Espera —gimió con voz ronca—. Mira en el bolsillo de mi pantalón.

Tess entendió lo que quería decir y abrió el cajón de su mesilla de noche, de donde sacó un condón que le pasó sin demora. Cuando estuvo listo, la sentó sobre su regazo y la penetró con lentitud.

Abrazados con las piernas y los brazos, se balancearon adelante

y atrás, despacio al principio y después con más urgencia. Sus ojos se oscurecieron y la fiera ternura de su mirada la asustó de tan intensa que era. Lo besó para no pensar que se había engañado a sí misma; que aquello no podía ser un lío de una noche. La atraía como jamás lo había hecho ningún hombre; y ese poder que tenía sobre ella la aterrorizaba y excitaba al mismo tiempo. Tal vez el sexo fuera solo esa noche, pero sabía que después no cambiarían los sentimientos que empezaba a sentir por él.

Atizado de nuevo el fuego, Tess no pudo continuar analizando esos sentimientos más de lo que podía controlarlos. Solo pudo dejarse engullir por las sensaciones, en sucesivas oleadas, sudorosa, resbaladiza y jadeante, hasta que gritaron al unísono, fundiéndose el uno en el otro como dos amantes.

Mike abrió los ojos despacio, consciente de una sensación de bienestar poco habitual. Se estiró, y la fatiga de sus músculos le hizo pensar en un principio que se había pasado en el ring.

Entonces, gradualmente, empezó a ser consciente de que el universo que lo rodeaba era distinto. Las sábanas eran demasiado suaves para ser las suyas. Algo parecido al encaje le hizo cosquillas en la mejilla, y desde luego en su cama no tenía nada que oliera a flores.

De pronto terminó de despertarse y recordó.

El olor a flores provenía de la mujer que dormía a su lado. La miró mientras ella dormía con una sonrisa de satisfacción en sus labios entreabiertos. Él sonrió también. Su pequeña princesa de hielo lo había sorprendido y deleitado la noche anterior. Una vez derretido el hielo, había resultado ser una mujer caliente y excitante; sin embargo había hecho el amor con él con una ternura que lo provocaba de un modo extraño.

Sintió pánico al recordar la intensa intimidad que habían compartido esa noche. Lo habían hecho una y otra vez, pero cada encuentro había parecido unirlos más. Era lo más alucinante que le había pasado en la vida.

Miró a Tess de nuevo. Su rostro, suave y dulce como el de una niña dormida. No podía creer que no hubiera protestado cuando habían dicho que solo sería una noche. Desde luego no se le

antojaba como esa clase de mujer.

Tal vez lo fuera y él no se hubiera dado cuenta. La idea en sí le borró la sonrisa de los labios. Solo de pensar en ella haciéndolo con otro no concordaba con lo que sabía de ella.

No. Era una mujer abierta, dispuesta y con mucha inventiva, pero recordaba un par de ocasiones en las que lo había mirado muy sorprendida cuando él le había hecho unas cuantas cosas muy subidas de tono. Mientras las imágenes de la noche se agolpaban en su pensamiento, Mike se excitó de nuevo. No. Ella no tenía apenas experiencia. Debía de haber hecho uria excepción al aceptar en pasar una noche con él.

Mike no logró borrar el ceño de su expresión. Esperaba que Tess hubiera entendido bien lo que le había dicho. Eran totalmente distintos, tanto su entorno como su temperamento o sus ideas sobre la vida.

Su destino no era estar juntos.

Miró su reloj y vio que aún era temprano. A pesar de lo mucho que deseaba despertarla de un modo que hiciera vibrar su cuerpo hermoso y delicado, sabía que no podía hacerlo.

Si se despertaban juntos, desayunarían juntos y después tendría que pasar por aquella extrañeza de la mañana después que siempre hacía lo posible por evitar.

Le había dejado clara su postura. Le había ofrecido una sola noche y eso le había dado.

Tras años de práctica habían afinado la técnica de deslizarse de la cama de una mujer sin que su durmiente compañera se percatara, y sus movimientos no le fallaron ese día.

Mientras salía sigilosamente por la puerta del dormitorio con la ropa en las manos le echó una última mirada.

Allí estaba tumbada donde él la había dejado, aún sonriendo, con el cabello dorado esparcido sobre la almohada y un hombro de piel pálida asomando por debajo del edredón blanco.

Se detuvo un momento, deseando más que nada en el mundo

volver a besar aquellos labios sonrientes.

Ella se movió ligeramente y suspiró mientras él salía de la habitación, dejando atrás a la princesa dormida.

Capítulo Ocho

En Tintes de pasión el banquete simboliza un cortejo pausado, donde cada plato aumenta la intimidad entre los amantes. Si al menos los hombres fueran tan creativos y pacientes fuera de la gran pantalla.

El reloj despertador sacó a Tess del nivel de inconsciencia más profundo. Le pesaban los párpados de haber dormido poco y, con un estremecimiento de placer, recordó por qué. Abrió los ojos y miró el almohadón que tenía a su lado, donde un solo cabello negro descansaba como una grieta en un plato de porcelana.

Echó una mirada a su alrededor y vio que tampoco estaba la ropa de Mike. Entendió que se había marchado hacía tiempo antes de palpar la almohada a su lado y encontrarla fría.

También se percató de la sensación de vacío en el estómago; algo entre la náusea y el hambre.

Al menos se podría haber despedido. ¿Pero por qué la sorprendía que una vez más hubiera mostrado la delicadeza de un gorrino?

Se levantó y fue hacia la ducha, ciertamente dolorida. Los músculos se le resentían del ejercicio extremo que había hecho la noche anterior y al que hacía tiempo que no estaba acostumbrada.

Con gran esfuerzo se obligó a pensar en el día que tenía por delante y se vistió y preparó para ir a trabajar. Pero su pensamiento no dejaba de recordar la noche anterior, provocándola estremecimientos de placer al tiempo que vergüenza.

Había accedido a acostarse con Mike aunque estaba trabajando con él. ¿Por qué? El corazón le dio un vuelco y se negó a analizar demasiado a fondo por qué una mujer conservadora y en absoluto promiscua había accedido a disfrutar de una sola noche de sexo.

Apoyó la cabeza sobre la pared de baldosas de la ducha. ¿A quién intentaba engañar? Todo había cambiado. No había imaginado que pudiera ser tan... tierno, tan generoso, tan... atlético.

Jamás había imaginado que el sexo pudiera ser así.

¿Por qué había hecho el amor con él? ¿Por qué?

Se echó a temblar solo de pensar en verlo otra vez. Al salir de la ducha intentó serenarse. Estaba claro que necesitaba hablar con alguien. Se secó rápidamente y marcó un número de teléfono a toda prisa.

—¿Diga? —se oyó la voz fresca y animada de su amiga Caro, y Tess suspiró aliviada de que Jonathon no hubiera contestado el teléfono.

—Hola. Soy Tess. ¿Puedes almorzar conmigo?

—Debería estar en... —algo del nerviosismo de Tess debió de haber pasado por la línea telefónica. ¿Es una emergencia?

—Tipo nuevo. Sexo.

—De acuerdo. Una emergencia. ¿En el sitio de siempre? ¿Al mediodía?

Mientras Tess se ponía un poco de corrector de ojeras, intentó pensar en el trabajo, no en la noche anterior, mientras reflexionaba sobre quién podría saber si Margaret Peabody estaba de verdad viviendo un romance con Ty Cadman.

La respuesta el sonreía tras un marco de plata del salón. Su madre. Tendría que sonsacarla la próxima vez que estuvieran juntas.

Cuando entró en la cocina para preparase café, se sorprendió al ver una nota sobre la cafetera.

Nos vemos en el cine, princesa, decía la nota escrita en un bloc. Encima del bloc había un bombón de chocolate, que sin duda habría encontrado en uno de sus armarios. Tess sonrió. Tal vez no fuera tan gorrino. Con una delicadeza impresionante, había conseguido despedirse y recordarle que volverían a su relación anterior.

Tess entró en el restaurante mexicano donde su amiga y ella

quedaban siempre que querían hablar sin interrupciones. Caro estaba sentada ya, con una americana de diseño negra y una falda de lana fría en tono hueso.

Al verla, Caro se levantó y abrazó a su amiga. Tess tocó la fina lana de la americana y gimió de envidia.

—¿Armani?

—Escada.

—Te queda de maravilla. Pero la verdad es que a ti todo te queda bien.

—Tal vez no durante mucho tiempo —dijo Caro, deslizándose una mano sobre el vientre plano. Tess abrió los ojos como platos.

—¿Quieres decir que...?

Caro asintió.

—Estamos buscando un bebé. Llevamos un tiempo buscándolo, pero este mes me siento afortunada. Cruza los dedos.

—Oh, es maravilloso. ¡Felicidades!

Tess le dio la mano a su amiga y ambas compartieron un momento de sonrisas y lágrimas.

—Bueno, santa Tess, cuéntame lo de anoche. ¿Quién es él? ¿Cómo os conocisteis? ¿Es algo serio? ¿Por qué no me lo has contado antes?

Tess soltó un suspiro, casi aliviada de que en ese momento apareciera la camarera paran anotarles lo que querían.

Mientras esperaban a que les sirvieran el té helado y las ensaladas de tacos, Tess empezó a hablar.

—¿Sabes el hombre con el que estaba cuando os vi a Jon y a ti en la inauguración del teatro de la ópera.

La curiosidad de Caro pareció empañarse.

—¿Te estás acostando con Harrison Peabody?

—¡No! Anoche me acosté con Mike Grundel.

—¿Con Mike Grundel? —si Harrison había sorprendido a Caro, Mike la dejó en el sitio.

—¿Qué pasa con Mike?

—Nada —pero siguió mirándola con los ojos como platos—. Es guapísimo y sensual, con ese aire que tiene tan audaz.

Tess dio un sorbo del té helado que acababan de llevarles.

—Lo sé. No es para nada mi tipo. Es demasiado arrogante, machista, tiene fobia a los compromisos...

—¿Es bueno en la cama?

Tess sintió una oleada de calor y entrecerró los ojos mientras recordaba los momentos de la noche anterior.

—Bueno no. Maravilloso. El mejor. Jamás he conocido nada igual.

Caro se echó a reír complacida.

—Me daba la impresión. Es un buen hombre, sabes, bajo esa actitud que tiene. Jon y él son amigos desde la infancia. Es agradable.

—Me dijo que sería solo una noche. Prácticamente me hizo prometer que no esperaría más.

—¿Te dijo eso?

Tess asintió con pesar.

—Soy una cretina. Es de la clase de hombres que ve una película una vez y ya no quiere volver a verla; a mí me encantan algunas películas antiguas que podría ver una y otra vez. Yo no me acuesto con un hombre una noche y si te he visto no me acuerdo. Quiero repetir.

Los dos trabajarían juntos aún durante varias se manas. A pesar de la animada nota de Mike sugiriendo que nada había pasado, no lo creía. Todo había cambiado. Pinchó un pedazo de tomate, terminando de perder el poco apetito que le quedaba. Se humillaría si se echara a él y él la rechazara.

—¿Hace cuánto que estás enamorada de él?

Las calladas palabras de Caro estuvieron a punto de hacerle soltar el vaso de té helado que había levantado para beber un poco.

—¿De qué estás hablando? No estoy… —miró a Caro boquiabierta, con el corazón encogido.

—Hace mucho que te conozco, Tess. Nunca te he visto así por nadie.

La verdad le cayó encima como una losa.

—No me extraña que me sienta tan mal. Estoy enamorada de él —dejó caer la cabeza entre las manos con desesperación—. ¿Qué voy a hacer?

—Dale tiempo. Si está intentando poner reglas es que tiene miedo. Mientras tanto tu trabajo es sencillo. Llevas toda tu vida siendo una buena chica y él cuenta con ello. Ha puesto las reglas para protegerse. Pero son sus reglas, no las tuyas. Sedúcelo.

Tess soltó una risotada de sorpresa.

—¿Seducirlo?

Su amiga lo miró con picardía.

—Cada vez que puedas. Si quieres que te ayude a elegir ropa interior, dímelo.

Un ruido ensordecedor, como el de una sierra mecánica, despertó a Tess. Le dolió tanto abrir los ojos que los cerró de nuevo. Pero el ruido empezó otra vez.

El día anterior, cuando había dejado a Caro para volver al trabajo, le había empezado la migraña. Al llegar a casa se había

tomado toda la medicación, había cerrado las persianas y se había metido en la cama gimiendo de dolor.

El dolor de cabeza no había desaparecido, pero al menos veía. Claro que no quería ver; quería volver a dormir. Pero el ruido continuó hasta que se dio cuenta de que era el telefonillo de la puerta.

Abrió un ojo y miró el reloj. Las ocho. ¿De la tarde? ¿O habría dormido toda la noche hasta la mañana? Lentamente, con la cabeza martilleándole, se arrastró hasta la puerta y descolgó el intercomunicador.

—¿Qué? —dijo en voz cascada y débil, como la de una viejecita.

—Buenos días, princesa.

Tenía que ser Mike Grundel, tan fresco como una lechuga. Una visita de Mike terminaría con ella.

—Márchate.

Iba de camino al dormitorio cuando el timbre empezó a sonar de nuevo. Conociendo un poco a Mike, Tess entendió que no se marcharía, de modo que apretó el botón del telefonillo y dejó su puerta entreabierta antes de volver a la cama y colocarse la almohada sobre la cabeza.

Al poco, Mike estaba junto a ella, levantándole la almohada v sacudiéndole el hombro.

Tess lo miró con enojo.

—¿Acaso quieres matarme?

—Tienes muy mal aspecto. ¿Qué ha pasado?

—Migraña. ¿Dices que es por la mañana?

—Sí.

Tess gimió y se incorporó en la cama. Mike empezó a darle un masaje en los hombros y en el cuello y se inclinó para darle un beso en la sien.

—¿Te apetece una taza de té?

Ella asintió, demasiado débil para echarlo.

—Y tráeme los analgésicos; están en la cocina, creo.

Al cabo del rato volvió con una taza de té, un vaso de agua, las pastillas y una rebanada de pan tostado. Tess se tomó un par de pastillas con el agua y después bebió unos sorbos de té.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estaba preocupado por ti. Anoche te llamé un montón de veces, pero no contestabas.

—Desconecté el teléfono —lo miró con sorpresa y el pulso se le aceleró un poco—. ¿Me llamaste?

Lo miró, viéndolo por primera vez desde que se había dado cuenta de que estaba enamorada de él. Él le sonrió y le acarició la mejilla con delicadeza.

—Me dejaste plantado en nuestra cita de anoche en el cine.

—¡Ay, no! El estreno de *Muñeca de porcelana*. Debería haber llamado para que lo cubriera otra persona, pero no podía ni pensar. Me olvidé totalmente y me quedé dormida —suspiró con fastidio—. Me salté una película por un dolor de cabeza. Muy profesional por mi parte.

El le acarició la cara y le frotó la sien de nuevo.

—Estaba preocupado. Pensé que tal vez estuvieras evitándome.

Tess, que había entrecerrado los ojos, los abrió discretamente y vio en su mirada una mezcla de duda y angustia. Pero no pensaba decirle que se había enamorado de él. Tenía su amor propio.

—¿Por qué iba a evitarte? Fue una noche de sexo maravillosa, pero se acabó. Quedamos en eso. ¿Lo recuerdas? Una noche. Tú pusiste las reglas.

—Te he dejado mi crítica de la película de anoche metida en el

ordenador. Y cómete la tostada.

Mike la miró, suspiró y se inclinó para darle un beso en los labios. No fue apasionado como los de la noche que habían pasado juntos, pero la ternura de aquel beso le hizo sentir como si estuviera flotando en un lago bañado por la luz de la luna.

El dolor cedió ligeramente y una suave sensación de placer lo sustituyó.

Mike se apartó lentamente, como si le costara hacerlo.

—Mmm —suspiró Tess, empeñada en actuar con naturalidad y desenfado a pesar de tener que apretar los puños para no agarrarlo y tirar de él—. ¿No va eso contra las reglas?

—Las reglas están también para romperlas —le dijo, y se marchó.

Capítulo Nueve

Muñeca de porcelana, una película de verdades eternas. Tess Elliot.

Muñeca de porcelana es la historia de una mujer que se libera de los dictados opresores de la sociedad en la que vive. La película nos trae a la mente la dolorosa situación de Nora, el personaje central de Casa de muñecas, de Ibsen...

Tess se frotó los ojos. Los entrecerró y miró la pantalla. Entonces los abrió como platos. O ella había ido al cine y escrito aquella crítica la tarde antes, que no lo había hecho, o Mike Grundel la había hecho por ella.

Y había escrito su crítica. Porque aquello era como si lo hubiera escrito ella. Aparte de haber oído hablar de Ibsen, que jamás lo habría creído, Mike le había salvado el pellejo.

Después de retocar ligeramente el texto para enviarlo por correo electrónico al periódico, se le ocurrió que tal vez Mike estuviera tendiéndole una trampa; que ella supiera, la película podría haber sido de dibujos animados.

Sin embargo, presionó el botón del ratón y observó el pequeño dibujo que indicaba que el archivo iba de camino. Y en ese momento se dio cuenta de que confiaba en Mike Grundel y que, a pesar de lo que él dijera, había más entre ellos que una noche de loca pasión.

En el taxi de camino al trabajo iba muy pensativa. Por alguna razón, sus recién descubiertos sentimientos le daban más ganas de ayudar a Mike a recuperar su buen nombre; y eso solo lo conseguiría demostrando que las denuncias contra Cadman eran ciertas. Tal vez se hubiera enamorado de él, pero no era una incauta. El artículo que restaurara el buen nombre de Mike iría firmado por ella.

Estaba bien claro que Mike estaba en una posición dificil para poder investigar; además, debía andarse con cuidado si no quería perder el empleo.

En cambio ella tenía más libertad de acción. Nadie sospechaba de que fuera más que una columnista de sociedad y crítica de cine. Estaba en posición para destapar los supuestos planes de Cadman.

Mientras miraba el programa de los próximos días, reflexionó sobre la maraña de pistas y posibilidades que componían la vida de Cadman. jendría algo que ver con Margaret Peabody?

Cuando vio lo que tenía programado para un par de semanas después, estuvo a punto de caérsele el café de la mano. Dejó la taza sobre la mesa, descolgó el auricular y marcó el número de su madre.

—¡Cariño! ¡Qué alegría oír tu voz! —dijo Rose Elliot con su acento británico americanizado.

—Hola, mamá. Yo también me alegro de oírte. En un par de semanas tengo que cubrir la Merienda de la Sociedad Histórica, y estaba pensando que tal vez sería una buena publicidad para vuestro grupo si empezaba a investigar antes de tiempo. ¿Podríamos quedar esta tarde en el museo?

Tess cruzó los dedos. No solo tendría su madre los cotilleos más actuales de la sociedad, sino que en el Museo de Pasqualie, donde se celebraría la merienda, albergaba los archivos de la ciudad. Allí uno podía encontrar todo tipo de escrituras y memorias de terrenos, archivos donde se especificaban las tierras que se les habían regalado a los primero asentadores, y muchas cosas más.

Sin duda habría información sobre Eugene Butterworth. Como Bald is Beautiful se había creado para apoyare su obra, sería estupendo poder encontrar datos sobre la persona del artista, y cuanto más tiempo rebuscara en los archivos, más tiempo tendría para charlar con su madre de la posible conexión entre Cadman y Peabody.

—Qué buena idea, cariño. El comité de relaciones públicas se pondrá muy contento. Por supuesto que podemos quedar allí. Como soy la presidenta de la sociedad, tengo la llave.

—Contrataré también a un fotógrafo para la merienda —dijo, sabiendo que eso evitaría que su madre le preguntara por qué estaba tan interesada en ir precisamente ese día.

Capítulo Diez

Los superpoderes del Gran Alf le permiten huir del peligro con mayor rapidez de la que cualquier norteamericano de pelo en pecho huye cuando le dicen: «Cariño, tenemos que hablar».

«Tenemos que hablar». Las palabras de Tess se repetían en su mente como un puño que caía implacable.

Por supuesto que tenían que hablar. Cuando había visto que su cama era como una tarta nupcial, había visto las palabras «tenemos que hablar» en el horizonte, a pesar de su estipulación de una noche.

Pero estaba loco por Grace Kelly. Se sonrió. Además, no se había equivocado. En cuanto había empezado a preocuparse al no verla en el cine, se había dado cuenta de que estaba metido en un lío. Había estado deseando ver la película sabiendo que tendría la oportunidad de verla sin tener que rebajarse el primer día y llamarla. Deseaba a Tess como jamás había deseado a ninguna mujer en su vida. Era tan dulce... La frialdad externa solo era una máscara que ocultaba no solo a una mujer ardiente, sino también a una mujer vulnerable. No tenía idea de por qué eso lo empujaba a desearla más.

Cuando le abrió la puerta, preciosa, sexy, a Mike le dio un vuelco en corazón y tuvo que meter las manos en los bolsillos de los pantalones para no abrazarla.

—¿Qué pasa?

En lugar de lanzarse a sus brazos como esperaba, esperanzado en realidad, lo agarró de la muñeca, lo arrastró dentro y cerró la puerta.

—Bien. Veo que has recibido mi mensaje.

—Parecías muy entusiasmada —dijo Mike, listo para dejarse convencer, para que ella lo arrastrara a una relación, deseoso en realidad de romper sus propias reglas.

Maldita sea, incluso se había afeitado por segunda vez ese día y se había asegurado de que llevaba los calcetines a juego, a pesar de que pensaba quitárselos junto con todo lo demás en cuanto pudiera.

—¿Te acuerdas de Eugene Butterworth? —le preguntó mientras sacaba de su mesa y bloc y lo abría.

Mike frunció el ceño. ¿Eugene Butterworth? rDe eso quería hablar? Sintió un dolor sordo en el pecho y se figuró que era su amor propio tras ser pisoteado.

—Sí. Ese tipo tomaba árboles para desayunar o algo así.

Ella se echó a reír y le dio unas palmaditas en la mano. ¿Palmadas en la mano?

—Estás tan en armonía con la naturaleza. Eugene Butterworth fue un naturalista aquí en Washington antes incluso de que se acuñara el término. Vivió con los nativos americanos y aprendió sus costumbres. Creo que incluso le dieron un nombre especial. Se pasó la vida estudiando y pintando la naturaleza del noroeste del Pacífico.

—Sí. Todo eso lo sé. Algunos de sus compañeros fundaron Bald is Beautiful para continuar trabajando.

Ella lo miró y sonrió. En sus ojos vio la emoción reflejada y le recordó a cómo lo había mirado cuando había estado excitada sexualmente, y Mike se olvidó de respirar.

—Sí. Pero hoy me he enterado de algo muy interesante. El señor Butterworth compró mucho terreno hábitat del águila de cabeza blanca en los márgenes del Río Pasqualie, para preservarlo para el futuro. Como nunca tuvo hijos, le dejó la tierra a su hermana.

—No querrás decir que...

—Creo que debió de ser algo excéntrico. Escribió su testamento a mano. Yo misma lo vi en el museo.

Para Mike como si lo había escrito con cagarrutas de águila.

—¿Butterworth tenía tierras en el Pasqualie?

—Sí. Investigué un poco más y descubrí que, en la época de su hermana, su familia creó una empresa privada para que fuera más privado el asunto. El terreno está ahora en manos de un sobrino nieto, que es quien la dirige.

—No me digas más. Nathan Macarthur.

Sobresaliente.

—¿Pero entonces, si el terreno es un fondo de inversiones, qué hace Cadman olisqueando por ahí? —dijo, seguro de que aún faltaba una pieza importante del rompecabezas.

—Esta parte me pone de los nervios. El fondo de inversiones fue moral, no vinculante —se cruzó de brazos y Mike deseó que no lo hubiera hecho; el gesto le recordó demasiado a lo que había bajo la fina tela del suéter y a lo mucho que deseaba tener acceso—. Supongo que Cadman está intentando hacerse con el terreno de Buttersworth.

Mike tenía tantas ganas de tocarla, que agarró el bloc de notas para mantener ocupadas las manos.

—Cuando terminemos con Cadman tendrá suerte si puede llevar un carrito de perros calientes en esta ciudad.

—Espera un momento. Supongamos que allí es donde planea montar el casino, dónde están los planos, los permisos, los cambios de zonación. No sé...

Tess tenía razón; aquel hombre no podía construir un casino en secreto.

—Yo tampoco lo sé, pero lo voy a averiguar.

—¿Qué vas a hacer? ¿Esconderte en el campo de golf hasta que Ty Cadman vaya a echar otra partida?

—No te dejes engañar por la sonrisa de Ty Cadman. Él y el alcalde son como uña y carne. Se ha ganado el aplauso de la sociedad de Pasqualie con el teatro de la ópera y lo utilizará como cortina de humo —se quitó los zapatos, los calcetines y empezó a pasearse—. Me preguntaba qué hazaña planeaba presentarle a los ciudadanos de nuestra insigne ciudad. Parece que la hemos

adivinado.

Mike miró la foto de Cadman, Nathan y el alcalde.

—¿Sabía algo tu madre de Margaret Peabody y Cadman?

—Parece que ahí me equivoqué. La señora Peabody estaba atravesando una crisis de madurez y ha querido mejorar su aspecto físico. Pero, según mamá, lo ha hecho todo por su marido.

—Si Margaret Peabody no está viviendo una aventura con Cadman, ¿por qué está comprando terreno junto al río? ¿Por qué se metió en Bald is Beautiful?

Mike empezó a pasearse como un animal enjaulado. Necesitaba salir de lo obvio. Tess tenía razón; los miembros de Bald is Beautiful estaban ahí para defender el entorno natural de las águilas. De pronto Mike chasqueó los dedos y se dio la vuelta.

—Por eso quiere que todos sus amigos se hagan miembros de Bald is Beautiful. Si superan en número a los amantes de las águilas podrían votar para disolver la organización.

—¿Estás seguro? ¿No tendrá sus normas el grupo?

Mike lo pensó y asintió.

—Tal vez haga unas cuantas pesquisas.

Momentáneamente Tess lo miró alarmada. ¿Estaría preocupada por él? La novedad de que una mujer se preocupara por él le hizo sonreír. Pero en cuanto abrió la boca se le borró la sonrisa.

—No hagas alguna estupidez y que acabes entre rejas. Yo también me estoy arriesgando aquí.

—Necesitamos una lista de miembros, Tess.

—Lo sé. Me voy a presentar voluntaria para ayudar en la sede de Bald is Beautiful.

—Excelente idea. Puedes imprimir una copia más.

Al notar su desasosiego, se acercó a ella y le puso las manos

sobre los hombros.

—Tess, ya sé que eres una buena chica, pero recuerda que estamos de parte de los buenos. Cadman está intentando robarles la tierra a los de Bald is Beautiful —le apretó los hombros—. Estás haciendo esto por las águilas.

—¿De verdad? —frunció el ceño—. ¿O por conseguir una historia?

—Al final es lo mismo.

Como no parecía demasiado convencida, Mike decidió que lo mejor era distraerla con otras cosas. Además, una vez que ya le tenía las manos en los hombros, supo que le resultaría imposible apartarse de ella.

Mike dio rienda suelta a sus deseo y le deslizó un dedo por la el escote de piel sedosa, siguiendo la línea de la tela hasta que se perdió entre sus pechos.

Los ojos de Tess adoptaron un color sensual, gris como la bruma, mientras se inclinaba a besarla. Ella entreabrió los labios con un suspiro mientras y se besaron como si no existiera nada más a su alrededor. Solo ese momento, en su viejo apartamento, rodeados de pistas. El deseo despertó a la vida y Mike no hizo nada por detenerlo.

Sin preguntar, sin disculparse, la levantó en brazos y la llevó al dormitorio de cuento de hadas.

—¿Qué pasa con la regla de una sola noche? —le preguntó cuando se apartó de sus labios para besarle el cuello.

—Las reglas han cambiado —dijo con cierto fastidio por su propia debilidad—. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —le dijo, sonriendo con complacencia mientras le deslizaba la lengua por el mentón.

¿Cómo se le podía haber ocurrido pensar que podría estar con ella solo una vez?, se preguntaba mientras la desnudaba. No había podido dejar de pensar en su cuerpo, en su sabor, y sin embargo, en cuanto se habían besado, en cuanto sus cuerpos se unieron,

entendió que ni siquiera había empezado a recordar el poder de las sensaciones que lo zarandeaban.

Ella le rozó la mejilla con suavidad y lo miró con una mezcla de timidez y seducción mientras él se echaba sobre ella y la penetraba despacio.

—Pensé que iba a tener que seducirte —le susurró mientras arqueaba su cuerpo.

—Para seducirme solo tienes que estar delante de mí —le susurró al oído.

A Tess le pareció que bajaba muchos escalones hasta llegar a la oficina de *Bald is Beautiful*. No le había parecido tanto como una mazmorra cuando había estado allí ayudando a la secretaria y enterándose de cómo iba todo. Seguramente sería la culpabilidad. La última vez que había estado allí, no había ido para robar.

Volvió la cabeza mientras sacaba la lista de los miembros en el viejo ordenador. Finalmente, la lista apareció en la pantalla. Jamás había robado en su vida, pero se dijo que era por una buena causa. Apretó los dientes y presionó el botón de Imprimir.

Miró a su alrededor con nerviosismo mientras se guardaba las hojas en el bolso.

En cuanto Jeremy Dennis apareció para sustituirla, se puso el abrigo y fue hacia la puerta, diciendo que tenía una cita. Pero la cita era con la lista de miembros que llevaba en el bolso, y con el teléfono.

—Antes de que te marches —dijo Jeremy— me preguntaba si podrías ayudarme con la reunión anual.

—¿Cuándo es la reunión anual?

—El próximo mes. Tenemos un montón de miembros nuevos y creo que estaremos muy ocupados. Vamos a necesitar toda la ayuda posible.

—Claro, por supuesto —dijo entre dientes.

Cuando llegó a casa y miró la lista, se dio cuenta de que conocía a varios de los miembros nuevos. A uno de ellos lo bastante bien como para tener una excusa para llamarlo. Su antigua compañera de colegio, Ginny, se alegró mucho de decirle a Tess que efectivamente se había unido al grupo y que había firmado algo.

Lo que Ginny había firmado sería sin duda un poder de representación, lo cual quería decir que, si Ty Cadman tenía bastantes poderes para votar, podría desbaratar la reunión anual del mes siguiente. Podría proponer mociones que enfrentaran a los miembros. Con la mayoría de los miembros a su favor, seguramente intentaría hacer desaparecer la organización mientras él continuaba tranquilamente con sus planes para construir un casino y un hotel.

Con el alcalde en el bolsillo y *Bald is Beautiful* fuera de combate, solo quedaría Mike para detenerlo.

Capítulo Once

Mi artículo sobre Velocidad extrema es corto. Cerré los ojos justo después de los rótulos del principio de la película y no los abrí hasta los del final. A los hombres y a los niños les gustan los artilugios grandes, el dialogo imbécil y la mutilación de cuerpos humanos. Los que teníamos un poco de cerebro continuamos con los ojos cerrados.

Qué ridiculez; no podía quedarse durante dos horas allí sentada tragándose aquella carnicería. Sencillamente se largaría y ya le contaría Mike los detalles más tarde.

—¿Vas a algún sitio? —le preguntó Mike al notar que ella medio se levantaba; cuando sus miradas se encontraron, Tess se quedó sin aliento.

—Solo quería estirarme un poco.

Otro grito ahogado llenó la sala, y Tess estuvo a punto de echarse a reír. Allí, aquel viernes por la noche, viendo una película tan asquerosa, que apenas si podía mirarla, se había enamorado aún más de él.

¿Por qué, Dios mío, por qué se había enamorado de un hombre que no podía tener? Un hombre que le tenía tanta fobia al compromiso que alquilaba todo menos su motocicleta.

De acuerdo, no era el momento adecuado, pero la verdad le llenaba el corazón. Ella, Tess Elliot, amaba a Mike Grundel. No era un amor pasajero, sino de los de para siempre.

Mike se inclinó hacia ella hasta que casi le tocaba la cabeza.

—¿Qué vas a hacer mañana?

Al día siguiente era sábado. El corazón se le aceleró al pensar que estaba a punto de invitarla a salir con él. Mike también la amaba. Se imaginó una cena íntima, una pista de baile, una noche tranquila y deliciosa en el apartamento de Mike.

—¿Qué tienes en mente? —le preguntó, intentando hablar con

naturalidad.

—Estaba pensando que deberíamos ir a caminar por la zona, echarle un vistazo a la propiedad de Macarthur para poder utilizar luego lo que veamos en el artículo, a ver si hay alguna prueba de lo que planea Cadman.

Tess se quedó decepcionada. Pues claro que no iba a invitarla a salir de verdad. Era una tonta al pensar que Mike, aquel hombre que amaba y dejaba después a las mujeres, quisiera tener una relación con una mujer como ella.

Sin embargo, su instinto de periodista respondió a la sugerencia. Le había contado a Mike lo de la solapada apropiación de poderes que estaban llevando a cabo Cadman y su grupo, y habían acordado que no había tiempo que perder. Tenían que pillar a Cadman, y hacerlo pronto. Ir a ver el terreno era una idea estupenda.

—Tendré que echarle un vistazo a mi calendario de eventos sociales.

Pero él no la oyó. Un alarido particularmente aterrador lo impulsó a echarse hacia delante en el asiento y a volverse a mirar hacia la pantalla.

—¡Oh, Dios mío! Le han arrancado la cabeza y sacado las entrañas. Me lo he perdido por hablar contigo.

¿Cómo era posible que estuviera enamorada de ese hombre?

Tess se paró a descansar y a rascarse una picadura de mosquito que tenía en la pierna.

—¿Esto es legal?

Mike, que iba delante de ella, se dio la vuelta.

—Un poco tarde para eso, ¿no? Llevamos más de una hora en una finca privada.

Pero el estar allí, donde descansaba el futuro de las águilas, la empujaba a mostrarse más empeñada en destapar los planes de Cadinan.

Habían encontrado un sendero que llevaba desde la zona de aparcamiento del terreno de *Bald is Beautiful* en dirección al río. Tess percibía ya el suave murmullo de las aguas de Pasqualie, pero aún no lo habían visto. Había algo de humedad y olía a naturaleza, y el manto de hojas y pequeñas ramas proporcionaban una suave alfombra para sus pies.

Después de caminar durante una hora, los árboles se fueron haciendo más dispersos y la fuerza del agua se oyó con más claridad. Entonces llegaron a la orilla del Pasqualie. Y como si hubieran estado esperando su presencia, una pareja de águilas de cabeza blanca planearon sobre sus cabezas, con sus enormes alas negras y sus cabezas blancas y brillanres. Trazaron un círculo, descendieron y después una de ellas fue a colocarse en una rama alta de un árbol; a los pocos segundos, la otra se unió a la primera.

—Míralas —dijo Tess—. ¿No te parecen preciosas?

Mike dejó su mochila en el suelo y metió la mano.

—Toma —le dijo, pasándole unos prismáticos.

—En ese árbol hay un nido. Oh, Mike, hay un polluelo en el borde del nido, aleteando como un loco —suspiró mientras contemplaba la belleza que tenía delante—. Voy a escribir un artículo para sobre Bald is Beautifitl, algo que haga que la gente se entere de lo que quieren conseguir.

—Tu trabajo es informar de noticias, no ser la portavoz de un grupo interesado en el medio ambiente.

—Es una historia legítima con valor informativo —argumentó, sonriendo al ver que el polluelo estuvo a punto de caerse de su nido —. Y voy a escribir sobre ello.

Bajó los prismáticos y vio que Mike la miraba de un modo extraño.

—¿Qué?

—Eres como un niño con zapatos nuevos.

Tess aspiró hondo y extendió los brazos.

—Me encanta esto.

—¿Lo has hecho alguna vez en el campo?

Se volvió a mirarlo sorprendida. Una oleada de deseo la recorrió de pies a cabeza.

—Si me has traído aquí para seducirme, deberías habérmelo dicho. Podría haberme traído una manta y algo de...

—Hablas demasiado —dijo con una suavidad casi amenazante mientras se acercaba a ella.

—¿Esto... qué estás haciendo? —preguntó tontamente, ya que él ya la estaba besando en el cuello.

—El tipo se demuestra andando... —le murmuró al oído mientras la agarraba de las caderas y la estrechaba contra su cuerpo —. Por las bobadas que estás diciendo, me parece que nunca has practicado el sexo al aire libre.

—¿El sexo? Pero...

—El sexo, sí. Y nada de «peros».

—El sexo. Oh, sí —gimió mientras él le apretaba las caderas contra las suyas para que sintiera su deseo, para provocarla.

—No puedo estar mucho tiempo sin tocarte —murmuró él.

Y, a pesar de que habían ido allí con un propósito, Tess no podía estar más contenta.

—¿Y qué pasa con la historia? ¿Con las águilas?

—Estamos en terreno de reproducción; el ambiente me está afectando.

—Un terreno donde se reproducen las águilas, no las personas.

Pero, incluso para sus oídos, el argumento no le resultó demasiado convincente.

—Míralo como una investigación preliminar.

Ella suspiró y se dejó querer.

—Creo que una investigación exhaustiva es importante para la integridad de una historia.

—Desde luego que seré exhaustivo, princesa. Te prometo que seré muy, muy exhaustivo.

Capítulo Doce

Sangre, tripas, acción, sorprendentes efectos especiales, con una banda sonora grandiosa. ¿Qué más podría pedir uno?

La empujó con suavidad sobre el tronco de un árbol, cuya corteza fresca y húmeda le rascó las pantorrillas. Levantó la cabeza y la miró detenidamente un instante. Pero Tess no podría haber adivinado lo que estaba pensando.

Aquellos ojos azules la miraban como si estuvieran memorizando cada facción, cada detalle de su rostro. De pronto, sin previo aviso, Mike se echó sobre ella y la aplastó contra el tronco del árbol; entonces empezó a besarla ardientemente, casi sin dejarla respirar.

Ella lo recibió con anhelo y glotonería y él respondió deslizándole la lengua entre los labios con frenesí. Ella lo agarró de la cabeza y le quitó la goma de la coleta con tanto ímpetu que Mike hizo una mueca; entonces le hundió los dedos entre los sedosos cabellos negros.

Allá en lo alto de algún árbol, un águila emitió un graznido penetrante mientras que, cerca de ellos, algo se movió entre los arbustos.

Un inmenso calor se concentró en sus entrañas mientras Mike le metía las manos por debajo de la camisa y te acariciaba los pechos a través del sujetador de algodón.

Los pezones se le pusieron duros, y suspiró. Antes de que se diera cuenta, Mike le había quitado la camiseta y el sujetador todo de una vez. La brisa fresca le besó la piel desnuda y Tess se estremeció mientras inclinaba la cabeza hacia atrás y se agarraba a la corteza del árbol.

—Creo que tienes los pechos más bonitos que he visto en mi vida —dijo Mike claramente impresionado.

Sus palabras parecían tan sinceras que Tess se sintió

verdaderamente bella. Se recostó, disfrutando de la fascinación de Mike, de su desnudez, de la belleza del lugar. Sonrió con picardía mientras sacaba pecho, invitándolo a acariciárselos.

—Y tú has visto unos cuantos.

—Princesa, debo decir que llevo años dedicándome a ello. Pero estos —empezó a acariciárselos— requieren un estudio especial.

Sin decir más Mike empezó a besárselos con delicadeza, causándole estremecimientos con el breve contacto de los labios sobre la piel. Le succionó un pezón y el placer la atormentó mientras Mike le hacía todas esas cosas mágicas.

Tess lo miró amorosamente. Sus mejillas bronceadas estaban cubiertas por una pelusilla, la media luna de sus pestañas contrastaba con el tono de su piel, y entonces se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Sonrió mientras le rozaba el cabello con las puntas de los dedos.

Oyó una cremallera bajarse y se dio cuenta de que era la de sus pantalones cortos y de que le metía la mano por dentro de las braguitas. Entonces separó las piernas, dándole más espacio para que acariciara aquel punto tan sensible entre sus piernas. Oh, sí…

Su respiración, rápida e irregular, se mezcló con los ruidos del bosque, y se sintió literalmente dolorida por sentirlo dentro.

Le agarró la mano para que dejara de hacerle cosas mientras aún estuviera consciente.

—Espera, ¿has traído algo?

Mike levantó la cabeza y la miró confuso; entonces pareció entender lo que ella le preguntaba.

—Sí.

—Bien —suspiró y dejó caer la cabeza hacia atrás, separando de nuevo los muslos para darle mejor acceso. Oh, qué maravilla. Sintió un abandono y una libertad semejante a la de las águilas que sobrevolaban los árboles de aquel paraíso natural. Como lugar de reproducción, tenía que reconocer que gozaba del ambiente idóneo.

Por supuesto, no habría reproducción alguna entre ella y Mike ya que él había sido lo bastante prevenido como para llevarse protección.

—¿Y quién se lleva condones para ir a caminar por el campo? —preguntó, debatiéndose entre el deseo y el fastidio—. ¿Lo tenías planeado?

El se incorporó y le sonrió con picardía.

—Siempre los llevo. No soy de los que dejan pasar una oportunidad por falta de medios.

Bien. Iba preparado; un hombre sensato que siempre practicaba el sexo seguro. Eso estaba muy bien. ¿O no?

—¿También tienes en tu mesa del trabajo? —le preguntó, intentando no dejarse llevar del todo por la oleada de deseo que le quemaba por dentro.

—Sí. Y en la caja del ordenador portátil. También guardo unos cuantos en la moto —se encogió de hombros—. Uno nunca sabe cuándo puede presentársele una oportunidad.

—¿Es eso lo que soy? ¿Una oportunidad? —su excitación se evaporó instantáneamente, como el rocío bajo el sol de la mañana.

Mike era lo que su madre llamaría un bellaco. Se había llevado condones al campo, no porque planeara seducir a Tess Elliot en aquel maravilloso paisaje junto al eío, sino porque siempre los llevaba. Porque ella estaba disponible. Una oportunidad. Y Mike no era de los que dejaban pasar ninguna.

No era especial. Podría haber sido cualquiera.

Cualquier mujer en cualquier lugar. No le importaba.

Pero a ella sí.

—Entonces —dijo, empeñada en comprobar hasta donde podía llegar—, si se te presentara la oportunidad, ¿practicarías el sexo con una mujer que no te gustara?

La miró mientras parecía reflexionar sobre la pregunta.

—Si estuviera lo bastante buena, por supuesto.

—¿Y si no hablara inglés?

—Entonces jamás lo oiría decir: «Tenemos que hablar».

—¿Y si fuera… una demente?

Debió de darse cuenta por su tono de voz que su seducción no iba a prosperar. Se puso derecho, le sacó la mano de las braguitas y levantó la cabeza para mirar hacia el follaje de los árboles.

—Es difícil saberlo fuera de contexto.

El último retazo de deseo la abandonó, sustituido por una sensación de pesar que le dio ganas de echarse a llorar. ¿Por qué tenía que enamorarse de un hombre que no la merecía? ¿Un hombre cuya posesión más querida era una motocicleta con la que poder huir?

—Te seguiría deseando, aunque fueras una de mente —le susurró al oído antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Tess le puso las manos en el pecho y lo empujó con toda la fuerza posible.

—¿Qué? —Mike la miró con expresión ceñuda.

Tess dijo lo primero que se le fue a la mente.

—Las águilas se aparean para toda la vida, ¿sabes?

—Sí, lo sé. Y los polluelos más fuertes a veces matan a los más débiles. ¿Y qué?

Se subió la cremallera con irritabilidad.

—No quiero abaratar el hábitat de las águilas haciendo algo que no tiene sentido.

—¿Por qué te parece que el sexo maravilloso no tiene sentido? Es la cosa con más sentido que se me ocurre.

—Eso viene a demostrar lo ridículo que eres.

De pronto se sintió muy enfadada consigo misma por haberse acostado con un hombre como Mike, un hombre al que no le importaba quién o qué fuera mientras fuera mujer y estuviera disponible. Y estaba furiosa con Mike por no ser capaz de asumir los sentimientos de un adulto.

—¿Qué pasa, Tess?

—Soy como las águilas, Mike. Me uno a alguien para siempre. No soy solamente un cuerpo de mujer disponible..., una... oportunidad.

Él alzó las manos y se dirigió a los árboles, como un reverendo hablándole a su rebaño.

—Por esto es por lo que siempre intenté mantenerme lejos de ti. Todo es tan serio. Nos damos un beso y ya escuchas campanas de boda y piensas en toallas bordadas.

Ella le dio un puñetazo en el brazo.

—Tienes miedo de mí y de todo lo que represento. Tu mujer perfecta sería una extranjera psicótica que ni siquiera te gustara mucho. Pero yo te doy mucho miedo. Soy una adulta con sentimientos y planes de adulta. Soy la clase de mujer que podría hacerte sentar la cabeza, y eso te aterroriza.

Tess sintió que subía la voz y se dio cuenta de que estaba perdiendo el control, algo muy raro en ella.

—No me das miedo —dijo muy enfadado, en tono bajo.

—Estás muerto de miedo —dijo a gritos.

Mike la miró como si acabara de apuñalarlo. Tess tomó aire, a punto de echarse a llorar. Sorprendida por su propia reacción, no pudo creer que hubiera llegado a ponerse así por aquel hombre.

—Y ahora me has hecho gritar. Yo nunca grito.

Se dio la vuelta y avanzó con genio hasta la roca donde había dejado su mochila. Sin mirar atrás, se la colocó y echó a andar por

el mismo camino por el que habían llegado hasta allí. Caminaba con rapidez, casi al trote, pero ninguna voz la llamó para que esperara. Sus pasos no la siguieron. Mike la había dejado ir.

Estaba sola. Pero no le importaba.

Había sido tan tonta al enamorarse de Mike Grundel… Caminaba con la cabeza gacha, siguiendo la senda, sin percatarse del paisaje que la había encandilado a la ida.

Se había enamorado con un hombre que no quería creer. Con un hombre incapaz de amar.

Se tropezó con una raíz, se cayó y se hirió una rodilla, cosa que no contribuyó a mejorar su humor.

Pasado un rato, se le había pasado la mayor parte del enfado y solo le quedó una gran tristeza. Tristeza porque Mike hubiera renunciado a algo especial. Él le había dicho todas esas cosas que le habían dolido, pero a Tess le daba la impresión de que se había enamorado de ella como ella de él.

También la agobió una tristeza por sí misma. Porque el chico rebelde había resultado ser mucho más de lo que ella había pensado. Era descarado, sí, pero bajo ese descaro había un coraje que admiraba. Le gustaban las películas más horribles, pero también las buenas. Mientras no tuviera que pasar el resto de su vida viendo películas en las robots con cuchillas en los puños pulverizaban a seres humanos.

El resto de su vida… Parecía que iba a pasarlo sola.

O al menos sin Mike Grundel. Se casaría con alguien como Harrison Peabody y acabaría…

No. Jamás se casaría con un hombre como Harrison Peabody ni llevaría la vida de su madre. En cuanto Tess demostrara su valía allí, en Pasqualie, se iría a otra ciudad a trabajar de periodista. Empezaría una nueva vida donde la gente no conociera a su padre, ni nada acerca de ella. Vendería el BMW y se compraría un coche pequeño; o mejor, iría en trasporte público. Hablaría con las personas que conociera en los trenes y autobuses y escribiría sus historias.

La vida empezaría de nuevo; una vida que no incluiría a Mike Grundel. Y eso, pensó Tess, alzando la cabeza con aire desafiante, le parecía bien.

Al hacerlo vio un pájaro carpintero picando un tronco de árbol enorme. Tess lo observó un momento, disfrutando del tesón del pájaro, que picaba un corte triangular que parecía haber sido hecho por un hacha. Mmm.

Qué raro. Estaban en el terreno de Nathan Macarthur. ¿Si hubiera querido identificar el árbol por alguna razón, por qué no hacerlo con una banderín de algún color brillante? Miró a su alrededor y pronto encontró otro árbol marcado del mismo modo, lo cual le hizo estar más segura de que aquellos triángulos eran significativos y hechos por el hombre.

Descubrió un camino estrecho, cubierto de maleza y apenas visible, que discurría paralelo a los árboles marcados. En realidad, de no haberse fijado en los árboles señalados, no habría visto aquel sendero. ¿Merecería la pena investigarlo?

Sacó un sombrero y una sudadera de su mochila para protegerse de los insectos y de los arañazos de las ramas y echó a andar por el camino.

Cuando llevaba caminando unos minutos, el sendero se ensanchó. Tess estaba nerviosa y emocionada. ¿Sería aquello el ruido del río?

Se le puso la carne de gallina. A los pocos minutos llegó a un claro. Pestañeó con sorpresa al ver el sol brillante de la tarde iluminando la tierra removida y los tocones de árboles recién cortados.

El claro estaba marcado con cinta amarilla. Tess se frotó la nariz con impaciencia; aquel debía de ser el lugar donde Cadman estaba pensando montar el negocio. Lo único que les quedaba por hacer a Mike y a ella era demostrarlo.

Dejó la mochila en el suelo, se agachó y sacó su cámara. Después de comprobar que estaba sola, gastó la mitad del rollo haciendo fotos del claro y de las marcas amarillas, con el fin de que estas sirvieran de pruebas.

Una vez hecho eso, siguió un sendero corto que la llevó hasta la orilla del río. Allí el Pasqualie adquiría su mayor anchura. Había una playa natural y una bahía de aguas tranquilas que resultaría maravillosa para nadar. ¿Iría a poner el hotel allí?

Mike tenía que ver aquello, pensaba mientras desandaba el camino. Él tenía contactos de los que ella carecía.

—¡Mike! —gritó, y empezó a correr hacia donde habían dejado el coche, suponiendo que no se habría quedado tanto tiempo junto al río.

Corrió y gritó hasta que le dolió un costado.

—¡Tess!

Ladeó la cabeza y escuchó. Con sorpresa notó el nerviosismo en el tono de Mike, y que tenía la voz ronca, como si llevara un rato llamándola.

—¡Mike! —gritó de nuevo—. ¡Ven acá!

—No te muevas. Voy para allá.

Con la emoción del descubrimiento, había olvidado que se habían separado enfadados hasta que vio a Mike, que estaba muy serio y tenía la cara roja del esfuerzo. ¿Seguiría enfadado?

Avanzó hasta ella y la agarró. Ella se sobresaltó e intentó retirarse, pero él la abrazó con tanta fuerza que casi la dejó sin respiración. Sin decir nada unió sus labios a los de ella. Tess sintió los latidos de su corazón a través de la camisa. Respiraba con agitación y estaba sudoroso, como si hubiera estado corriendo. Sabía a rabia, a miedo, mientras la besaba con la lengua con más posesividad que delicadeza. Se agarró a él cuando unos sentimientos parecidos comenzaron a bombardearla. Entonces Mike levantó la cabeza antes de quedarse los dos sin oxígeno.

—Pensé que te habías perdido.

Tess se sintió culpable inmediatamente. No se había parado a pensar que Mike pudiera preocuparse. Pero su manera de abrazarla y los latidos de su corazón le dieron a entender que no era solo una oportunidad más para él. Se preocupaba por ella.

—Siento que estuvieras preocupado —dijo mientras se abrazaba a su cuerpo atlético y sensual.

—¿Quién dice que lo estuviera? —dijo más calmado, aunque no dejaba de acariciarle la espalda con sus manos cálidas y posesivas.

—Podría haberme perdido —dijo mientras se ponía de puntillas y le daba un beso en la barbilla.

—Te habría encontrado.

—Podría haberme devorado un lobo.

Mike sonrió y se inclinó sobre ella.

—Aún puede pasarte.

Cuando dejó sus labios para besarla en el cuello, ella echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—He encontrado algo.

Él le acarició un pecho.

—Y yo también.

Tess gimió antes de continuar.

—Una cinta de las que utiliza un perito.

—¿Cinta de un perito? —se apartó y la miró con sorpresa.

Ella asintió, intentando controlar el deseo que sentía.

—Recién colocado. En un claro donde han talado varios árboles.

Mike se olvidó de sus pechos y en sus ojos brilló una emoción distinta: la del profesional.

—¿Dónde está?

—Sígueme.

Lo condujo por la senda estrecha, contenta de haber dejado su botella de plástico rojo para encontrar el camino de vuelta. Minutos después estaban en el centro del claro.

Mike miró a su alrededor con interés.

—Maldita sea, se está yendo la luz. Sería bueno tomar algunas fotos.

—Hace ya viente minutos que tiré medio rollo.

Le tomó la mano y se la besó.

—Ya está. Solo nos falta confirmar que Cadman está detrás de todo esto.

Tess pensó que aquello no sería tan fácil como parecía pensar Mike. Cadman era un mentiroso y un sinvergüenza, pero no era idiota. Mike le apretó la mano y Tess sintió su fuerza.

—Qué bien que se me ocurrió venir a echar un vistazo a este terreno.

—Y qué bien que yo encontré esto.

—Y qué bien que estemos trabajando juntos —dijo, y la abrazó y besó con ardor.

El domingo Tess estaba en el cuartel general de *Bald is Beautiful*. Como ese día de la semana había poca gente en el campus, tenía bastante tiempo para pensar en lo que ella y Mike habían descubierto el día anterior.

Mike estaba intentando confirmar que Cadrnan estaba detrás de aquel proyecto de construcción. Al menos, ese había sido el plan cuando se habían despedido la noche anterior. A pesar de su persuasión y del deseo que había sentido ella, no lo había invitado a su cama. Había querido protegerse del dolor que anticipaba. ¿Aunque no sería ya demasiado tarde?

Tess anotó otro nombre nuevo más en la lista de miembros de *Bald is Beautiful*, murmurando entre dientes con fastidio. Conocía vagamente a la pareja; eran los dueños de una empresa cementera y

estaba segura de que habían firmado su poder de votación para que Cadman o uno de sus colaboradores lo utilizara.

Toda vez que estaba ya muy claro que el proyecto de construcción en los terrenos de *Bald is Beautiful* se había iniciado, Tess sintió que tenían que publicar la historia lo antes posible. Estaba enfadada. Enfadada con Cadman y sus partidarios por lo que estaban a punto de hacer; enfadada con personas como Margaret Peabody, que no se habían molestado en investigar las causas que estaban financiando y que habría cedido su poder a Cadman sin pensárselo ni un momento.

Incluso estaba enfadada con Mike por pensar que podría demostrar que Cadman estaba detrás del proyecto. Si Cadman era la mitad de listo de lo que pensaba la mayoría de la gente, se estaría escondiendo tras el nombre de Nathan Macarthur, para que pareciera que era el sobrino de Butterworth el que estaba peritando el terreno para fines privados hasta que el proyecto estuviera tan avanzado que fuera demasiado tarde para detenerlo.

Bueno, si Cadman era inteligente, Mike y ella tendrían que serlo más.

Había terminado de archivar y aún tenía que quedarse allí una hora más. se preguntó cómo se las estaría arreglando Mike, y si tendría tiempo para contarle algo antes de la cena de esa noche. De todas las noches, su madre había elegido esa precisamente para invitar a la familia Cadman a celebrar el compromiso matrimonial de Jennifer con el heredero de un imperio de cereales.

Tess suspiró, pensando ya en la tediosa velada a la que debería haberse negado a ir. Entonces, como había terminado el trabajo de archivar y ella no era de las que se quedaban de brazos cruzados, decidió buscar algo que hacer. Además, ya había estornudado un par de veces. Aquel lugar necesitaba un poco de limpieza.

Miró a su alrededor y decidió que un poco de organización no iría mal. Empezaría con el pequeño almacén que Jeremy le había mostrado antes.

Una vez dentro, decidió empezar con las cajas más antiguás. Si nadie se había preocupado en abrirlas en tantos años, a juzgar por la capa de polvo, el contenido no podría ser tan importante. Si eliminaba algunas de ellas podría hacer sitio para otras cosas.

En las primeras tres cajas que destapó solo encontró recortes de periódico de hacía ochenta años. Dejó las cajas a un lado; tal vez se las llevaría a casa y las clasificaría y archivaría. Podría utilizar algunas de esas viejas historias de los periódicos como marco para el artículo que planeaba escribir para Bald is Beautiful. A pesar de la actitud cínica de Mike, estaba empeñada en poner su granito de arena para salvar a las águilas del Río Pasqualie.

Rotó los hombros y se estiró. Solo abriría una caja más. Si también contenía periódicos como sospechaba, se la llevaría junto con las otras tres al coche. Las demás tendrían que esperar allí.

Cuando destapó la cuarta abrió los ojos como platos. Lo que vio allí no fueron periódicos, sino un viejo diario encuadernado en piel.

Eugene Butterzoorth. Notas de Cappo, julio de 1921 a febrero de 1922.

Tess sintió un cosquilleo en la punta de la nariz, y no tenía que ver con el polvo sino con el libro que tenía en las manos. ¿Las notas de campo de Eugene Butterworth? En su testamento había donado todos sus documentos a Bald is Beautiful, pero no podía creer que los hubieran metido en cajas y se hubieran olvidado de ellos para siempre. Claro que él no se había hecho famoso hasta después de su muerte. Las manos le temblaron un poco, como si tuviera el diamante Hope en ellas.

Eugene había escrito apuntes detallados sobre los nativos, la flora y la fauna; sobre el águila de cabeza blanca que tanto había llegado a amar.

Y había ilustrado su diario con maravilloso dibujos a lápiz, a tinta y algunos a acuarela. Abrió el segundo diario y se encontró con más de lo mismo. Las pinturas de aquel hombre decoraban las galerías de arte más prestigiosas del país y del mundo. Seguramente aquellos diarios valdrían mucho dinero, y allí estaban, guardados en una despensa polvorienta durante años y años, olvidados.

Como nadie había mirado allí desde hacía años, el sentido común le dijo que estarían allí seguros hasta que averiguara a quién pertenecían legalmente. De momento se quedaría con uno de ellos para enseñárselo a Mike.

La cena que su madre había organizado no le pareció tan mala de repente. Tendría la oportunidad de escuchar la opinión de su padre en cuanto a su hallazgo.

Capítulo Trece

Momento oscuro es una historia de terror que precipita a una mujer solitaria a enfrentarse cara a cara con sus miedos más profundos. Terrorífica, vengativa, y sin embargo poética, la película me quitó el sueño durante dos largas noches.

El comedor formal pareció agobiar a Tess. En cualquier momento golpearía con el respaldo de la silla en la pared y la colección de platos británicos reales de su madre se caería del platero y se haría añicos sobre el cordero asado.

Ty Cadman hablaba en voz alta y sus dientes blanquísimos parecían los de un tiburón mientras enunciaba cada palabra con énfasis.

Rose Elliot se había sentido obligada a invitar a cenar a la familia Cadman porque la madre de Jennifer, Mildred, y ella eran miembros del consejo del Desfile Floral de Pasqualie. Tanto Tess como su padre habían discutido con ella, pero las reglas de su madre en lo tocante a un comportamiento social correcto eran tan inamovibles como los Diez Mandamientos.

Un dolor sordo comenzó a martillearle las sienes mientras Tess intentaba dejarse llevar por el espíritu de los preparativos de boda, y se protegía de los cegadores destellos del pedrusco de su anillo de compromiso. «Vulgar», su madre había dicho del anillo. «Común» y «vulgar» eran dos de los peores crímenes en opinión de su madre.

A Rose Elliot la salvaban de un desagradable esnobismo su sencillo sentido del humor y su habilidad para juzgar el carácter de las personas.

En opinión de Tess, Jennifer Cadman era una chica muy común que merecía aquel novio multimillonario pero sin duda torpe, que parecía haber tomado un segundo plano en los afectos de Jennifer después del enorme pedrusco.

—Bueno, Tess —dijo Ty Cadman elevando la vozMe he ocupado de un desagradable problema que nos hará la vida más fácil.

—Ah, sí —sonrió con educación—. ¿Y de qué se trata?

—Finalmente he convencido al *Star* para que eche a Mike Grundel, ese gacetillero de tres al cuarto.

Al tiempo que asimilaba sus palabras, colocó el cuchillo y el tenedor con cuidado sobre el plato y apretó los puños sobre el regazo. No le resultó fácil mantener la calma.

—Quiere decir…

—Despedido, sí —dijo al tiempo que se pasaba el índice por el cuello de lado a lado.

Mientras Tess contemplaba apuñalarlo con el cuchillo de la mantequilla, Rose Elliot la miró como pidiéndole que no le diera importancia.

—¿Y puedo preguntar por qué?

—Es un tontorrón, por eso mismo. Ha estado metiendo la nariz en lo que no le importa, haciendo preguntas que no debiera.

Oh, no. Mike le había dicho a Tess que pensaba investigar más acerca del claro que habían encontrado marcado de aquel modo. Claramente no había sido muy discreto.

—Siempre entendí que hacer preguntas forma parte de la profesión de un periodista —dijo Rose Elliot con una sonrisa.

—¿Y cuando —Tess se aclaró la voz— ocurrirá esto?

—Creo que puedo garantizar que no estarás sentada a su lado la próxima vez que vayas al cine.

La cena se le hizo eterna. El estómago se le encogía cada vez que pensaba en Mike. ¿Sabría ya que Cadman había conseguido echarlo? O al menos eso decía. No lo creería hasta que no hablara con Mike en persona.

Pero primero quería hablar con su padre. Su padre, que había comenzado su carrera como abogado antes de pasarse a campos más lucrativos como habían sido adquirir empresas en quiebra para ponerlas de nuevo de pie.

Era un hombre astuto además de poderoso. Toleraba al señor Cadman pero Tess sabía que ni le gustaba ni confiaba en él. Además, era su padre y confiaba en él; no se le ocurría alguien mejor para ayudarla a obtener la información que necesitaba.

—¡Cariño!

—¿Mmm?

Tess miró a su alrededor y vio que todos la miraban, tal vez por aquella sonrisa estúpida que tenía en su cara.

Ty Cadman se echó a reír.

—Está contenta porque su viejo enemigo, Mike Grundel, pronto estará sin empleo.

—En realidad, admiro mucho su trabajo.

Su madre, que había salvado más situaciones sociales en Pasqualie de las que nadie podría recordar, se puso de pie con calma.

—Creo que tomaremos el café en el salón. ¿Os parece? —hizo un gesto a la señora Cadman y a Jennifer para que la precedieran—. Tess, cariño, ve a la cocina y pídele a la señora Boorman que nos traiga café y té al salón, ¿quieres?

No sabría decir si habría ofendido a Cadman apoyando a Mike, o si este ya estaba harto de su compañía, pero se tomó el café con una prisa que su madre describiría de «mal gusto» y se marchó con su familia.

Tess, que tenía el estómago encogido de los nervios, se alegró de verlos marchar.

—Papá —dijo en cuanto Cadman cruzó la verja en su coche—. Necesito consejo legal.

Su padre arqueó las cejas.

—¿Estás metida en un lío?

—No. Al menos no lo creo. Está relacionado con el trabajo y es confidencial —le dijo mientras jugueteaba con un borlón de un paño de cachemira.

—De acuerdo. Creo que podré mantener el secreto. ¿Nos excusas, cariño?

—Sí, claro… —dijo su madre distraída mientras miraba la invitación de boda de Jennifer Cadman.

Tal vez fuera vulgar y común, pero estaba a punto de casarse. Tess no tenía que adivinarle el pensamiento a su madre para saber lo que estaba pensando.

—Ven a mi despacho, Tess —le dijo su padre.

En cuanto se acomodó en una de las cómodas butacas del despacho, su padre le sonrió.

—Escondiéndote de tu madre, ¿eh?

—¿Por qué iba a…?

Su risotada la interrumpió.

—Creo que los dos sabemos que está pensando en manzanos en flor y la melodía del Ave María en este momento.

—¿Papá, no quieres que me case?

—Sí, pero no con un zopenco como ese tipo que ha elegido Jennifer Cadman. Espero que seas lo suficientemente inteligente para elegir al hombre, no a cómo esté relacionado.

—Tienes razón, papá —dijo, contenta de saber que si alguna vez elegía pasar su vida con alguien como Mike, encontraría en su padre a un aliado—. ¿Puedes interpretar un testamento por mí?

Su padre la miró alarmado.

—¿Estás haciendo tu testamento? No estarás enferma o…

—Mi testamento no. Es el de Eugene Butterworth.

—¿El artista?

—Mmm. El hombre que pintó eso —ambos se volvieron a mirar el Butterworth que colgaba en la pared—. Mamá me dejó mirar el testamento original en el museo y yo lo copié entero. Estoy trabajando en una historia, y este testamento es parte de ella —agarró el bolso y sacó un montón de notas.

Su padre la miró con cierta sospecha antes de ponerse las gafas.

—Sabes que llevo años sin ejercer la abogacía. Tal vez no pueda ayudarte.

—He subrayado las partes que quiero que me aclares.

Tomó las páginas y las leyó despacio, desde el principio hasta el final. Después releyó las partes del documento que había subrayado.

El tiempo siempre parecía detenerse en el despacho de su padre; era la impresión que desde pequeña le había dado a Tess. Pero en ese momento, con el estómago encogido de los nervios, cuando había tanto que dependía del testamento de Butterworth, el tiempo parecía ir todavía más despacio.

Finalmente se puso de pie y se quitó las gafas.

—Yo diría que este testamento tiene una intención muy clara. El señor Butterworth dejó sus tierras y su fortuna a su hermana para proteger el terreno junto al Río Pasqualie en el futuro. Sus documentos, fotografías y todas las pinturas que tenía se las legó a la organización *Bald is Beautiful*.

Tess suspiró. Aquel era el primer obstáculo. Su padre había interpretado el testamento al igual que lo había hecho ella. El segundo obstáculo sería más difícil de saltar.

—Supongamos que la organización tuviera algo de valor que perteneciera a Eugene Butterworth. Algo que llevara años guardado en una despensa.

—¿Como una pintura desconocida anteriormente? —preguntó mientras levantaba la cabeza con interés.

Tess asintió.

—Algo exactamente así. ¿A quién pertenecería?

—A *Bald is Beautiful*. El testamento está muy claro.

—¿Podrían reclamarlo como suyo sus descendientes? Después de todo, una de sus pinturas valdría mucho hoy en día.

Su padre se recostó en el asiento, se colocó las gafas de cerca y releyó el testamento.

—Nunca trabajé con patrimonios. Conozco algunos expertos que te darán una opinión más segura que la mía, pero no creo que haya manera de interpretar mal el testamento. Si la organización aún existe, la pintura les pertenece.

—Oh, sí. Existe.

—Entonces, no veo el problema —la miró por encima de las gafas—. ¿Es esto parte de una misión del *Standard*.

Tess aspiró y soltó el aire ruidosamente.

—No es exactamente una misión; es más una historia en la que estoy trabajando.

Su padre estaba en el consejo de dirección del *Standard*, y podría poner freno a su caza de noticias con más facilidad con la que el señor Cadman había gestionado que Mike perdiera el empleo.

Pero se dio cuenta de que su padre le había leído el pensamiento.

—No es exactamente una boda de sociedad o una crítica de cine, ¿verdad?

—No, papá. Pero es una historia local importante. Creo que el señor Cadman está planeando construir un complejo hotelero y un casino en una zona que es el hábitat de una especie protegida. Este testamento podría salvar a esa especie.

—Sería también una historia maravillosa —su padre sonrió—. Ya es hora de que Cadman reciba su merecido. Él y su viejo amigo, el alcalde, dan un mal nombre a la ciudad. Le pediré a un amigo

mío que eche un vistazo a esto con mucha discreción. ¿Qué te parece?

Tess le sonrío de oreja a oreja. Entonces se abrazó a él con fuerza; algo que no hacía desde que era adolescente.

Mike perdió otro round con el saco de arena. La salchicha de cuero rellena seguía allí colgada, como si nada hubiera pasado, mientras que a él le dolía al respirar, al igual que todos los músculos de su cuerpo.

Se limpió el sudor de la frente y fue hacia las duchas con las piernas temblorosas. Había golpeado el saco de arena del mismo modo que golpearía a Cadman. Y, como Cadman, había salido ileso del ataque y Mike había sido el que había acabado en el suelo.

Al menos Mel le había llamado a casa para evitarle la humillación pública. Le había dicho que había discutido con el editor, que había intentado salvar su trabajo, y él la había creído. Uno de los tipos a los que había interrogado ese día debía de haberse ido de la lengua y dado a Cadman los medios para convencer al editor de que su periódico estaría mucho mejor sin Mike Grundel. Lo habían pillado con las manos en la masa a pesar de las advertencias de Mel. No había mucho más que decir.

El único rayo de esperanza en todo aquello era que si Cadman había utilizado sus contactos para echarlo, Mike estaba más cerca de lo que se había dado cuenta de desbaratar los planes de aquel tipo deshonesto.

Aunque estaba muy cansado, tomó el camino más largo hasta casa, el que discurría paralelo al río. Claro que, a esa hora de la noche, el paisaje no resultaba muy interesante. Además, se le estaba quedando el trasero helado.

El que le hubieran despedido no era tan desastroso; de todos modos allí ya había estado demasiado tiempo allí. Había llegado el momento de mudarse a una ciudad nueva, a un periódico nuevo, tener historias nuevas que investigar, nuevas hazañas que lidiar.

Había llegado el momento de alejarse de Tess mientras pudiera. Tess, con sus ojos grandes, su ingenuidad, su generosidad de espíritu y su cuerpo pasional. Tess, que lo aterrorizaba como nada

en su vida.

Se detuvo delante del viejo establo reconvertido donde vivía. Lo único que quería hacer era tumbarse y dormir durante un par de días seguidos. Se había pasado. Cuando se acercaba a la verja de la plaza de garaje que había debajo de la casa y donde guardaba su motocicleta, vio por el rabillo del ojo un coche rojo que le resultó muy familiar. La puerta se abrió y del interior salió la última persona que quería ver en ese momento. Ya la que necesitaba más desesperadamente.

Le indicó que fuera hacia la entrada mientras él guardaba la moto en el garaje.

Se tomó su tiempo yendo hacia la puerta, escondiendo lo que sentía por ella tras su expresión ceñuda.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No lo sé. Un rato. Mi madre me dio las sobras de la cena, pero pensé que tú las necesitarías más que yo. Sé que te olvidas de comer cuando estás trabajando.

Mike se había fijado en la fuente cubierta con papel de plata y había percibido el delicioso aroma. Jugueteó con las llaves. Tess tenía razón, no había comido nada desde el desayuno. Miró en el buzón mientras intentaba ganar tiempo. Tenía que hacerlo bien con Tess, ingeniárselas para sacarla de su vida de manera permanente.

—Gracias —dijo, aceptando el plato.

—¿Puedo pasar? —preguntó Tess con educación.

El se encogió de hombros como si le importara poco. Subió las escaleras, abrió la puerta y la invitó a pasar.

—Es la primera vez que estoy aquí. Es más bonito de lo que pensaba. Me dijiste que era un agujero, pero a mí me parece un hogar —estaba mirando su cocina, pestañeando—. Se ve que te interesa la cocina.

—De vez en cuando.

Pero no había ido allí por sus habilidades culinarias. Cuanto

antes pasara todo, mejor. Se metió las manos en los bolsillos para no abrazarla.

—Me han despedido hoy. Mel al menos tuvo la decencia de llamarme a casa para decírmelo, así que no apareceré mañana.

—Me he enterado. Por eso estoy aquí. ¿Qué puedo hacer? —preguntó mientras le metía el plato en el microondas, como si la casa fuera suya, y sacaba unos cubiertos.

Hizo lo posible para aparentar naturalidad, mientras que el verla preparándole la cena solo le díficultó el camino.

—Nada. Al cuerno. Estoy harto de esta ciudad provinciana. Me largo. Debería haberlo hecho hace ya tiempo.

Ella lo miraba como si hubiera perdido el juicio.

—¿Pero y la historia! ¡Nuestra historia!

—Tengo algo para ti —fue hacia la alcoba acristalada donde tenía el ordenador; sacó varias páginas del ordenador y se las pasó a Tess.

—Es un borrador de la historia de Cadman, con todo lo que hemos descubierto hasta ahora. Confirmé unos cuantos datos nuevos, los cuales precipitaron mi despido, pero qué diablos, y la escribí. Puedes comprobar esas fuentes. Son fidedignas.

—Come —le dijo.

Y mientras él lo hacía, Tess leyó la historia.

—No la escribí hasta que me llamó Mel. Encontré a unos tipos que trabajaban en el terreno. Contratados por Cadman. Tess, la historia casi está.

Le iba a resultar difícil marcharse de la ciudad, dejarla a ella. Se puso de pie, fue hacia la ventana y se quedó mirando su elegante coche rojo; que le recordó que Tess y él eran tan distintos como el caviar y el atún en lata. Pero eso no hacía porque sintiera menos por ella.

—Me importas —dijo de pronto Tess en tono sincero y lleno de

emoción; una emoción que la aterrorizaba al tiempo que anhelaba —. Tú me importas más que la historia. ¿Acaso no .te has dado cuenta todavía?

Jamás le había importado a nadie. Tess era aún joven y creía en los sueños, pero él hacía tiempo que no. Seguramente desde aquel día en que su madre lo había dejado con el borracho de su padre. Le había dado un beso, había llorado y le había prometido que un día, en cuanto se hubiera establecido, iría a buscarlo. Pero aunque se había pasado años mirando por la ventana, en el buzón o corriendo a contestar el teléfono, ella nunca había vuelto a por él. Desde entonces no se había arriesgado a darle su corazón a ninguna mujer. Qué cobarde había resultado ser.

—Caro se ha ido de casa de Jonathon —dijo Mike, pues de pronto le pareció relevante.

—Lo sé. Caro me llamó —Tess se sentó en una silla—. No tiene sentido. Nunca he visto a dos personas tan perfectas la una para la otra.

—Si Caro y Jon no han conseguido funcionar, ¿Qué oportunidades tenemos nosotros?

—Oh, vamos. Nuestras vidas no son las suyas. Además, si yo llegara a casa y te encontrara en la cama con otra, no durarías mucho.

De mala gana, Mike sonrió.

—Yo pienso lo mismo.

¿Pero qué demonios estaba diciendo? Acababa de reconocer que con ella era celoso y posesivo. Si Tess se lo pensaba un momento, acabaría adivinando la verdad. Estaba sin lugar a dudas loco perdido por ella. A lo mejor si continuaba hablando de Jon y Caro, algo de lo que aún no se había recuperado, pudiera evitar el doloroso tema de conversación.

—No estaba engañándola. Caro se precipitó en sus conclusiones.

Tess soltó una risotada irónica.

—Lo encontró con una mujer desnuda en su cama. ¿Qué

conclusión debería haber sacado?

—No estaba desnuda. Parece ser que llevaba un tanga.

Tess lo miró con fastidio.

—¿Lo ves? ¿Ves lo que ocurre? Empieza con flores y música de violín y cuando menos te lo esperas estás peleándote por quién se va a quedar con la cafetera.

—Me niego a discutir sobre Jon y Caro. Si tenemos que discutir, que sea sobre nosotros.

Él se volvió y miró por la ventana una vez más.

—Eso es lo que estoy intentando decirte. «Nosotros» no existe.

Capítulo Catorce

Si crees en el amor a primera vista, en que el destino está en las estrellas y en todas esas paparruchas, Dulce rendición te hará sollozar sobre tu pañuelo de encaje. De otro modo, quédate en casa a ver un partido de béisbol en televisión. Tengo el Tomate Podrido de esta semana al alcance de la mano.

—Me importas —repitió Tess, porque el mensaje era importante.

Estaba allí, sabiendo que se estaba arriesgando porque Mike sería parte de ella para siempre y, por mucho que él intentara negarlo, estaban hechos el uno para el otro.

—Tess, siempre supe que llegaría el momento de marcharme de Pasqualie. Pues bien, ya llegó.

Tess no quería creerlo, no podía creer que estuviera diciendo la verdad.

—Aquí no tengo nada —dijo Mike.

—Eso no lo creo. Y tú tampoco. Estás huyendo.

Él se volvió hacia ella, mirándola con rabia.

—No estoy huyendo de Cadman.

—No. Es cierto —concedió mientras veía sus motivos con claridad—. Estás huyendo de mí. Represento todo lo que te aterra más —aspiró hondo y se abrió a él, dándole el más grande de los regalos—. Te amo, Mike.

Tess agarró los papeles, los rompió en pedazos y los tiró a la papelera. Mike avanzó hacia ella y la agarró por los hombros.

—¿Qué futuro tenemos juntos?

—El futuro que queramos —le agarró la cara con las dos manos y miró aquellos ojos azules que tanto amaba—. No parece interesarte mucho el hecho de que te amo.

Él le miró los labios.

—Creo que estás confundiendo el amor con el deseo.

Oh, Dios. ¿Cuándo dejaría de huir? ¿De esconderse de la verdad?

—¿Estás seguro? Tal vez seas tú el que lo estás confundiendo.

—Mira. Esto no tiene sentido. Ha sido estupendo, y nos lo hemos pasado bien, pero tú debes continuar con tu vida y yo tengo que empezar a hacer la maleta.

—Claro. Huye. Siempre te he admirado por hacerte un nombre en esta ciudad y por seguir aquí a pesar de tu pasado, a pesar de Ty Cadman. No pensé que resultaras ser un cobarde.

Él se puso colorado y retrocedió un paso.

—Te estoy dando la historia Cadman. Pon tu nombre y publícala en primera página, me da lo mismo. Yo pierdo la apuesta, pero me largo de aquí.

Tess lo miró con rabia. ¿De verdad pensaba que no era capaz de ver que tenía el corazón roto?

—La historia aún no está terminada. Esa es la otra razón por la que estoy aquí.

Tess sacó el diario de Butterworth y se lo enseñó a Mike, que lo examinó despacio y con interés.

—¿De dónde lo has sacado? ¿Quién más lo sabe?

Tess se centró en la emoción de Mike y no en el dolor sordo e insistente que le oprimía el pecho, y empezó a contarle cómo había encontrado los diarios. Después le repitió la conversación con su padre.

—¿Entonces esto pertenece a *Bald is Beautiful*? —deslizó un dedo sobre el lomo de cuero del diario con lentitud y reverencia, de tal modo que le recordó a cómo la había acariciado cuando habían hecho el amor, con el mismo cariño, y sintió un calor que prendía

en sus entrañas.

Tal vez Mike pensara que estaba huyendo, pero primero tenía que pasar por encima de ella.

—Papá está mirándolo con un experto en patrimonio, pero él está casi seguro de que *Bald is Beautiful* es el propietario de esto. Y de las demás cajas llenas de apuntes y periódicos.

El la miró con sorpresa.

—Me estás tomando el pelo. ¿Más cajas? Ella asintió.

—Este es un hallazgo muy importante. ¿Y esa gente con cerebro de pájaro tenía esto guardado en una despensa polvorienta?

—Sí. Creo que el dinero que sacarían de esto podría comprarle el terreno a Nathan Macarthur.

—Solo que el terreno ya está vendido. Su alegría se desvaneció.

—¿Qué?

Mike asintió con pesar.

—Cadman y Macarthur han hecho el trato.

—¡Oh, no! ¿Pero qué pasará con las águilas? Interrumpirá la crianza de los polluelos, destruirá su hábitat.

—Lo sé. Pero esa parte no podemos hacerla pública. No puedo confirmarla. No hay periódico que imprima la historia tal y como está ahora.

—Así que Cadman hizo que te echaran para ganar tiempo. Antes de que podamos confirmar los hechos, será demasiado tarde. Él no sabe que trabajamos juntos, él piensa que si se libra de ti, tiene libertad para hacer lo que le apetezca.

Mike se puso de pie y empezó a pasearse por la habitación.

—Tal vez no; tal vez podamos contribuir a cambiar la historia y que esas águilas se salven.

—Estoy lista —dijo con placer y sorpresa.

—De acuerdo. Esto es lo que vamos a hacer. Y, por una vez, tus contactos nos van a venir muy bien.

Mike le contó su plan y elaboraron una lista de personas que necesitaban llamar. El utilizó su teléfono móvil y ella el fijo. Una hora después, tenían todo listo.

—¿Nerviosa? —le preguntó él.

—Sí. Y emocionada. Estamos arriesgándonos muchísimo.

Él se acercó y la agarró de los hombros.

—Yo no me arriesgo. Ya estoy sin trabajo. Pero para ti esto es muy gordo. Lo has organizado todo y es algo que aprecio.

—Estamos juntos en esto. Toma —le pasó el diario—. Tócalo para que nos dé buena suerte.

Él volteó los ojos pero tomó el diario, lo frotó y le dio unas palmadas.

—¿Todavía piensas en marcharte de la ciudad?

El se puso de pie despacio y fue a dejar el diario en su bolsa.

—Aún no —dijo, y avanzó hacia ella.

—¿Qué vas a…?

Entonces él la interrumpió uniendo sin más preámbulo sus labios a los suyos.

Ella suspiró mientras inclinaba la cabeza hacia atrás para que él pudiera besarla mejor, lo cual hizo con avidez, hasta que los dos estuvieron sin aliento, muertos de deseo.

Sin preguntas, sin promesas, sin hablar siquiera, la levantó en brazos y la llevó a su dormitorio.

Mientras la tumbaba sobre el saco de dormir que hacía las veces de edredón, Mike empezó a bajarle la cremallera del vestido sin

dejar de besarla. Tess se estremeció de pies a cabeza. Lo deseaba, lo amaba y lo necesitaba. Tal vez pudiera hacerle creer con su cuerpo las palabras que Mike no había querido creer.

Entre risas y prisas, consiguieron desnudarse de cintura para arriba. Mike se retiró y la miró con ardor, quemándole con su mirada cada centímetro de piel.

Con la misma frescura, Tess miró su pecho desnudo, moteado de vello rizado y oscuro, los músculos que se movían mientras se desabrochaba la cremallera del pantalón. Tess se fijó mientras se quitaba los pantalones y el slip al mismo tiempo. Entonces oyó un suave gemido y se dio cuenta de que ella había sido la artífice.

Mike la miró divertido.

—¿Estás bien?

—Estás fantástico desnudo —le dijo.

El se echó a reír y se tumbó en la cama.

—Ahora te toca a ti.

Le costó no sonrojarse mientras él la observaba, pero el deseo fue más fuerte que la timidez y se quitó el resto de la ropa sin pensárselo. Además, lo que más deseaba en esos momentos era sentirlo dentro de ella sin perder ni un segundo más.

De modo que se bajó las medias y las braguitas y finalmente se quitó el vestido, que cayó al suelo con un suave frufrú. Por una vez, ni siquiera se le ocurrió pararse a recogerlo para colgarlo.

Allí, desnuda delante de él, vulnerable y poderosa, Tess sintió que la sangre le corría por las venas como un caballo desbocado. Sin apartar los ojos de ella, Mike abrió un cajón y sacó un condón.

Después retiró el edredón y la tumbó sobre la cama. Se metió con ella y la arropó con su abrazo cálido y apasionado. Sus besos se hicieron más ardientes, más exigentes de lo que habían sido nunca, y ella lo respondió con la misma intensidad.

Cada centímetro de su piel le pedía a gritos que la acariciara, que la saciara. Se abrazó a su cuerpo con brazos y piernas y se

restregó contra su cuerpo, deleitándose con las sensaciones que percibía a través de sus pezones.

El la besó en la boca, en el cuello, mientras le acariciaba la espalda con la fuerza de un masajista y le amasaba las nalgas con sensualidad.

Pero Tess quería sentirlo dentro. De modo que lo agarró de los hombros y se los apretó.

—No deberías hacer esfuerzos. Túmbate y relájate.

Tess pensó que se negaría, pero Mike se tumbó de espaldas y ella se sentó sobre él y agarró su miembro fuerte y bello con las dos manos.

—Tienes razón —dijo con voz ronca mientras sonreía—. Será mejor que descanse un momento.

Mike se quedó quieto mientras ella guiaba e introducía su miembro caliente y palpitante en su sexo. Por un momento Tess se sintió demasiado emocionada para moverse. Solo fue capaz de mirarlo a la cara, en la que vio una expresión tan abierta y vulnerable como sabía que él vería en la suya.

Estaba dentro de ella, llenándola, fundiéndose con ella. Y Tess supo que siempre sería así, incluso aunque no se vieran más.

Y mientras lo miraba a la cara entendió que él también la amaba. Se inclinó para besarlo en los labios, de modo que él supiera lo que sentía con su cuerpo. Entonces empezó a moverse. No lo hizo deprisa como había sido su intención, sino con movimientos lánguidos y suaves.

Le sonrió con picardía, aumentando gradualmente la sensación de placer, observando la avidez en su mirada, y después la desesperación. Continuó con aquel ritmo tortuoso hasta que el deseo más primitivo fue más fuerte y sus movimientos se aceleraron.

Él la embistió al tiempo que ella lo montaba. Tess comenzó a respirar con agitación mientras el corazón le latía con furia. El calor de sus manos unidas la recorrió todo el cuerpo al tiempo que se le nublaba la visión y sentía la inevitable explosión zarandeándole las

entrañas. Echó la cabeza hacia atrás, y sus gritos se mezclaron con los de Mike mientras juntos alcanzaban la cima del placer con las manos unidas.

No se soltaron incluso después que Tess se desplomara encima de él, con la cabeza apoyada sobre su pecho. Sonrió con satisfacción. Con los latidos de su corazón resonándole en los oídos y el olor de su cuerpo, Tess se quedó dormida.

Dos veces se despertaron en medio de la noche para hacer el amor otra vez, y por la mañana se despertó sintiéndose de maravilla; fuerte y llena de energía, dispuesta a comerse el mundo.

Suspiró y se volvió hacia Mike, pero estaba sola. Miró el reloj y vio que eran casi las ocho, y recordó que tenían más trabajo que hacer para poner en práctica su plan. Salió de la cama y se metió en la ducha. Cuando salió, vestida con la ropa del día anterior, Mike estaba sentado delante del ordenador, con una taza de café en la mesa.

—Buenos días —dijo mientras le echaba los brazos al cuello y le daba un beso en la cabeza.

—Hay café recién hecho en la cocina —dijo, sin molestarse en levantar la cabeza de su trabajo.

—Gracias —dijo, pero tomó su taza y dio un sorbo.

Entonces Mike la miró.

—¿No tienes nada que hacer?

—Sí, supongo que sí —dio otro sorbo—. Te sale muy bueno el café.

—Lléname la taza antes de marcharte —dijo antes de volverse de nuevo hacia la pantalla.

Tenía miedo y Tess lo sabía. Sin embargo, no le habría importado que fuera un poco más afectuoso con ella. Aunque tenía el recuerdo de lo maravillosa que había sido la noche anterior.

Se terminó de beber el café, le rellenó la taza y se la colocó de nuevo en la mesa.

Entonces recogió sus cosas y se puso los zapatos. Pensó en darle un beso de despedida, pero decidió que no se lo merecía y abrió la puerta.

—Lo de anoche fue maravilloso —le dijo.

Él se dio la vuelta y Tess vio la expresión ardiente en su mirada. Esperó a que dijera algo, pero parecía que Mike se había quedado sin palabras.

Pero ella no se había quedado sin palabras, y le gustara o no, iba a tener que oírla.

—Te quiero —le dijo antes de salir de su casa.

Capítulo Quince

Supongo que soy tan cínico como el que más. Pero a veces, incluso el desgraciado de Mickey firma parte de un final feliz.

—Buenas tardes, Walt —sonó la voz estentórea de Ty Cadman.

—Ty, me alegro de que hayas podido venir —asintió el padre de Tess, invitando al hombre a sentarse a la mesa de su despacho del centro de la ciudad.

Tess había elegido aquel territorio neutral para la importante reunión, y su padre la había organizado sin hacerle demasiadas preguntas. En realidad, confiaba en ella, cosa que la llenaba de orgullo.

Cadman entrecerró los ojos al mirarla pero inmediatamente los abrió como platos al ver a las demás personas que estaban sentadas alrededor de la mesa. Por supuesto, él fue el último en llegar.

Se mordió el labio cuando Cadman vio a Mike, que estaba sentado en la silla de ejecutivo con la misma naturalidad con la que se sentaba en la moto. Se había dejado el pelo suelto, seguramente para irritar a Cadman y a su padre. Con el cabello suelto, la camisa blanca y los vaqueros, era tan distinto a Cadman y a su padre como los miembros de Bald is Beautiful, todos ellos vestidos con sus camisas verdes y sus faldas o pantalones tejidos a mano por los miembros de una cooperativa hermana en Guatemala. Y, por supuesto, estaba también Nathan Macarthur, el único otro con traje en la sala.

Aquello, pensaba Tess, iba a ser divertido. Los nervios y la emoción le revolvieron el estómago, aunque más que nada estaba nerviosa.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó finalmente Cadman.

—Por favor, Ty, siéntate. Mi hija me pidió que presidiera esta reunión, y como soy miembro del consejo del *Standard* y parte imparcial, acepté.

—Deberías haberme dicho de antemano lo que está pasando.

—En realidad, yo no tengo muchos detalles. Siéntate y lo averiguaremos.

Cadman miró a Nathan Macarthur con la cara colorada.

—¿Nate?

Nate Macarthur se encogió de hombros.

—Vine porque Walt Elliot me lo pidió. Supuse que sería algo relacionado con...

—Sí, de acuerdo. Bien —lo interrumpió Cadman y finalmente se sentó.

Walt Elliot miró a su hija y le echó una sonrisa para darle ánimos.

—Gracias a todos por venir. Sé que os parecerá extraño que personas tan dispares tengan un interés común, pero creo que con esta reunión podremos ayudarnos los unos a los otros.

A su izquierda, Cadman la miraba con el ceño fruncido. Pero Tess no quiso hacer caso y continuó hablando.

—Todos vosotros tenéis interés por cierto terreno a las orillas del Río Pasqualie. La tierra que antaño perteneció a Eugene Butterworth.

Cadman alzó la cabeza y entrecerró los ojos mientras miraba primero a Mike y después a Tess como si quisiera aplastarlos a los dos.

—Eugene Butterworth fue mi tío abuelo. La tierra la heredé yo se defendió Macarthur.

—Sí, lo sé —contestó Tess—. Para que fuera refugio y terreno de reproducción de las águilas norteamericanas de cabeza blanca y alas oscuras.

Macarthur se puso colorado y se movió en el asiento.

—Eso fue hace ochenta años, y no fue nada oficial. Soy el propietario de esos terrenos.

—Lo era, hasta que se lo vendió a Cadman —soltó Mike.

—¿Cómo? Jeremy Dennis, de Bald is Beautiful, estuvo a punto de caerse del asiento—. ¿Por qué no nos lo dijo? No puede vender ese terreno, no puede...

—Por favor, cálmense —dijo Tess y echó a Mike una mirada de fastidio.

Le había prometido que le dejaría dirigir la reunión y ya estaba dando problemas. El la miró como queriendo decir que no había podido contenerse.

—Señor Macarthur, supongamos que fuera a vender la tierra, ¿cuánto cree que vale? —cruzó los dedos por debajo de la mesa, esperando que fuente de Mike fuera fidedigna.

El hombre se movió, miró a Cadman para que le echara una mano, recibió de él una mirada de rabia y terminó fijando la vista en el bloc de notas que tenía delante.

—Cuesta saberlo, tratándose de una tierra que está donde Cristo perdió el chaleco. También está la zonificación...

Cadman carraspeó con fuerza. Nate lo miró y después de nuevo el bloc.

—No lo sé —añadió Macarthur.

—Supongamos, solo a título de ejemplo, que se pudiera cambiar la zonificación con fines, no sé, digamos comérciales o industriales.

—No entiendo adónde quiere llegar, jovencita —comentó Cadman—. ¿Le interesa comprar esa propiedad?

—Nunca se sabe —sonrió con dulzura antes de continuar—. Si la zonificación pudiera cambiar, eso subiría el valor de la tierra, ¿no es así, señor Macarthur?

—Supongo que sí.

—¿Entonces, cuánto supone que podría valer?

—Se lo he dicho, no lo sé.

Miró a Mike. Le tocaba el turno de hablar.

—¿Tal vez ochocientos cincuenta dólares? —dijo tras una pausa.

Aquella era la cantidad que había oído que Cadman había pagado por la tierra.

Macarthur se quedó boquiabierto.

—¿Pero cómo…?

—Cállese, Nate —dijo Cadman—. No sé a qué está jugando, pero perderá —dijo, y miró a Mike.

Mike se inclinó hacia delante con gesto hostil, y Tess se alegró de que hubiera entre ellos una mesa muy amplia.

—¿Qué va a hacer? ¿Conseguir que me despidan otra vez?

—Lo denunciaré por…

—Caballeros, por favor —dijo Walt Elliot en voz alta—. Nadie ha acusado a nadie de nada. Dejen continuar a Tess.

Tess se volvió a mirar al avergonzado descendiente de Eugene Butterworth, pensando que el naturalista se había equivocado al poner su confianza en las generaciones futuras.

—¿Le gustaría vender la propiedad, Macarthur?

Macarthur miró a las personas que había alrededor de la mesa, como un niño sorprendido haciendo una travesura.

—A ustedes les resulta fácil ponerse tan arrogantes por un puñado de pájaros. La tierra es lo único que tengo, y vale una fortuna. ¿Por qué seguir pagando impuestos por una ciénaga, solo porque un viejo estúpido lo dijera hace ya ochenta años? No es justo.

Tess miró a Mike y este le guiñó el ojo.

—¿El señor Butterworth le dejó algo más a su familia? —dijo, intentando calmar los nervios.

—No, solo la tierra. Todos sus documentos, pinturas y lo demás fue para *Bald is Beautiful*. Nosotros recibimos la ciénaga.

—¿Entonces está abierto a vender la tierra?

—¡Sí!

Entonces se volvió hacia el presidente de *Bald is Beautiful*.

—¿Si se pudiera reunir el dinero, estaría *Bald is Beautiful* interesado en comprar la propiedad?

Cadman soltó una risotada.

—¿Cómo puede ser que una panda de bobos logre reunir esa cantidad de dinero?

Ella le sonrió.

—Qué buena pregunta. ¿Papá?

Su padre se tomó un momento para revisar las hojas que tenía delante. Un gesto que dejó a todos en suspense.

—Tengo en mi poder un diario. Manuscrito e ilustrado por Eugene Butterworth. Es uno de varios. Y, según el testamento de Eugene Butterworth, confirmado hace unos minutos por Nathan Macarthur, el diario pertenece a *Bald is Beautiful*.

Se oyeron unas cuantas exclamaciones entrecortadas y después unos cuantos susurros mientras Walt Elliot llamaba a su secretaria para que invitara a su visita a entrar.

La puerta se abrió y entró una mujer de mediana edad vestida con un estiloso traje gris. Llevaba guantes de algodón blanco como los de los conservadores de los museos. Saludó al padre de Tess y él la presentó al grupo.

—Esta es la señora Myra Stein. Es dueña de una galería de arte

privada en Seattle que está especializada en arte del noroeste del Pacífico. Este descubrimiento la dejó tan entusiasmada que voló hasta Pasqualie para examinarlo.

—Este diario, el cual entiendo es uno de varios, es desde luego un hallazgo muy significativo —dijo la mujer en tono conmovido—. Si no lo quiere una universidad, lo querrá un coleccionista privado.

—¿Podría estimar su valor? —le preguntó Walt Elliot.

—Si los demás volúmenes fuera como este... Creo que la colección llegaría por lo menos hasta el millón de dólares en una subasta.

—¿Un millón por unos cuantos diarios? —Nathan Macarthur se quedó boquiabierto.

—¿Puedo mirarlo? —preguntó Jeremy con emoción y nerviosismo, y Tess se dio cuenta de que no era el dinero mencionado lo que lo tenía tan emocionado, sino el mismo diario.

La señora Stein le acercó el libro y lo colocó delante de él.

—Oh, Dios. Mirad este dibujo. Un aguilucho con su primer salmón.

—Mira el plumaje de esta otra —dijo otro miembro de Bald is Beautiful.

Jeremy miró a Tess.

—¿Tenemos que venderlos?

—Supongo que dependerá de lo que decidan los miembros. Pero si vendéis los diarios, podréis comprar la tierra que el señor Butterworth intentaba proteger.

Él asintió, claramente pensativo.

—¿Y si publicamos los diarios, para que todos pudiéramos tener una copia?

—Es una estupenda idea —dijo Tess—. Y podrías llevar los originales a subasta.

—Antes de que os emocionéis mucho, yo soy ya el propietario de esa tierra —interrumpió Cadman—. Y no está a la venta.

—Pero... —empezó a decir Nathan Macarthur. —Firmó el contrato, Nate.

—¿Y si no puede cambiar la zonificación? ¿Entonces cuánto valdrá la tierra? —Mike sonrió con frialdad y lanzó unos papeles sobre la mesa.

Cadman miró la primera página de la historia de Mike y grurió.

—El *Star* jamás publicará esto. Ya estás despedido.

—A lo mejor el *Star* no lo publicará —dijo Walt Elliot—, pero lo hará el *Standard*. El alcalde jamás conseguirá ese cambio de zonificación en cuanto el público se entere de esto. Hará como si no estuviera enterado, como si ni siquiera te conociera. ¿Entonces de qué te vale ese terreno?

—Vamos, Walt. No puedes estar a favor de esta panda de ecologistas. ¿Y qué hay de mi hotel y mi casino? Serán buenos para la economía, crearan empleo.

—Hay un terreno estupendo junto a la vieja estación de tren. Conozco al dueño. Tal vez pueda hacer algo.

—No está a la orilla del río.

Walter Elliot recogió las hojas abandonadas y empezó a leer.

—Esto está muy bien escrito —dijo, casi sorprendido—. No sé, Ty. Es de esas historias que podrían adquirir relevancia a nivel nacional. Los americanos tienen sentimientos muy fuertes hacia las águilas. ¿De verdad quieres que se te conozca como al tipo que destruyó su hábitat?

—Llamé a *60 Minutos* —dijo Mike—. Están interesados en la historia.

—Está mintiendo —comentó Cadman.

—Mire, Ty —dijo Nate Macarthur, que sacó un enorme pañuelo

blanco para limpiarse el sudor de la frente—. Tal vez debamos reconsiderarlo. Mi tío abuelo quería que se protegiera esa tierra y… bueno, no quiero ser el malo de *60 Minutos*. Vivo en este estado.

—Qué gracia —dijo el padre de Tess, ignorando a Cadman y a Macarthur y mirando a Mike—. Yo también hice una llamada a USA Hoy. También han mostrado interés. No, «entusiasmo» sería la palabra más correcta.

Se oyó un golpe seco, seguido de dos clics mientras Ty Cadman colocaba su maletín sobre la mesa y abría los cierres. Sacó una carpeta, de la que extrajo un documento legal. Hizo una pausa, miró con rabia a Mike, rompió el documento y lo lanzó sobre la mesa. Entonces cerró su maletín y salió de la sala con mucho genio.

Walt Elliot recogió el documento rasgado y lo estudió.

—¿Es…? —Tess apenas podía respirar. Su padre asintió.

—El acuerdo de compra-venta.

Sonrió a su padre, y luego a los miembros del consejo de Bald is Beautiful, que estudiaban el diario con avidez, cuando tenían una colección entera metida en cajas en su almacén. Finalmente, sonrió a Mike, que solo necesitaba mirarla con aquella expresíón ardiente en sus ojos para que el corazón le latiera a mil por hora. Tragó saliva.

—¿Nos excusas un momento, papá? Tenemos una historia de primera plana que debemos terminar.

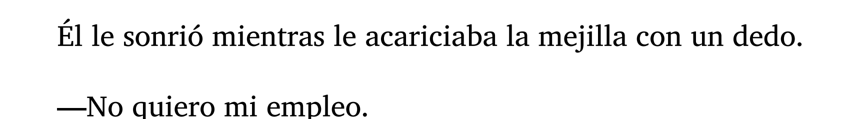
Llegaron hasta el pasillo, donde Mike la aplastó contra la pared y la besó con ardor. Y ella le dio el corazón entero mientras lo besaba.

—Has estado fantástica —dijo Mike cuando separaron sus labios.

—Tú también. ¿Nos largamos, o qué?

Agachó la cabeza una vez más pero ella lo detuvo, plantándole una mano en el pecho.

—Tenemos que archivar las historias antes de la fecha límite y tenemos que conseguir que te devuelvan tu empleo.



Él le sonrió mientras le acariciaba la mejilla con un dedo.

—No quiero mi empleo.

—Pero…

—He aceptado un empleo en California.

—¿En California? —su júbilo se disipó en un segundo—. Pero no te va a gustar aquello. Todos esa gente en la playa, y las estrellas de cine.

—Es hora de seguir mi camino —la besó de nuevo con ternura —. Encontrarás a otra persona, a alguien mejor que yo.

—Nunca encontraré a nadie mejor que tú —dijo, a pesar del nudo que le atenazaba la garganta.

Pero Mike ya estaba caminando por el pasillo. Alejándose de ella.

No le llevó mucho tiempo recoger sus cosas. A pesar de los años que llevaba viviendo en Pasqualie, no poseía muchas. Nunca había deseado posesiones; lo ataban a uno. Resultaba extraño que nunca se hubiera mudado de la ciudad. El alcoholismo de su padre no lo había empujado a hacerlo, ni su juventud rebelde, ni su mala reputación. Ni siquiera cuando lo habían bajado de categoría en el periódico.

Maldita sea, Tess tenía razón. Estaba huyendo. Y no era de Cadman. Era de Tess.

Cuando ella le había dicho que lo amaba, había tenido que luchar contra el impulso de arrodillarse y pedirle que fuera su esposa, su princesa para toda la vida.

Pero ella era una verdadera princesa. Y un día se daría cuenta de que él era solo un sapo más. Le faltaba experiencia para saber que no era lo suficientemente bueno para ella. No era refinado; su educación era la de un colegio público y la de la calle.

Sabía que podría hacerle feliz durante un tiempo, pero un día se

daría cuenta del error que había cometido. La miraría y su mirada no se iluminaría. Empezaría a corregir sus errores gramaticales y a criticar sus modales a la mesa.

Y él sabría que su amor se había extinguido. Era capaz de aguantar mucho, pero no eso. Porque la amaba de verdad; tanto que le dolía el corazón constantemente, como un músculo desgarrado que no se curaba.

Recordó su cara justo antes de darse la vuelta y dejarla en el pasillo de la oficina de su padre. Le había parecido como si se le estuviera partiendo el corazón.

El teléfono sonó y Miké lo miró con la sensación de que aquella llamada solo le traería problemas.

Miró la pantalla e identificó el número de Mel. Frunció el ceño y descolgó.

—Ya te he dicho que no quiero mi trabajo.

—¿Si no trabajas aquí, entonces por qué me has enviado un artículo para la primera página?

—No lo hice.

—No me pareció —dijo Mel con su voz ronca—. Para empezar, está perfectamente formateado, y además la persona que lo escribió utilizó un lenguaje muy adornado, y un corrector ortográfico. Pero tiene tu nombre escrito al pie. Cita algunas de tus fuentes también. Una historia estupenda. ¿Qué hay entonces?

—Es un error. Tíralo.

—Te devolveré tu empleo y te haré redactor de noticias si te quedas.

A pesar de todo, Mike se quedó impresionado.

—¿Y el sueldo?

—Un veinte por ciento de aumento.

—Un treinta.

—Un veinticinco.

—El caso es que… Oh, maldita sea —aspiró hondo e hizo algo que no había hecho en su vida—. Pon debajo una data doble.

—¿Cómo?

—Tess Elliot lo escribió conmigo.

Mel se echó a reír.

—Elliot y Grundel, los nuevos Woodward y Berristein.

—Sí, muy gracioso.

Maldita metomentodo. ¿Cómo podía haber hecho Tess algo así? Le estaba dando todo lo que quería, le había dejado la historia, y ella se la devolvía en bandeja de plata. De pronto la vio como la había visto aquella noche en su apartamento cuando ella, la principiante, lo había desafiado a él, el experimentado, a escribir una historia importante. Sacudió la cabeza. Desde entonces, de un modo u otro, había estado desafiándolo.

¿Un regalo en bandeja de plata? ¡Qué va! Aquella historia era otra bofetada en la mejilla. Había dos cosas en la vida a las que sencillamente no podía resistirse. Una era un desafío. La otra había resultado ser Tess Elliot.

Miró sus pertenencias a medio guardar y tuvo que sentarse en la cama de lo mucho que le temblaban las piernas. Había estado a punto de marcharse; a punto de huir de la mujer que llevaba buscando toda su vida.

Miró el reloj, calculó las fechas límite, y empezó a teclear.

Capítulo Dieciséis

¿Alguna vez has sentido un deseo tan fiero que vive en tu interior como el aullido del viento, o el llanto de un niño? Así era como...

Así era como se sentía Tess. Detuvo las manos sobre el teclado y se limpió una lágrima. Así se sentía. Toda la felicidad que había sentido durante la reunión del día anterior se había disipado. Había reescrito la historia de Mike y se la había enviado a su editora, segura de que eso le devolvería el empleo. Pero no sabía nada. Estaba claro que él no quería recuperar su empleo. O a ella.

Había perdido su mejor amigo, su amante, su...

Se levantó y corrió al baño a por un poco de papel higiénico para sonarse la nariz. Ya había gastado las dos cajas de pañuelos que tenía en casa.

Mike no había estado en el cine la noche anterior; era la primera película que veía sin él. En su lugar el *Star* había enviado a un tipo arrogante con un diploma en estudios cinematográficos que claramente se veía sí mismo como el Spielberg del futuro; ni siquiera un verdadero periodista para sustituir a Mike.

Sollozó. Mike iba a odiar California.

Tal vez ya estuviera allí.

Se vistió con cuidado y se aplicó más maquillaje para disimular los ojos hinchados y la nariz roja. Si iba a ir a trabajar, iría bien arreglada.

De modo que se puso un animado vestido amarillo y entró en el *Standard* con la cabeza bien alta.

—Eh, una historia estupenda, Tess —le dijo Steve, de Deportes.

Ella le sonrió. Todos sabían que Steve no era un cerebro precisamente.

—Gracias, Steve —dijo, tan educada como siempre.

—¡Buen trabajo, guapísima! —dijo otra voz.

Jonathon Iiushner pasó por su mesa y sacudió la cabeza.

—Tu y Mikey, ¿eh? Sabía que se había prendado de ti, pero jamás habría creído esto.

Tess, que cada vez se sentía más confusa, se sentó y agarró una copia del *Standard*. El título del artículo en primera página rezaba: *Las Águilas ganan al casino. Tess Elliot y Mike Grundel.*

Tess se quedó boquiabierta. Ella había escrito esa historia para Mike, ¿por qué le tiraba el regalo a la cara? Miró por encima los primeros párrafos y se le pusieron los ojos como platos. Aquella no era la historia que ella había escrito. Entonces, eso quería decir que...

—Eh, Tess. Earl quiere verte.

—Más tarde.

El editor ejecutivo tendría que esperar. El corazón le latía de esperanza mientras agarraba su bolso y se largaba.

A los diez minutos estaba en las oficinas del *Star*, corriendo escaleras arriba. Entró en la sala de redacción y entonces se paró en seco. La mesa de Mike estaba vacía, excepto por un teléfono y un ordenador.

Retrocedió un paso, volviendo por donde había llegado, rezando para que no se le saltaran las lágrimas hasta que estuviera en el coche, cuando una voz familiar se dirigió a ella.

—Eh, princesa. Ven a ver mi despacho nuevo.

Se volvió; apenas podía creer que fuera él. Mike le tomó la mano y la invitó a pasar a un despacho pequeño en un rincón de la sala de redacción en cuya puerta se leía *Redactor de Noticias*.

—¿No te has marchado? —preguntó tontamente.

—No podía —contestó Mike.

Apenas podía ver con los ojos llenos de lágrimas, pero le pareció que Mike también estaba a punto de llorar. La abrazó y ella le echó los brazos al cuello y lo besó con todo el amor que llevaba dentro.

En la redacción todo el mundo empezó a vitorear, y ella se sonrojó y empezó a reírse.

—Quedarme aquí ha sido lo que más miedo me ha dado en la vida —aspiró hondo—. Pero estoy a punto de hacer algo más aterrador —le tocó la cara con la palma de la mano y la miró a los ojos—. Te quiero, Tess.

Necesitaba abrazarlo, y él parecía que también necesitaba que lo abrazara, de modo que lo hizo.

—Pensé que nunca...

—Yo pensé que nunca te lo diría —la abrazó con fuerza y acercó los labios a la oreja de Tess—. Hay más. Quiero casarme contigo.

Tess se retiró lo suficiente para verle la cara con claridad.

—¿Quieres?

—Sí. Así mi nombre siempre aparecerá primero cuando pongamos una data doble.

Ella se echó a reír con voz temblorosa.

—Ni hablar. Pienso conservar mi nombre de soltera después de casarnos.

—¿Vas a comentar nuestra boda en la página de Sociedad?

Ella lo miró. Entonces él se echó a reír, tímidamente primero y enseguida a carcajada limpia.

—Mike Grundel en una maldita página de Sociedad.

—Con su esposa, Tess Elliot.

—Bueno, mira, no me importa que conserves tu apellido de soltera, pero seamos razonables. ¿Por qué nuestra data doble tiene que aparecer en orden alfabético?

—No será así —le aseguró—. Las damas primero.

Fin